ANT
XIX
98

MEMORIAS
DE UN
MÉDICO.

13 cms.
R.43.547

MEMORIAS DE UN MEDICO,

por

Alejandro Dumas.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

TOMO X.

SEVILLA.

Imprenta de EL INDEPENDIENTE,
calle de la Muela núm. 36.
1848.

JOSÉ BÁLSAMO.

—

CAPÍTULO LIV.

Catalepsis.

Andrea no se doblegó, como hemos dicho, de una vez, sino por grados, segun vamos á tratar de describir.

Sola, abandonada, apoderóse de ella ese frio interior que sigue á todos los grandes sacudimientos del sistema nervioso, empezó á tambalearse y se estremeció como al principio de un ataque de epilepsia.

Jilberto seguia allí tieso, inmóvil, inclinado hácia adelante y devorándola con la vista, pero cualquiera comprenderá que ignorando como ignoraba Jilberto los fenómenos magnéticos, para él no habia en aquello ni sueño, ni violencia repentina. Nada ó casi nada habia oido de su diálogo con Bálsamo; lo único que sabía era que Andrea, asi en Trianon como en Taverney, habia obedecido al parecer al llamamiento de aquel hombre que habia adquirido sobre ella una influencia tan terrible como estraña. Para Jilberto, en fin, todo se reasumía en estas palabras: la señorita Andrea tiene, si no un amante, á lo menos un hombre á quien ama y á quien da citas de noche.

El diálogo que habia mediado entre Andrea y Bálsamo, aunque pronunciado en voz baja, tenia visos de una reyerta amorosa. Es verdad que Bálsamo habia huido como un loco, pero esto indicaba que el amante estaba desesperado; y si Andrea permanecía muda, inmóvil y sola, esto indicaba que la amante sentia aquel abandono.

En aquel momento fué cuando vió á la jóven tambalearse, retorcerse los brazos y jirar sobre sí misma; luego salió dos veces de su pecho un estertor sordo que revelaba lo oprimido que estaba aquel, y se esforzó, no ella, sino la naturaleza, en echar fuera esa masa mal calculada de flúido que durante el sueño magnético le habia dado esa doble vista, cuyos fenómenos hemos visto en el capítulo anterior.

Empero la naturaleza quedó vencida, Andrea no consiguió sacudir el resto de voluntad que Bálsamo dejó olvidado en ella; no pudo desatar aquellos lazos misteriosos é intrincados que la tenian agarrotada, y á fuerza de luchar le acometieron esas convulsiones que las antíguas pitonisas sufrian sobre la trípode, delante de una multitud de relijiosos que les hacian preguntas, y del pueblo que hormigueaba en el peristilo del templo.

Andrea perdió el equilibrio, y lanzando un jemido doloroso cayó sobre la arena como si la hubiese ahogado el rayo que en aquel momento rasgó la bóveda celeste.

Pero no bien habia tocado el suelo, cuando Jilberto, tan ájil y vigoroso como un tigre, se lanzó hácia ella, la cojió en brazos, y sin advertir que tenia que sostener una carga pesada, la condujo al aposento que habia dejado para obedecer al llamamiento de Bálsamo, y en el que todavia estaba ardiendo la bujía junto al lecho desbaratado.

Jilberto halló todas las puertas abiertas como las habia dejado Andrea.

Al entrar tropezó con el sofá, y como era natural, colocó en él á la jóven fria é inanimada.

De resultas del contacto con aquel cuerpo inanimado, el jóven estaba como acalenturado, los nervios se le estremecian, y le hervia la sangre.

Su primera idea sin embargo fué casta y pura; era preciso antes que nada volver á la vida aquella hermosa estátua, y buscó con la vista la garrafa para echar á Andrea en el rostro algunas gotas de agua.

Pero en aquel momento, y al tiempo de alargar su temblorosa mano para cojer el

cuello de la botella de cristal, le pareció que un paso firme á la par que lijero hacía crujir la escalera de madera y ladrillos que conducía al cuarto de Andrea.

Nicolasa no era, puesto que habia huido con Mr. de Beausire, Bálsamo tampoco, pues habia partido á galope en su caballo árabe.

No podia ser de consiguiente sino una persona estraña.

Si sorprendian á Jilberto sería espulsado de Trianon, pues Andrea era para él como una de esas reinas de España á quienes no pueden tocar los súbditos ni aun siquiera para salvarlas.

Todas estas ideas semejantes á un torbellino de punzantes granizos se agolparon á la imajinacion de Jilberto en menos tiempo que empleaba el que iba acercándose en poner el pie de escalon en escalon.

Jilberto no podia calcular exactamente á qué distancia sonaria aquel paso que se aproximaba por grados, pues la tormenta rujia en aquel momento con furia; pero como estaba dotado de una grande

sangre fria, de una prudencia superior, el jóven comprendió que aquel no era su puesto y que lo que importaba ante todo era que no le viese.

Sopló pues la bujia que alumbraba el aposento de Andrea y se introdujo en el gabinete que servia de dormitorio á Nicolasa; y desde donde veia Jilberto, al mismo tiempo que la habitacion de Andrea, la antesala.

En esta última pieza habia una lamparilla encendida y colocada sobre una consola, y á Jilberto se le ocurrió desde luego darle un soplo como á la bujia, pero no tuvo tiempo, el paso crujió en los ladrillos del corredor, oyóse una respiracion algo oprimida, en el umbral apareció la sombra de un hombre, se deslizó con timidez en el aposento y volvió á empujar la puerta, cuyo cerrojo echó.

Jilberto solo tuvo tiempo para introducirse en el gabinete de Nicolasa y tirar hácia sí de la puerta vidriera.

En seguida contuvo el aliento, pegó el semblante á los cristales y aplicó ambos oidos.

La tormenta rujia solemnemente en las nubes; gruesas gotas de agua golpeaban los vidrios de la ventana de Andrea y los de la del corredor, donde otra que se habia quedado abierta rechinaba sobre sus goznes, y rechazada de vez en cuando por el viento que se colaba en el corredor daba fuertes portazos contra el marco.

Pero por muy terribles que pudieran ser el estrépito de la naturaleza y los ruidos esteriores, nada eran para Jilberto, porque todo su pensamiento, toda su vida, toda su alma estaban concentradas en su mirada y esta la tenia fija en aquel hombre.

Este habia atravesado la antesala, pasado por delante de Jilberto, y entrado en el aposento sin vacilar.

Jilberto le vió acercarse á tientas á la cama de Andrea, hacer un jesto de sorpresa al ver que no habia nadie en ella, casi al instante tropezar el brazo con la bujia que estaba sobre la mesa.

La bujía cayó, y Jilberto oyó el ruido que sobre el mármol de la mesa hizo

la arandela de cristal al romperse.

Entonces, aquel hombre dijo dos veces con voz ahogada y como llamando:

—Nicolasa! Nicolasa!

—Cómo Nicolasa? Se preguntó Jilberto desde el fondo de su escondite; porqué llama ese hombre á Nicolasa en vez de llamar á Andrea?

Pero viendo el hombre susodicho que ninguna voz respondia á la suya, alzó del suelo la bujía, y de puntillas fué á encenderla en la lamparilla que habia en la antesala.

Entonces fué cuando Jilberto concentró toda su atencion en aquel estraño y nocturno visitante; entonces fué cuando sus ojos hubieran traspasado un muro, gracias á la activa voluntad con que procuraban ver.

De pronto se estremeció Jilberto, y á pesar de que estaba escondido dió un paso atras.

Al combinarse el resplandor de las dos llamas se estremeció Jilberto, lo repetimos, y se quedó medio muerto de asombro, porque el hombre que tenia la

bujía en la mano era el rey.

Entonces todo lo comprendió el mancebo, la fuga de Nicolasa, el dinero que dió á Beausire, el que hubiesen dejado la puerta abierta, la conducta de Richelieu, la de Taverney, y esa intriga misteriosa y funesta de que la jóven era el centro.

Tambien comprendió entonces Jilberto por qué acababa de llamar el rey á Nicolasa, mediadora en aquel crímen, Judas complaciente que habia vendido y entregado á su ama.

Pero en pensar lo que el rey habia ido á hacer en aquel aposento; al pensar en lo que iba á suceder en presencia suya, se le subió la sangre á los ojos y le dejó ciego.

Tuvo ganas de gritar; pero el miedo, ese sentimiento irreflexivo, caprichoso é irresistible, el miedo que le causaba aquel hombre, lleno aun de prestijio, que se llamaba rey de Francia, le ató la lengua en el fondo de la garganta.

Entre tanto Luis XV habia entrado en el aposento con la bujía en la mano.

Apenas puso los pies en él divisó á Andrea con su peinador blanco de muselina, Andrea mas bien desnuda que arropada, cuya cabeza estaba recostada en el espaldar del sofá, descansando la una pierna sobre el cojin, mientras que, tiesa y descalzada la otra, yacia sobre el tapiz.

El rey se sonrió al verla, y la bujía alumbró aquella lúgubre sonrisa; pero casi al instante iluminó el rostro de Andrea otra sonrisa casi tan fatídica como la del monarca.

Este murmuró algunas palabras que Jilberto interpretó como otras tantas palabras amorosas, y poniendo la bujía sobre la mesa dirijió al cielo que estaba inflamado una mirada, yendo en seguida á arrodillarse delante de la jóven, á quien besó una mano.

Jilberto se enjugó el sudor que corria por su frente, y Andrea no se movió.

El rey, que sintió aquella mano helada, la cojió entre la suya para calentarla, y envolviendo con el otro brazo aquel cuerpo tan hermoso y suave,

bre el semblante de Andrea una llama tan azulada y viva, que asustado el rey de aquella palidez, aquella inmovilidad y aquel silencio, retrocedió murmurando:

—Esta jóven está muerta.

Al momento se le ocurrió al rey la idea de que habia abrazado un cadáver, y esta sola idea hizo estremecer todo su cuerpo; fué por la bujía, volvió á donde estaba Andrea, y se puso á mirarla al resplandor de la oscilante llama. Al ver aquellos lábios cárdenos, aquellas ojeras, aquellos cabellos sueltos, y aquella garganta que no levantaba ningun aliento, lanzó un grito, dejó caer la bujía, se tambaleó, y como si estuviese ébrio, se dirijió dando traspies á la antesala; siendo tan grande su espanto que tropezó en el tabique.

Luego oyéronse pasos precipitados en la escalera, y despues crujir la arena del jardin; pero el viento que mujía en el espacio y tronchaba los desolados árboles se llevó á poco el rumor de aquellos pasos en su tempestuoso aliento.

Entonces Jilberto, con el cuchillo en

la mano, salió mudo y sombrio de su escondite, se adelantó hasta el umbral del aposento de Andrea, y por espacio de algunos segundos contempló á la hermosa jóven sumerjida en un profundo sueño.

Durante este tiempo la bujía que habia caido en el suelo ardia sobre el tapiz derribada y todo, alumbrando el pie tan delicado y la pantorrilla tan pura de aquel cadáver adorable.

Jilberto cerró lentamente su cuchillo, y mientras tanto tomaba su rostro insensiblemente el carácter de una resolucion inexorable, despues de lo cual fué á escuchar á la puerta por donde habia salido el rey.

Un minuto largo estuvo escuchando.

En seguida hizo lo que habia hecho el rey, esto es, cerrar la puerta y echar el cerrojo.

Luego apagó la lamparilla que ardia en la antesala.

Despues, en fin, con la misma lentitud y el mismo fuego sombrio en sus ojos volvió á entrar en la habitacion de

Andrea y puso el pie sobre la bujía, que se corria sin tocar al pavimento.

Una oscuridad repentina estinguió la sonrisa funesta que se dibujó en sus labios.

—Andrea! Andrea! murmuró, te prometí que la tercera vez que cayeras entre mis manos no te escaparias como las dos primeras. Andrea! Andrea! La novela terrible que segun tú habia yo compuesto vá á tener un fin terrible tambien.

Y con los brazos estendidos se dirijió al sofá en que estaba la jóven, fria, inmóvil y privada enteramente de sentido.

CAPÍTULO LV.

La voluntad.

Ya vimos como salió Bálsamo de Trianon.

Djerid lo llevaba como un relámpago, y el jinete, pálido de impaciencia y terror é inclinado sobre la flotante crin,

aspiraba con sus labios medio abiertos el aire, que el corcel cortaba con el pecho como corta las aguas la rápida proa.

Detras de él desaparecian árboles y casas á manera de fantásticas visiones, y apenas veia al pasar el pesado carro que jemia sobre su eje, y cuyos tardos caballos se asustaban cuando se aproximaba á ellos aquel meteoro con vida, no pudiendo comprender perteneciese á su misma raza.

De este modo anduvo Bálsamo cerca de una legua, tan inflamado el cerebro despidiendo sus ojos tal brillo y su pecho un aliento tan cálido y sonoro, que los poetas de nuestro tiempo le hubieran comparado con esos temibles jenios, preñados de fuego y vapor, que dan vida á pesadas y humeantes máquinas, y hacen que vuelen por un camino de hierro.

El caballo y su jinete atravesaron á Versalles en unos cuantos segundos, siendo lo único que vieron pasar las pocas personas que andaban por la calle un reguero de chispas.

Bálsamo corrió asi otra legua; pero aunque Djerid solo habia gastado en devorar las dos ya andadas un cuarto de hora, este cuarto de hora le pareció un siglo.

De pronto surcó su mente un pensamiento, y entonces paró sobre sus nerviosos jarretes al corcel, cuyos músculos eran de hierro.

Al pararse Djerid, dobló los cuartos traseros y clavó las manos en la arena.

El jinete y el caballo respiraron un instante.

Al mismo tiempo que respiraba, levantó Bálsamo la cabeza.

Luego se pasó un pañuelo por las sudorosas sienes, y con las ventanas de la nariz dilatadas por el soplo de la brisa, pronunció en medio de la oscuridad las palabras siguientes:

—Oh! qué loco soy! ni la rápida carrera de mi caballo, ni lo ardoroso de mis deseos llegarán nunca á ser tan instantáneos como el rayo ó la chispa eléctrica, y precisamente esto es lo que se necesita para conjurar la desgracia que amaga mi cabeza. Necesito un efecto rá-

pido, un golpe inmediato, un choque omnipotente que paralice las piernas, cuya accion temo, y la lengua cuyo vuelo me hace temblar; necesito causar desde lejos ese sueño con que domino á la esclava que ha roto sus cadenas. Oh! Como llegue á apoderarme alguna vez de ella!...

Y Bálsamo rechinó los dientes, haciendo un jesto desesperado.

—Oh! por mas que quieras, Bálsamo, por mas que corras, esclamó, Lorenza ya ha llegado y va á hablar, ó tal vez ha hablado ya. Oh! Mujer miserable! Cuantos castigos te imponga serán demasiado suaves.

En seguida continuó arrugando el entrecejo, con los ojos fijos apoyando la barba en la palma de la mano.

—Veamos si la ciencia es una palabra ó un hecho, si tiene poder ó no lo tiene.... Averigüémoslo por via de ensayo. Lorenza! Lorenza! quiero que duermas; en cualquier sitio que estés duérmete, Lorenza, duérmete; mira que yo lo quiero!

Luego murmuró desanimado.

—Oh! no, no, miento; no creo en ello ni me atrevo á confiar á pesar de que la voluntad lo es todo. Oh! lo quiero sin embargo, lo quiero con todo mi poder. Hiende los aires voluntad suprema, atraviesa todas esas corrientes de voluntades antipáticas ó indiferentes; atraviesa las murallas como una bala de cañon; persíguela á cualquier parte á donde vaya; anda, descarga el golpe, destruye! Lorenza, Lorenza, quiero que duermas! Lorenza, quiero que enmudezcas!

Y dirijió por algunos intantes su pensamiento hácia el logro de este fin, grabándolo en su cerebro como para darle mas vuelo cuando brotase hácia Paris; y terminada esta operacion misteriosa, á que concurrieron sin duda todos los átomos divinos, animados por Dios, soberano Señor de todas las cosas, Bálsamo con los dientes todavia apretados y crispados los puños, soltó las riendas á Djerid, pero sin aplicarle ni la rodilla ni la espuela.

Cualquiera hubiera dicho que Bálsamo queria convencerse á sí mismo.

Entonces el noble corcel empezó á andar tranquilamente, segun el permiso tácito que le daba su amo, sentando sobre el empedrado del camino con esa delicadeza particular de su raza el pie casi sin hacer ruido, á fuerza de ser lijero.

Durante este tiempo Bálsamo, á pesar de que los hombres superficiales que le hubieran visto de aquel modo habrian creido que hacia mal en ir tan despacio, combinaba allá para sí todo un plan de defensa, plan que acababa en el mismo momento en que Djerid tocaba el empedrado de Sevres.

Asi que llegó frente á la verja del parque se paró y miró en torno suyo, como si esperara á alguien.

Efectivamente, casi al punto se destacó un hombre de una puerta cochera y fué donde él estaba.

—Eres tú, Fritz? preguntó Bálsamo.

—Si señor.

—Te has informado?

—Si.

—Está en Paris la condesa de Dubarry ó en Luciennes?

—En Paris.

Bálsamo dirijió al cielo una mirada de triunfo.

—Cómo has venido?

—En Sultan.

—Donde lo tienes?

—En el patio de esa posada.

—Ensillado?

—Y con la brida puesta.

—Bien, está listo.

Fritz fué á desatar á Sultan, que era unos de esos valientes caballos alemanes, dotados de muy buen carácter, y que murmuran algo en las marchas forzadas, pero que no por eso dejan de andar mientras que les quede un resto de aliento en los hijares y el jinete tenga espuela.

Fritz volvió en busca de Bálsamo.

Este se ocupaba en escribir á la luz de un farol que los señores recaudadores del impuesto sobre los animales se movientes ó no se movientes tienen siemre encendido para sus operaciones fiscales.

—Vuélvete á Paris, dijo, y entrega esta esquela á la señora condesa de Dubarry, esté donde esté; para ello tienes

media hora, y despues que lo hayas evacuado regresarás á la calle de San Claudio, donde te estará esperando la señora Lorenza, que no puede menos de volver. Déjala pasar sin decirle una palabra, ni ponerle el menor obstáculo; anda, y acuérdate sobre todo de que debes desempeñar tu comision en media hora.

—Está bien, dijo Fritz.

Y al mismo tiempo que daba á Bálsamo esta respuesta satisfactoria, aplicaba la espuela y el látigo á Sultan que admirado de aquella agresion á que no estaba acostumbrado, echó á correr lanzando un relincho lastimero.

Por lo que hace á Bálsamo fue calmándose poco á poco y tomó el camino de Paris, donde entró al cabo de tres cuartos de hora, con rostro casi fresco y la vista tranquila, ó mas bien pensativo.

Por lo demas Bálsamo tenia razon: por muy rápido que fuese Djerid; como hijo que era del desierto tenia que tardar, y únicamente su voluntad podia caminar tan pronto como la jóven se habia escapado de su prision.

De la calle de San Claudio se dirijió Lorenza al baluarte, y dando la vuelta á la derecha no tardó en divisar los muros de la Bastilla; pero como siempre habia estado encerrada, no sabia andar por Paris: ademas, su principal objeto era huir de la casa maldita, que para ella era un calabozo, y la venganza se presentaba en segundo término.

Acababa pues de penetrar en el barrio de San Antonio turbada y de prisa, cuando se llegó á ella un joven que iba siguiéndola hacia algunos minutos asombrado.

Efectivamente, Lorenza, natural de las cercanias de Roma y que siempre habia tenido una vida escepcional, sin seguir los caprichos de la moda, sin ponerse los trajes ni haber adoptado los usos de la época, iba vestida mas bien como una oriental que como una europea; es decir, siempre con holgura, siempre suntuosamente, y pareciéndose muy poco á esas bonitas muñecas encerradas como avispas en un largo corsé, y crujiendo trajes de seda y muselina, bajo

los que casi era inútl buscar un cuerpo, gracias al afan con que querian aparecer como inmateriales.

Lorenza solo habia conservado, pues, ó por mejor decir adoptado del modo de vestirse de las francesas de aquel tiempo los zapatos con tacones de dos pulgadas de alto, calzado molesto que hacia combarse el pie, resentirse los tobillos delicados, y que en un siglo tan poco mitolójico imposibilitaba la fuga de las Aretusas perseguidas por los Alfeos.

El Alfeo que perseguia á nuestra Aretusa la alcanzó, pues, fácilmente; pues al ver aquellas pantorrillas divinas bajo una saya de raso y encaje, aquella cabellera sin polvos y aquellos ojos que despedian un fuego estraño debajo de una manteleta arrollada á la cabeza y el cuello, creyó que Lorenza era una mujer disfrazada que se dirijia á algun baile de máscaras ó á alguna cita, la cual debia ser en una casilla del barrio cuando no iba en carruaje.

Se acercó, pues, á Lorenza y poniéndosele al lado con el sombrero en la mano dijo.

—Supongo, señora, que ireis muy lejos con ese calzado que os impide el andar; quereis que os dé el brazo hasta que encontremos un carruaje, y con eso tendré la honra de acompañaros á donde vayais?

Lorenza volvió la cabeza con un movimiento repentino, miró profundamente con sus negros ojos al que le hacia una oferta que á muchas mujeres hubiera parecido una insolencia, y parándose:

—Si, dijo, acepto vuestra compañia.

El joven le dió el brazo con mucha finura.

—A donde vamos, señora? preguntó.

—A la tenencia de la policia.

El joven se estremeció.

—A casa de Mr. de Sartines? dijo.

—No sé si se llama Mr. de Sartines; lo que quiero es hablar con el que sea teniente de policia.

El joven empezó á reflexionar, y le pareció sospechosa aquella mujer joven y hermosa, que vestida á la estranjera, recorria las calles de Paris á las ocho de la noche, con una cajita debajo del bra-

zo y preguntando por el teniente de policia, casa que quedaba á su espalda.

—Ah! Diablo! dijo el joven, por aquí no se va á la tenencia de policia.

—Pues por donde?

—Es preciso ir al barrio de San German.

—Y por donde se va al barrio de San German?

—Por aquí, señora, respondió el joven con tranquilidad y finura; y si quereis, cuando encontremos un carruaje...

—Si, eso es, un carruaje, teneis razon.

El jóven llevó á Lorenza hacia el baluarte, y habiendo encontrado un coche de alquiler lo llamó.

El cochero acudió al llamamiento y preguntó:

—A donde quereis que os lleve, señora?

—Al palacio de Mr. de Sartines, dijo la joven.

Y abriendo la portezuela, por un resto de urbanidad ó mas bien de asombro, saludó á Lorenza; en seguida la ayu-

dó á subir y la vió alejarse como una vision de esas que aparecen en sueños.

El cochero, lleno de respeto hácia aquel nombre terrible, dió de latigazos á sus caballos y partió en la direccion indicada.

Entonces fué cuando Lorenza atravesó la plaza Real, y Andrea la vió y oyó en su sueño magnético, denunciándola á Bálsamo.

A los veinte minutos estaba Lorenza en la puerta del palacio.

—Espero, hermosa señora? preguntó el cochero.

—Sí, respondió Lorenza maquinalmente.

Y penetró con rapídez en el portal de aquel espléndido palacio.

CAPÍTULO LVI.

Palacio de Mr. de Sartines.

Asi que entró en el patio, Lorenza se vió rodeada de un mundo de esentos y soldados.

La jóven se dirijió al guardia que encontró mas á mano, y le suplicó la llevase al teniente de policia; aquel guardia la encaminó al portero de estrados, y viendo este una mujer tan hermosa, tan estraña, vestida con tanto lujo, y con un cofrecito magnífico debajo del brazo, conoció que la visita podria no ser ociosa, é hizo que subiera por una gran escalera á una antesala, donde todo lo que pasaba por el sagaz registro de aquel portero podia á cualquiera hora del dia ó de la noche llevar á Mr. de Sartines una noticia, una denuncia ó una peticion.

Escusado es decir que las dos primeras clases de visitantes eran acojidas mas favorablemente que la última.

Lorenza, á quien preguntó el portero qué queria, contestó solamente estas palabras.

—Sois el Sr. de Sartines?

El portero se admiró no poco de que hubiera quien confundiese su traje negro y su cadena de acero, con el traje bordado y la oscura peluca del jefe de la policia; pero como á nungun teniente le disgusta que le llamen capitan, conociendo en el acento que aquella mujer era estranjera, y viendo que ni en sus ojos ni en sus ademanes demostraba estar loca, quedó convencido que la visitante llevaba alguna cosa de importancia en el cofre, que apretaba con tanto cuidado como fuerza debajo del brazo.

Sin embargo, como Mr. de Sartines era hombre prudente y suspicaz, y ya le habian tendido algunos lazos, por medio de incentivos no menos gratos que los de la hermosa italiana, andaban todos en su derredor con mucho cuidado.

Lorenza sufrió, pues, las investigaciones, interrogatorios y sospechas de media

docena de secretarios y ayudas de cámara.

El resultado de todas aquellas preguntas y respuestas fue que Mr. de Sartines no habia vuelto á casa, y que era preciso que Lorenza esperase.

Entonces se encerró la jóven en un silencio sombrio, y dejó vagar la vista por las desnudas paredes de la vasta antesala.

Al fin sonó una campanilla, y se oyó rodar por el patio un carruaje, y otro portero fue á anuncia á Lorenza que Mr. de Sartines la estaba esperando.

Lorenza se levantó y atravesó dos salas llenas de jente de rostro sospechoso; y con trajes aun mas estraños que el suyo, hasta que al fin la introdujeron en un gran gabinete de forma octógona, alumbrado por una porcion de bujias.

Un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, puesto de bata y adornado con una enorme peluca, pastosa con los polvos y el rizado, trabajaba sentado delante de un mueble alto en su for-

ma, cuya parte superior, que era parecida á un armario, se componia de dos tableros de cristal azogado, en que veia el que allí estuviese trabajando, sin molestarse, á los que entraban en el gabinete, y podia estudiar su semblante antes que tuvieran tiempo de acomodarlo al suyo.

La parte que baja de aquel mueble formaba un bufete, provisto en el fondo de varios cajones, y cada uno de estos representaban una letra del alfabeto, siendo allí donde Mr. de Sartines encerraba papeles y cifras que nadie podia leer mientras él viviese, pues el mueble se abria por si solo, y que nadie podia descifrar tampoco despues de su muerte, á no ser que encontrara el secreto de las cifras en algun cajon mas disimulado que los demas.

Aquel bufete; ó mas bien armario, contenia por debajo de los cristales de la parte alta doce gavetas cerradas tambien por medio de un mecanismo invisible, pues se habia mandado construir espresamente para encerrar secretos qui-

micos ó políticos por el rejente, cuyo príncipe lo regaló á Dubois. Este lo dejó en herencia á Mr. Dombreval, teniente de policia, que fue quien se lo dió á Mr. de Sartines; pero este último no consintió en servirse de él hasta despues que murió el endonante, y aun mandó variar el modo con que estaba colocada la cerradura.

El mueble que hemos procurado describir tenia cierta reputacion entre la jente, y segun decian cerraba demasiado bien para que Mr. de Sartines solo guardara en él sus pelucas.

Los hombres murmuradores, y en aquella época, habia buen número de ellos, decian que si hubiera podido leerse á traves de los tableros del espresado mueble, de seguro se hubiese encontrado en alguna de sus gavetas los famosos tratados en virtud de los cuales se ocupaba S. M. Luis XV en el ajiotaje del trigo, por conducto de su fiel ajente Mr. de Sartines.

El teniente de policia vió pues reflejarse en su espejo disimulado el semblante pálido y serio de Lorenza, quien se

iba acercando á él con el cofre debajo del brazo.

La jóven se paró en medio del gabinete.

Aque traje, aquel rostro, aquel modo de andar, llamaron la atencion del teniente.

—Quién sois? preguntó sin volverse pero mirando en el espejo; qué me quereis?

—Estoy, respondió Lorenza, en presencia de Mr. de Sartines teniente de policia?

—Sí, contestó este con voz breve.

—Quién me lo afirma?

Mr. de Sartines se volvió y dijo:

—Será para vos una prueba de que soy el hombre á quien buscais el que os envie á un calabozo?

Lorenza no replicó.

Lo que hizo fue mirar en derredor con esa dignidad inesplicable que poseen las italianas por ver si encontraba la silla que Mr. de Sartines no le ofrecia.

Aquella mirada bastó á desarmar á este, pues el conde de Alby de Sartines era hombre de bastante buena educacion.

—Sentaos, dijo bruscamente.

Lorenza acercó un sillon y se sentó.

—Hablad y pronto, dijo el majistrado: vamos, qué quereis?

—Caballero, dijo la jóven, vengo á impetrar vuestra proteccion.

Mr. de Sartines la miró de ese modo camastron natural en él.

—Ah! ah! dijo.

—Caballero, continuó Lorenza, he sido robada á mi familia y sometida por medio de un casamiento falso á un hombre que me tiene oprimida hace tres años y me mata de sentimiento.

Mr. de Sartines miró aquella noble fisonomía, y se sintió conmovido al oir una voz tan dulce, que parecia un canto.

—De qué pais sois? preguntó.

—Soy romana.

—Cómo os llamais?

—Lorenza.

—Lorenza qué?

—Jeluiani.

—No conozco á esa familia; sois señorita?

Sabido es que señorita significaba en aquella época hija de familia noble; y que en nuestros dias una jóven se considera noble así que se casa llamándose señora.

—Soy señorita, dijo Lorenza.

—Y qué pedis?

—Justicia contra ese hombre que me ha encarcelado y secuestrado.

—Yo no tengo que ver con eso, dijo el teniente de policia; no sois su mujer?

—El lo dice á lo menos.

—Como que lo dice?

—Porque el matrimonio se ha contraido estando yo dormida y no me acuerdo de haber dado mi consentimienio.

—Vaya un sueño pesado que teneis!

—Que decís?

—Que nada tengo que ver con eso, dirijios á un procurador y sentad una demanda, porque á mi no me gusta mezclarme en asuntos de casados.

Y esto diciendo, Mr. de Sartines hizo con la mano una seña que significaba: idos.

—Lorenza no se movió.

—No habeis oido? preguntó Mr. de Sartines admirado.

—Aun no he acabado, contestó la jóven, y cuando vengo aquí debeis comprender que no será para quejarme de una cosa frívola, sino para vengarme. Ya os he dicho de qué pais soy, y ahora añado que mis compatriotas se vengan y no se quejan.

—Eso es diferente, dijo Mr. de Sartines; pero despachaos, hermosa señora, porque el tiempo es para mí muy precioso.

—Os he dicho que vengo á impetrar vuestra proteccion; me la concedeis?

—Contra quién?

—Contra el hombre de quien quiero vengarme.

—Es poderoso?

—Mas que un rey.

—Vamos, espliquémonos, señora. Por qué os he de conceder mi proteccion contra un hombre mas poderoso que el rey, segun vos, y por una accion que quizá sea un crímen? Si teneis que vengaros de ese hombre, hacedlo en buen

hora, pues á mí me importa poco; no hay mas sino que si cometeis un delito mandaré que os prendan, y despues veremos: esta es la marcha.

—No, dijo Lorenza, no mandareis prenderme, caballero, pues mi venganza es sumamente útil para vos, el rey y la Francia. Me vengo revelando los secretos de ese hombre.

—Ah, ah! Ese hombre tiene secretos? dijo Mr. de Sartines interesado á pesar suyo.

—Los tiene, y grandes, caballero.

—De qué clase?

—Políticos.

—Decidlos pues.

—Pero en fin, me protejereis?

—Qué especie de proteccion quereis que os dé? dijo el majistrado sonriéndose con frialdad. Pedis dinero ó cariño?

Lo que pido, caballero; es entrar en un convento, sepultarme en él y vivir allí ignorada. Quiero que ese convento sea para mí un sepulcro, y que nadie en el mundo viole ese sepulcro.

—Ah! dijo el majistrado, no es mu-

cho exijir. Hablad que se os dará el convento.

—Me lo prometeis bajo palabra de honor, caballero?

—Os lo prometo.

—Pues entonces, dijo Lorenza, tomad este cofre que contiene misterios que os harán temblar por la seguridad del monarca y del reino.

—Sabeis vos cuáles son esos misterios?

—Superficialmente, pero sé que existen.

—Y que son importantes?

—Que son terribles.

—Políticos, segun decís?

—No habeis oido hablar alguna vez de una sociedad secreta?

—Ah! La de los masones?

—La de los invisibles.

—Sí, pero creo que no existe.

—Así que abrais ese cofre lo creereis.

—Ah! esclamó Mr. de Sartines vivamente, veámoslo.

Y tomó el cofre de manos de Lorenza.

Pero de pronto lo puso sobre el bufete despues de reflexionar.

—No, dijo con desconfianza, abridlo vos.

—Cómo, si no tengo la llave?

—Que no teneis llave? Me traeis un cofre en que se encierra el reposo del reino, y se os olvida la llave!

—Tan dificil es abrir una cerradura?

—Conociéndola, no.

Y luego continuó al cabo de un instante:

—Aquí hay llaves para toda clase de cerraduras; se os dará un manojo, y vos abrireis.

Esto diciendo miró fijamente á Lorenza.

—Está bien, dijo esta sencillamente.

Mr. de Sartines dió á la jóven un manojo de llaves de todos tamaños y formas.

Ella lo tomó.

Mr. de Sartines le tocó la mano y advirtió que estaba tan fria como el mármol.

—Pero por qué no habeis traido la llave del cofre? preguntó.

—Porque el dueño de este la lleva siempre consigo.

—Y decis que es mas poderoso que un rey? Quién es?

—Lo que es nadie puede decirlo; el tiempo que ha vivido solo lo sabe la eternidad; los hechos que lleva á cabo nadie sino Dios los vé.

—Pero cómo se llama, como se llama?

—Le he visto diez veces mudar de nombre.

—Pero con cual le conoceis vos?

—Con el de Acharat.

—Y donde vive?

—En la calle de San....

De pronto se estremeció Lorenza, empezó á temblar, dejó caer el cofre que tenia en una mano y las llaves que tenia en la otra; hizo un esfuerzo para responder, pero se le torció la boca de resultas de una convulsion dolorosa; se llevó las manos á la garganta, como si le ahogaran las palabras que estaban para salir de ella, y luego, levantando

al cielo sus temblorosos brazos, sin poder articular ni un solo sonido, cayó con todo el peso de su cuerpo sobre el tapiz del gabinete.

—Pobre chica! murmuró Mr. de Sartines; qué diablos le habrá sucedido?... De veras es lindísima. Vamos, vamos, querrá vengarse por celos.

Tocó una campanilla y él mismo levantó á la jóven, quien con los ojos espantantados y los lábios inmóviles, parecia que estaba muerta y que iba á dejar este mundo.

Dos ayudas de cámara entraron, y el teniente de policia les dijo:

—Conducid esta jóven con mucho cuidado á la habitacion inmediata y procurad que recobre los sentidos, sin emplear para ello medios violentos.

Los ayudas de cámara obedecieron, llevándose en brazos á Lorenza.

CAPÍTULO LVII.

El cofre.

Así que Mr. de Sartines se quedó solo cojió el cofre y todo se le volvia darle vueltas como hombre que sabe apreciar lo que vale un descubrimiento.

En seguida alargó la mano y recojió el manojo de llaves que de las manos de Lorenza cayó al suelo.

Todas las probó, pero ninguna le venia.

Entonces sacó de su gaveta otros tres ó cuatro manojos por el mismo estilo.

En aquellos manojos habia llaves de todos tamaños, y así de muebles como de cofres, pudiendo decirse que Mr. de Sartines poseia una musetra de todas las llaves conocidas, desde la usual hasta la microscópica.

Trató de ver si venian bien al cofre veinte, cincuenta, ciento; pero ninguna dió una vuelta siquiera, de lo cual

dedujo el majistrado que aquella cerradura era aparente, siendo por lo mismo sus llaves simulacros de llaves y nada mas.

Entonces sacó de la misma gaveta un escoplo pequeño y un martillito, y con su blanca mano metida en un ancho manguito de malinas, arrancó la cerradura, fiel guardiana del cofre.

Al momento se presentó á su vista un lio de papeles en vez de las máquinas fulminantes que temia encontrar allí, ó de los venenos cuyo aroma debia ser mortal y privar á la Francia de su majistrado mas esencial.

Las primeras palabras en que el teniente de policia fijó sus ojos fueron estas, trazadas por una mano que se conocia habia disfrazado la letra.

«Maestre, ya es tiempo de dejar el nombre de Bálsamo.

Aquel papel no contenia firma alguna, sino únicamente estas tres letras: L. P. D.

—Ah! ah! dijo Mr. de Sartines dando vueltas á los bucles de su peluca; si

no conozco la letra creo que el nombre no me es desconocido. Bálsamo?... Busquemos en la B.

Entonces abrió una de sus ochenta gavetas y sacó de ella un registro en que estaban anotados por órden alfabético y con una letra muy pequeña llena de abreviaturas trescientos ó cuatrocientos nombres, precedidos, seguidos y acompañados de una coleta que echaba chispas.

—Oh! oh! murumró, tenemos tela larga con el tal Bálsamo.

Y leyó toda la pájina con muestras nada equívocas de descontento.

En seguida volvió á colocar el rejistro en su gaveta, para seguir haciendo el inventario del cofre.

No tuvo que ir muy lejos sin recibir una impresion profunda, y pronto encontró una nota llena de nombres y cifras.

Aquella nota le pareció importante, pues estaba muy gastada por las márjenes, y atestada de señales hechas con lapiz. Entonces tocó la campanilla Mr. de Sartines y se presentó un criado.

—Que venga al instante, dijo, el encargado de la chancilleria; pero que pase de las oficinas por medio de la habitacion para ahorrar tiempo.

El ayuda de cámara salió.

Al cabo de dos minutos se presentó en el umbral del gabinete un empleado, con la pluma en la mano, el sombrero debajo del brazo, un abultado rejistro debajo del otro y manguitos de sarga negra sobre las mangas de la casaca. Mr. de Sartines lo vió en su espejo y le alargó el papel por cima del hombro.

—Desciframe eso, le dijo.

—Está bien, monseñor, dijo el empleado.

Aquel adivinador de charadas era un hombre muy bajo y delgado, de labios fruncidos, arrugado entrecejo á fuerza de indagar, cabeza pálida y puntiaguda de arriba á abajo, barba afilada, frente hundida, juanetes prominentes y ojos apagados; que se animaban por momentos.

Mr. de Sartines le llamaba Garduña.

—Sentaos, le dijo el majistrado al

verle apurado con su calepino, su códice de cifras, su nota y su pluma.

Garduña se sentó modestamente en un taburete, recojió las piernas y se puso á escribir sobre las rodillas, rejistrando su diccionario y repasando la memoria con una fisonomía impasible.

A los cinco minutos había escrito lo siguiente:

§.

«Orden para reunir tres mil hermanos en Paris.

§.

«Orden para formar tres círculos y seis lojias.

§.

«Orden para formar una guardia que custodie la persona del gran Copto y prepararle cuatro domicilios debiendo ser uno de ellos un palacio que pertenezca al rey.

§.

«Orden para poner á su disposicion quinientos mil francos para una policia.

§.

«Orden para alistar en el primer cir-

culo parisiense toda la flor y nata de la literatura y la filosofía.

§.

«Orden para tener á sueldo ó ganar á la majistratura; pero asegurarse especialmente al teniente de policia, por medio de la corrupcion, la violencia ó la astucia.»

Garduña se detuvo un momento, no para reflexionar, porque esto hubiera sido un crímen en aquel pobre hombre, sino porque habiendo concluido de escribir la cara, y estando todavia fresca la tinta era preciso esperar á que se secase para proseguir.

Mr. de Sartines, impaciente, le quitó la hoja de la mano y se puso á leer.

Al llegar al último párrafo se pintó en todas sus facciones tal terror, que se aumentó su palidez aun mas al ver en el espejo de su armario lo pálido que se habia puesto.

Por lo demas, no devolvió la hoja al empleado en la chancilleria, sino le dió una en blanco.

Este continuó escribiendo á medida

que iba descifrando, cuya operacion hacia con una facilidad espantosa para los que se ocupaban en escribir en cifra.

Aquella vez Mr. de Sartines no pudo aguardar y leyó por cima del hombro de Garduña.

§.

«Dejar en Paris el nombre de Bálsamo que empieza á ser demasiado conocido, y tomar el de conde de Fe...

El resto de la palabra estaba sepultado en una mancha de tinta.

En el mismo momento en que Mr. de Sartines procuraba averiguar las sílabas que debian componer la palabra sonó la campamilla esterior, y un criado entró anunciando á:

—El señor conde de Fenix.

Mr. de Sartines lanzó un grito y esponiéndose á derribar el armonioso edificio de su peluca juntó las manos por cima de su cabeza, y se apresuró á despedir á su dependiente por una puerta escusada.

En seguida volvió á sentarse delante del bufete, y dijo al ayuda de cámara.

—Que entre.

—Algunos segundos despues Mr. de Sartines vió en su espejo el severo perfil del conde, á quien ya habia columbrado en la corte el dia en que fue presentada la Dubarry.

Bálsamo entró sin ninguna indecision.

Mr. de Sartines se levantó, hizo al conde una fria reverencia, y cruzando una pierna sobre otra se respaldó ceremoniosamente en su sillon.

Desde luego conoció el majistrado la causa y objeto de aquella visita.

Desde luego vió tambien Bálsamo la cajita, abierta y medio vacía, sobre el bufete de Mr. de Sartines.

Por fujitiva que fuese la mirada que Balsamo dirijió al cofre, no se escapó al teniente de policia.

—A qué casualidad se debe la honra que me dispensais viniendo á mi casa? preguntó Mr. de Sartines.

—Caballero, respondió Bálsamo con una sonrisa llena de amenidad, he tenido el honor de ser presentado á todos los soberanos de Europa, á todos los ministros, á todos los embajadores; pero no

habiendo encontrado á nadie que me presentase á vos, vengo á presentarme yo mismo.

—Pues llegais á tiempo, caballero, dijo el teniente de policia; hasta creo que si no hubieseis venido de motu propio, yo habria tenido la honra de llamaros.

—Ah! dijo Bálsamo, véase como las cosas se tocan.

Mr. de Sartines se inclinó sonriéndose irónicamente.

—Será tanta mi fortuna, caballero, continuó Bálsamo, que pueda seros útil en algo?

Estas palabras las pronunció sin que apareciese en su risueña fisonomía ni una sombra de emocion ó inquietud.

—Habeis viajado mucho, señor conde? preguntó el teniente de policia.

—Mucho caballero.

—Ah!

—Quereis acaso que os dé algunos pormenores sobre algun punto jeográfico? Lo digo, porque un hombre de una capacidad como la vuestra no solo se ocu-

pa de Francia, sino abarca la Europa, el mundo...

—El punto que quiero saber no es jeográfico, señor conde; si dijéseis moral, ya eso es mas exacto.

—No hay que apurarse, pues lo mismo para ese que para cualquiera otro estoy á vuestras órdenes.

—Pues bien, señor conde, figuraos que busco á un hombre muy peligroso á fe mia, á un hombre que es á un mismo tiempo ateo...

—Oh!

—Conspirador.

—Oh!

—Falsario.

—Oh!

—Adúltero, monedero falso, empírico, charlatan, jefe de secta: un hombre cuya historia está consignada en mis rejistros y en esta cajita que veis aquí.

—Ah! ya entiendo, dijo Bálsamo; sabeis su historia, pero os falta él.

—Efectivamente.

—Diablo! pues eso es lo mas importante á mi parecer.

—Sin duda; pero vais á ver que estamos abocados á cojer á ese hombre. De seguro no tiene mas formas Proteo, ni Júpiter, mas nombres que ese misterioso estranjero. En Ejipto se llamaba Acharat, en Italia Bálsamo, en Cerdeña Somini, en Malta marques de Danna, en Córcega marques de Pellegrini, y en fin, conde de...

—Conde de qué? añadió Bálsamo.

—Este último nombre, caballero, es el que no he podido leer bien, pero vos me ayudareis, no es verdad? Estoy seguro de ello, porque nada tiene de particular que hayais conocido á ese hombre en vuestros viajes en algunos de los paises que acabo de citar.

—Dadme alguna noticia de él, dijo Bálsamo con tranquilidad, y ya veremos.

—Ah! ya entiendo; lo que deseais es una especie de filiacion, no es verdad, señor conde?

—Justamente, caballero, si lo teneis á bien.

—Es un hombre, dijo Mr. de Sartines fijando en Bálsamo una mirada que

queria fuese inquisitorial, de vuestra edad, de vuestra estatura y vuestros modales; unas veces derrama el oro á guisa de gran señor, y otras se presenta como un charlatan que inquiere los secretos de la naturaleza; por último, otras aparece afiliado en una asociacion misteriosa que jura en las tinieblas la muerte de los reyes y la caida de los tronos.

—Oh! dijo Bálsamo, eso es muy vago.

—Cómo muy vago?

—Si supiérais cuantos hombres he visto parecidos á ese cuyo retrato acabais de hacer!

—De veras?

—A no dudarlo, y así, si quereis que os ayude, hareis muy bien en fijaros un tanto. En primer lugar, sabeis el pais en que vive con mas frecuencia?

—No, porque vive en todos.

—Pero en este momento, por ejemplo.

—En este momento reside en Francia.

—Y qué hace aquí?

—Dirijir una conspiracion inmensa.

—Ah! estos si que son detalles, y si sabeis que conspiracion dirije, teneis un

hilo que puede servíros para dar con vuestro hombre.

—Así lo creo.

—Pues si lo creeis, por qué me pedís consejo? Lo tengo por inútil.

—Es que estoy indeciso sobre una cosa.

—Y cuál es?

—Esta.

—Decidla.

—Le mando prender, sí ó no?

—Si ó no?

—Si ó no.

—Señor teniente de policia, no comprendo el *no*; porque al fin si conspira...

—Ya se ve que sí; pero le garantiza un nombre, un título.

—Ah! ya entiendo; pero qué nombre, qué título es ese? Necesitaria saberlo para ayudaros en vuestras pesquisas, caballer o.

—Os digo y repito que sé el nombre con que se oculta; pero...

—No sabeis el nombre con que se presenta en sociedad; he acertado?

—Justamente; y sin eso...

—No podeis prenderle, pues de otro modo...

—Le prenderian inmediatamente.

—Pues bien, mi querido Sartines, es una fortuna, como dijísteis hace poco, que yo haya llegado en este momento, porque voy á prestaros el servicio que me pedíais.

—Vos?

—Yo.

—Vais á decirme su nombre?

—Sí.

—El nombre con que se presenta en sociedad?

—El mismo.

—Le conoceis, pues?

—Perfectamente.

—Y cómo se llama? preguntó Mr. de Sartines á la espectativa de algun embuste.

—El conde de Fenix.

—Cómo! El nombre con que vos os habeis anunciado?

—El nombre con que me he anunciado, sí.

—Vuestro nombre?

—Mi nombre.

—Pues entonces, ese Acharat, ese Somini, ese marques de Anna, ese marques de Pellegrini, ese José Bálsamo, sois vos?

—Sí, dijo Bálsamo simplemente, yo mismo.

Mr. de Sartines se tomó un minuto para reponerse del asombro que le causó aquel descaro.

—Sabed, dijo en seguida, que lo habia adivinado... Os conocia, sabia que ese Bálsamo y ese conde de Fenix eran uno mismo.

—Ah! sois un gran ministro, lo confieso, dijo Bálsamo.

—Y vos muy imprudente, dijo el majistrado dirijiéndose hácia la campanilla.

—Imprudente, y por qué?

—Porque voy á mandaros prender.

—Vaya, dijo Bálsamo dando un paso entre la campanilla y el majistrado: creeis que se me prende á mi?

—Vive Cristo! Quereis decirme qué hareis para impedirlo?

—Qué haré?

—Sí.

—Señor teniente de policia, levantaros la tapa de los sesos.

Y Bálsamo sacó del bolsillo una pistola muy bonita montada sobre granate, y que cualquiera hubiera dicho habia sido cincelada por Benvenuto Cellini, pistola que apuntó tranquilamente al rostro de Mr. de Sartines, quien cayó sobre un sillon pálido en estremo.

—Ahí, dijo Bálsamo arrimando otro sillon al del teniente de policia y sentándose, ahora que estamos sentados podemos hablar un poco.

CAPÍTULO LVIII.

Plática.

Mr. de Sartines tardó un instante en reponerse de un susto tan serio, pues vió, como si tratara de mirarla por dentro, la boca amenazadora del cachorrillo,

y aun sintió en la frente el frio de su círculo de hierro.

Al fin se repuso.

—Caballero, dijo, os llevo una ventaja, pues sabiendo la clase de hombre con quien iba á hablar no tomé las precauciones que suelen tomarse contra los malhechores de baja ralea.

—Oh! replicó Bálsamo, veo que os enfureceis y que vais á vomitar injurias; pero sois injusto; porque vengo á prestaros un servicio.

Mr. de Sartines hizo un movimiento.

—Sí, á prestaros un servicio, caballero, prosiguió Bálsamo, y os engañais acerca de mis intenciones, hablándome de conspiradores, justamente cuando yo venia á denunciaros una conspiracion.

Pero por mas que Bálsamo dijese, lo que es en aquel momento Mr. de Sartines no prestaba gran atencion á las palabras de aquel visitante peligroso, de suerte que la palabra conspiracion que en tiempos bonancibles le hubiera sobresaltado, apenas hizo que aplicase el oido.

—Puesto que sabeis tan bien quien soy, comprendereis la mision que me trae á Francia. Enviado por S. M. Federico el Grande, es decir, embajador mas ó menos secreto de S. M. el rey de Prusia, y quien dice embajador dice curioso; en mi calidad de tal, esto es, curioso, nada de cuanto pasa ignoro, y una de las cosas que mejor conozco es el monopolio del trigo.

Por muy sencillamente que Bálsamo pronunció estas últimas palabras, tuvieron mas poder sobre el teniente de policia que habian tenido las demas, pues Mr. de Sartines prestó atencion, levantando aunque lentamente la cabeza.

—Qué es eso del trigo? dijo afectando tanta seguridad como Bálsamo desplegó al principio de la conversacion; tened la bondad de ponerme al corriente de ese asunto, caballero.

—Con mucho gusto, dijo Bálsamo, hé aqui á lo que se reduce.

—Ya os escucho.

—Oh! no necesitais decírmelo. Unos especuladores muy astutos han persua-

dido á S. M. el rey de Francia que debia construir graneros donde tener almacenado el trigo de sus pueblos por si hay una carestia. Hánse hecho, pues, los graneros, pero al empezar la obra hubo quien dijo que mas valia hacerlos grandes, por lo cual nada se ha escatimado, ni piedra ni madera, y los graneros levantados son espaciosos.

—Y qué mas?

—Qu· ha sido preciso henchirlos, porque los graneros vacios son inútiles; y efectivamente han sido atestados de grano.

—Y qué, caballero? dijo Mr. de Sartines, no viendo aun claramente á donde queria ir á parar Bálsamo.

—Pues bien, ya comprendereis que para llenar unos graneros tan grandes habrá habido que almacenar una cantidad grandísima de trigo. No es verdad?

—Sin duda.

—Continúo. El retirar de la circulacion mucho trigo es un medio de matar de hambre al pueblo, porque, tenedlo presente, todo valor que se saca de la

circulacion equivale á una falta de producto. Mil fanegas de grano encerradas en un granero son mil fanegas menos sacadas al mercado, y si estas mil fanegas las multiplicais aunque sea solo por diez, el trigo se aumenta como es consiguiente.

A Mr. de Sartines le acometió un ataque de tos, sin duda de irritacion.

Bálsamo se detuvo, y esperó tranquilamente á que se calmase la tos.

—De consiguiente, continuó diciendo asi que el teniente de policia le dió tiempo, el especulador en granos se enriquece con el esceso del valor; no es esto claro?

—Mucho que lo es, dijo Mr. de Sartines; pero segun veo, caballero, se reduce vuestra pretension á denunciarme una conspiracion ó un crimen cuyo autor seria S. M.?...

—Justamente, contestó Bálsamo, me habeis entendido.

—Seguramente que es cosa atrevida, caballero, y en verdad os digo, que tengo gran curiosidad por saber cómo

tomará el rey vuestra acusacion. Mucho temo que el resultado no sea precisamente el mismo que yo me proponia alcanzar con rejistrar los papeles que contenia este cofre antes de vuestra llegada. Andaos con tiento, caballero, porque siempre ireis á parar á la Bastilla.

—Vamos, está visto que no me entendeis.

—Cómo que no os entiendo?

—Dios mio! qué mal me juzgais, y cuánto os equivocais, caballero, si me teneis por tonto! Cómo! Os figurais que yo voy á atacar al rey, yo, que soy embajador y curioso?... Eso seria propio de un necio, y os suplico que me oigais hasta el fin.

Mr. de Sartines hizo un movimiento con la cabeza.

—Los que han descubierto esa conspiracion contra el pueblo frances (...dispensadme, caballero, si os estoy quitando un tiempo precioso; pero pronto vereis que no es enteramente perdido); los que han descubierto esa conspiracion contra el pueblo francés son unos econo-

mistas muy laboriosos y aficionados á pormenores, que al aplicar su lente investigador á ese monopolio han observado que el rey no es el único que lo ejerce. Saben muy bien que S. M. lleva un rejistro exacto del grano que se presenta al mercado; saben que S. M. se restrega las manos de gusto cuando la alza le produce ocho ó diez mil escudos; pero tambien saben que al lado de S. M. hay un hombre, cuya posicion facilita la venta, y que gracias al empleo que ejerce (porque es empleado, caballero), vijila las compras, la llegada de los cargamentos, y la operacion de meter el trigo en las sacas; un hombre en fin que se mezcla en todo esto en nombre del rey. Ahora bien, los economistas, los hombres del lente, como yo les llamo, no atacan al rey, pues no son tan imbéciles como todo eso, sino al hombre, señor mio, al empleado, al ajente que ejerce el monopolio con S. M.

Mr. de Sartines procuró, aunque inútilmente, que su peluca, guardase el equilibrio.

—Vamos al hecho; continuó Bálsamo. Asi como vos sabiais, porque teneis una policia; que yo era el conde de Fenix, yo sé que vos sois Mr. de Sartines.

—Y qué mas? Dijo este cortado; sí, soy Mr. de Sartines. Vaya un descubrimiento!

—Pero, caballero, entendedme de una vez: ese Mr. de Sartines es precisamente el hombre de los libros de caja, de los monopolios y el tráfico; el que ya sin saberlo el rey, ya poniéndolo en su conocimiento, comercia con los estómagos de veinte y siete millones de franceses, estómagos cuyas funciones piden ser alimentadas del mejor modo posible. Ahora bien, figuraos qué efecto no causará semejante descubrimiento! El pueblo no os quiere mucho, el rey no es un hombre muy tierno, y así que los hambrientos pidan á gritos vuestra cabeza, á fin de alejar la menor sospecha de connivencia con vos, si es que la hay, ó para hacer justicia si no hay complicidad, se apresurará S. M. á mandar colgaros, como lo fué Enguer-

rando de Marigny: os acordais?

—No muy bien, dijo Mr. de Sartines sumamente pálido, y creo, caballero, que dais pruebas de tener poco gusto cuando hablais de patíbulo á un hombre de mi condicion.

—Oh! Si os hablo de ello, caballero, dijo Bálsamo, es porque me parece que aun estoy viendo á ese pobre de Enguerrando. Os aseguro que era un cumplido caballero de Normandia, descendiente de una familia muy antigua y una casa muy noble. Era chambelan de Francia, capitan del Louvre é intendente de hacienda y marina, y ademas conde de Longueville, el cual es un condado mas importante que el vuestro de Alby. Pues bien, caballero, yo lo he visto colgado en la horca de Montfaucon, que él mismo habia mandado levantar, y á Dios gracias no fué por falta de haberle repetido: «Enguerrando, mi querido Enguerrando, cuidado que obrais en materia de hacienda con una libertad que no os perdonará Cárlos de Valois.» No me quiso oir, caballero, y pereció por

desgracia. Ay! Si supiéseis cuantos prefectos de policia he visto yo desde Poncio Pilato, que condenó á Jesucristo, hasta Mr. Bertin de Bellile, conde de Bourdeilhes y señor de Brantoma, antecesor vuestro, que estableció los faroles y prohibió llevar ramilletes de flores!

Mr. de Sartines se levantó, procurando disimular, aunque inútilmente, la ajitacion que se habia apoderado de él.

—Pues bien, dijo, acusadme si quereis; qué me importa el testimonio de un hombre como vos que no se apoya en nada.

—Mirad, caballero, dijo Bálsamo, que muchas veces los que al parecer no se apoyan en nada tienen datos, y cuando escriba con todos sus pormenores la historia del monopolio del trigo á mi corresponsal ó á Federico, que es filósofo, como sabeis; cuando Federico se apresure á escribir la cosa comentada por él á Mr. Arouet de Voltaire, cuando este haga con su pluma, cuya fama conocereis á lo menos, un cuento picaresco en el jénero del hombre de cuarenta

escudos; cuando Mr. de Alembert, ese admirable geómetra, haya calculado que con los granos de trigo arrebatados por vos al sustento público se hubiera podido mantener á cien millones de hombres por espacio de tres ó cuatro años; cuando Helvecio haya demostrado que el precio de esos granos, convertido en escudos de seis libras y puestos en pila podria subir hasta la luna, y en billetes de banco puestos unos al lado de otro podria estenderse hasta San Petersburgo; cuando este cálculo haya inspirado un mal drama á Mr. de la Harpe; una conversacion entre un padre de familia y sus dos hijos á Diderot; una paráfrasis terrible sobre esta conversacion con comentarios á J. J. Rousseau, de Ginebra, que tampoco muerde mal cuando se pone á ello; una memoria á Mr. Caron de Beaumarchais, cuya pista Dios os libre de seguir nunca; una carta á Mr. Grimm; un arranque de furor á Mr. de Holbach y un cuento moral á Mr. de Marmotel, quien os asesinará defendiéndoos mal; cuando se hable de esto

en el café de la rejencia, en Palais-Royal, en casa de Audinot y las de los bailarines del rey, mantenidos como sabeis por Mr. Nicolet, Ah! entonces, señor conde de Alby, sereis un teniente de policia mas desahuciado de la opinion que nunca lo fué en el patíbulo ese pobre Enguerrando de Marigny, de quien no quereis oir hablar, pues decia que era inocente, y con tan buena fé, que bajo palabra de honor os digo que lo creí cuando me lo afirmó.

Al oir esto, sin guardar decoro por mas tiempo Mr. de Sartines, se quitó la peluca y se enjugó el cráneo, cubierto enteramente de sudor.

—Corriente, dijo, todo eso no impedirá que obre; perdedme si es que podeis, pues si vos teneis pruebas, tambien las tengo yo. Conservad vuestro secreto, pues que yo con servaré el cofre.

—Caballero, dijo Bálsamo, este es otro error en que me admiro incida un hombre de tanta fuerza de entendimiento. Esta cajita....

—Qué hay con esta cajita.

—Que no la conservareis.

—Oh! esclamó Mr. de Sartines sonriéndose irónicamente, es verdad, se me habia olvidado que el señor conde de Fenix es un caballero que acomete á mano armada como los salteadores de caminos. Dispensadme, señor embajador, si no os habia visto la pistola; como os la habeis vuelto á guardar...

—Aquí no se trata de pistolas, señor de Sartines; estoy seguro de que no creeis voy á trabar con vos una lucha para quitaros á la fuerza ese cofre, pues aun no habria llegado á la escalera, cuando ya habríais tocado la campanilla y dado la voz de ladrones! No! Cuando digo que no conservareis el cofre, debe entenderse que vais á devolvérmelo de motu propio y con gusto.

—Yo! esclamó el majistrado empuñando el cofre con tanta fuerza que faltó poco para que lo rompiese.

—Si, vos.

—Está bien, buriaos, caballero; pero en cuanto á recobrar esta caja, os digo que para ello necesitais quitarme

antes la vida. Qué digo la vida? No la he arriesgado mil veces? No debo derramar hasta la última gota de mi sangre en servicio de S. M.? Matadme, sois muy dueño de ello; pero al ruido acudiria quien me vengase, y no faltaria quien os convenciese de todos vuestros crímenes. Ah! Devolveros este cofre? añadió con amarga sonrisa, aunque todos los demonios del infierno vinieran á reclamarlo no lo entregaba.

—Por eso mismo no me valdré de la intervencion de ningun poder subterráneo; me basta la mediacion de la persona que en este momento llama á la puerta del patio.

Efectivamente, acababan de resonar tres golpes dados majistralmente.

—Y cuya carroza, continuó Bálsamo, acaba de entrar en el patio: no oís?

—Es algun amigo vuestro que viene á visitarme?

—Sí.

—Y le devolveré este cofre?

—Sí, se lo devolvereis, señor de Sartines.

Aun no habia acabado de hacer el teniente de policia un jesto de supremo desden, cuando abrió la puerta presuroso un ayuda de cámara, y dijo:

—Monseñor, la señora condesa de Dubarry desea hablaros.

Mr. de Sartines se estremeció y miró estupefacto á Bálsamo, quien usaba de todo el poder que tenia sobre sí para no reirse en las barbas del ilustre majistrado.

En aquel momento una dama entró detras del ayuda de cámara, porque sin duda no necesitaba permiso, y se acercó con paso rápido despidiendo un delicado perfume: era la hermosa condesa, cuyo hondeante traje crujía suavemente.

—Sois vos señora? murmuró Mr. de Sartines, quien por un resto de terror habia desprendido la mano del cofre y lo apretaba contra su pecho abierto y todo.

—Buenas noches, Sartines, dijo la condesa con su alegre sonrisa.

Y volviéndose en seguida hácia Bálsamo añadió.

—Buenas noches, querido conde.

Y alargó la mano á este último, quien se inclinó familiarmente y estampó sus labios en aquella blanca mano en que tantas veces habia estampado los suyos el rey.

Con aquel movimiento Bálsamo tuvo tiempo de proferir en voz baja cuatro palabras que no pudo oir Mr. de Sartines.

—Ah! aquí esta mi cofre, esclamó la condesa.

—Vuestro cofre! tartamudeó Mr. de Sartines.

—Sin duda, mi cofre. Toma! y lo habeis abierto; me gusta la franqueza.

—Pero, señora....

—Oh! Qué buena idea he tenido!.., Me habian robado este cofre, y me dije á mí misma: «Es necesario ir á casa de Sartines, pues él lo encontrará.» Pero no habeis atendido á mi reclamacion por haberlo encontrado antes; os doy las gracias.

—Ya veis, dijo Bálsamo, que hasta lo ha abierto.

—Si, ya lo veo.... puede darse una

cosa peor? Sartines, habeis hecho muy mal.

—Señora, salvo el respeto que os tengo, dijo el teniente de policia, temo no os dejeis intimidar.

—Intimidar, caballero, dijo Bálsamo. Lo decís acaso por mí?

—Yo sé lo que me hago, replicó Mr. de Sartines.

—Y yo maldito si sé un palabra, dijo la Dubarry en voz baja á Bálsamo; vamos, qué hay querido conde? Habeis exijido que os cumpla la promesa que os hice de concederos lo primero que me pidiéseis. Yo cumplo mis palabras como un hombre, y aquí me teneis. Vamos, qué debo hacer por vos?

—Señora, respondió Bálsamo en voz alta, hace pocos dias que me entregásteis en confianza esa cajita.

—Es verdad, respondió la Dubarry, respondiendo con una mirada á otra que le dirijió el conde.

—Es verdad! esclamó Mr. de Sartines: lo habeis dicho, señora.

—Creo que la señora condesa ha pro-

nunciado esas palabras en voz bastante alta para que hayais debido oirlas.

—Un cofre que contiene diez conspiraciones quizás?

—Ah! Sr. de Sertines, no repitais esa palabra, porque ya sabeis que no teneis muy buena suerte con ella. La señora os pide su caja, de volvédsela y punto concluido.

—Insistís, en pedirmela, señora? dijo Mr. de Sartines temblando de rabia.

—Sí, querido.

—Pero á lo menos sabed...

Bálsamo miró á la condesa.

—Nada tengo que saber que no sepa, dijo la Dubarry; devolvedme el cofre, pues ya comprendereis que no habré ido á incomodarme por una bicoca.

—En nombre del cielo, por el interes de S. M., señora!...

Bálsamo hizo un jesto de impaciencia

—Venga el cofre, caballero, dijo la condesa con voz breve; me lo dais, si ó no? Reflexionad antes de decir que no.

—Como gusteis, señora, dijo Mr. de Sartines con humildad.

Y presentó á la condesa el cofre, en que ya habia colocado Bálsamo todos los papeles que estaban esparcidos en el bufete.

La Dubarry se volvió hácia este, y le dijo con una sonrisa encantadora.

—Conde, tened la bondad de llevarme este cofre hasta mi carroza, y darme la mano para que no atraviese sola todas esas antesalas en que se ven unos rostros tan pícaros. Gracias, Sartines.

Y ya se dirijia Bálsamo hácia la puerta con su protectora, cuando vió que Mr. de Sartines iba á tirar del cordon de la campanilla.

—Señora condesa, dijo Bálsamo, deteniendo á su enemigo con la vista, dignaos decir á Mr. de Sartines, quien no me perdona el que le haya pedido vuestra cajita, que sentiríais mucho me sucediera alguna desgracia por culpa del señor teniente de policía, y que se sirva no molestarme.

La condesa se sonrió y dijo:

—Querido Sartines, ya oís lo que dice el señor conde; sí, es la pura verdad;

el señor conde es un esselente amigo mio, y os tendria un rencor mortal si le disgustáseis en algo. Adios, Sartines.

Y asida de la mano de Bálsamo, quien llevaba el cofre, la Dubarry dejó el gabinete del teniente de policia.

Mr. de Sartines vió marcharse sin mostrar ese furor que Bálsamo esperaba ver estallar.

—Vete! murmuró el majistrado vencido; vete, que si tú te llevas la cajita, á mí me queda la mujer que la trajo.

CAPÍTULO LIX.

En que Mr. de Sartines empieza á creer que Bálsamo es hechicero.

Y para desquitarse llamó como una furia, que parecia se habia propuesto romper todas las campanillas.

Al oir el precipitado tintin de la campanilla acudió un portero.

—Y esa mujer? preguntó el majistrado.

—Qué mujer, monseñor?

—La que se desmayó aquí y os confié.

—Ya está buena, monseñor.

—Pues bien, traédmela.

—A dónde la voy á buscar, monseñor?

—Toma! á ese aposento.

—Si no está ahí, monseñor.

—Pues donde está?

—No lo sé.

—Se ha marchado?

—Si.

—Sola?

—Sola.

—Pues si no podia tenerse en pie.

—Es verdad, monseñor, y aun permaneció algunos instantes demayada; pero cinco minutos despues de haber entrado el Señor conde de Fenix en este gabinete salió la señora de ese estraño desmayo de que no habiamos podido hacerla volver ni con esencias ni con sales. Entonces abrió los ojos, se llevantó en medio de todos nosotros, y respiró como con satisfaccion.

—Qué mas?

—Despues se dirijió hácia la puerta,

y como monseñor no habia mandado que la detuviéramos, se fué.

—Se fué! esclamó Mr. de Sartines; ah! desventurados, voy á hacer que todos os pudrais en Bicetre. Pronto, pronto, enviadme al dependiente mayor.

El portero salió al momento á cumplir la órden que acababa de recibir.

—Ese miserable es hechicero, murmuró el infeliz majistrado. Yo soy teniente de policia del rey; pero él lo es del diablo.

Sin duda habrá comprendido el lector lo que no podia esplicarse Mr. de Sartines. Despues de la escena de la pistola, y mientras el teniente de policia procuraba tranquilizarse, aprovechándose Bálsamo de aquel momento de respiro se orientó, y volviéndose sucesivamente hácia los cuatro puntos cardinales, seguro de encontrar á Lorenza en uno de ellos, mandó á la jóven que se levantase, saliese y regresara por el mismo camino que habia tomado, es decir, la calle de San Claudio.

Al punto que Bálsamo formuló en su

mente esta voluntad, se estableció una corriente margnética entre él y la jóven, quien obedeciendo la órden que recibia por intuicion, se levantó y marchó sin que nadie se opusiera á su ida.

Aquella misma noche se metió en cama Mr. de Sartines y se sangró; la revolucion que su cuerpo sufrió era sobrado fuerte para que pudiera soportarla impunemente, y segun aseguró el médico, si hubiesen tardado un cuarto de hora mas en sangrarle hubiera sucumbido á un ataque de apoplejia.

Durante este tiempo Bálsamo condujo á la condesa á su carruaje, y trató de despedirse de ella; pero no era la condesa mujer capaz de dejarle ir de aquel modo sin saberlo todo, ó procurar á lo menos enterarse del motivo que habia dado lugar al estraño suceso que acababa de ver.

Asi, pues, rogó al conde que subiese con ella al carruaje, y este obedeció, mandando á un caballerizo que llevase á Djerid de la brida.

—Ya veis, conde, si soy leal, dijo la

Dubarry, y que cuando ofrezco mi amistad lo hago con la boca y el corazon. Iba á volverme á Luciennes, á donde el rey me ha dicho que irá á verme mañana por la mañana; pero recibí vuestra esquela, y todo lo he dejado por vos. Muchos se hubieran asustado al oir esas palabras de conspiraciones y conspiradores que soltaba Mr. de Sartines; pero os miré antes de obrar y he hecho lo que deseábais.

—Señora, respondió Bálsamo, habeis pagado ámpliamente el corto servicio que os hice; pero nada de lo que se haga conmigo es perdido, ya vereis si sé agradecer los favores que se me dispensan. No creais, sin embargo, que soy un criminal ó un conspirador, como dice Mr. de Sartines; este amable majistrado recibió de manos de una persona que me ha hecho traicion este cofre que contiene mis secretos químicos y herméticos; secretos, señora condesa, que quiero compartais conmigo, para que conserveis eternamente vuestra espléndida hermosura y esa juventud tan brillante. Ahora

bien, al ver las cifras de mis fórmulas, mi querido Sartines llamó en su ayuda á la chancillería, la cual ha interpretado á su modo mis cifras para no caer en falta de intelijencia. Creo, señora, que ya os he dicho una vez que aun no está esento el oficio que ejerzo de todos los peligros que lo rodeaban en la edad media, mirándolo favorablemente solo los jóvenes de una imajinacion tan despejada como la vuestra. En un palabra, señora, me habeis sacado de un apuro, y no solo os lo agradezco sino que os daré pruebas de mi gratitud.

—Pero qué os hubieran hecho si yo no hubiese venido á favoreceros?

—Con el fin de jugar una pieza al rey Federico, á quien detesta S. M., me hubieran encerrado en Vicennes ó en la Bastilla. Sé que hubiera salido de allí, gracias á la facilidad con que deshago las piedras con un soplo; pero con esto perdia mi cofre, el cual contiene, como ya he tenido la honra de deciroslo, muchas fórmulas curiosas é inapreciables, arrancadas por una feliz casualidad de

la ciencia del fondo de las eternas tinieblas.

—Ah! conde me tranquilizais y encantais á un mismo tiempo; me prometeis darme un filtro para rejuvenecerme?

—Oh! no tenemos tanta prisa; dentro de veinte años me lo pedireis, hermosa condesa, pues supongo que no querreis volveros ahora una niña.

—Sois un hombre amabilísimo, conde; pero voy á haceros una pregunta y os dejo, porque, segun parece teneis prisa.

—Hablad, señora.

—Me habeis dicho que cierta persono os ha hecho traicion; es hombre ó mujer?

—Mujer.

—Ah! ah! conde; tambien tenemos amores?

—Ay! sí, aumentados con unos celos que rayan en furia, y que producen los efectos que estais viendo. Estoy ligado con una mujer que no atreviéndose á darme una puñalada porque sabe que soy invulnerable, ha querido enter-

rarme en un calabozo ó arruinarme.

—Cómo arruinaros?

—A lo menos así lo creia.

—Conde, voy á mandar parar, dijo la Dubarry riéndose; es el azogue que corre por vuestras venas el que os da esa inmortalidad que hace os delaten en vez de mataros? Os apeais aquí ó quereis que os deje en vuestra casa? Vamos, elejid.

—Seria demasiada bondad de vuestra parte molestaros por mí; ademas, tengo aqui á Djerid.

—Ah! ese hermoso caballo que, segun dicen, corre mas que el viento?

—Os gusta, señora?

—Sí, es un corcel magnífico.

—Permitidme que os lo regale, pero con la condicion de que solo vos lo habeis de montar.

—Oh! no, gracias; no monto á caballo, ó á lo menos lo hago con mucha timidez; pero la intencion vale para mí tanto como el regalo. Adios, conde, no os olvideis que para dentro de diez años necesito mi filtro rejenerador.

—He dicho veinte años.

—Conde, ya sabeis que hay un refran que dice que mas vale pájaro en mano, etc... Y aun si podeis darmelo para dentro de cinco años... Nadie sabe lo que puede suceder.

—Cuando gusteis condesa; no sabeis que soy vuestro?

—Otra palabra y concluyo, conde.

—Decid, señora.

—Preciso es que tenga en vos mucha confianza para ser tan franca.

Bálsamo, que se habia apeado, dominó su impaciencia y se acercó á la condesa.

—Se dice, continuó la Dubarry, que al rey le gusta la chica de Taverney.

—Ah! señora, dijo Bálsamo, será posible?

—Se asegura que le tiene mucho cariño, y si es cierto es preciso que me lo digais. No tengais miramiento, conde; tratadme como una amiga; yo os lo ruego; decidme la verdad desnuda.

—Mas haré, señora, replicó Bálsamo; yo salgo garante de que nunca se-

rá querida de S. M. la señorita de Taverney.

—Y por qué, conde? esclamó la Dubarry.

—Porque yo no quiero, dijo Bálsamo.

—Oh! dijo la condesa con incredulidad.

—Lo dudais?

—No me será acaso permitido?

—Señora, nunca dudeis de la ciencia. Cuando os dije sí me creísteis; creedme tambien ahora que os digo que no.

—Pero en fin, teneis algun medio para ello?

Y se detuvo sonriéndose.

—Acabad.

—Algun medio para anular la voluntad del rey ó combatir sus caprichos?

Bálsamo se sonrió á su vez y dijo:

—Yo creo simpatias.

—Sí, ya lo sé,

—Y no solo lo sabeis, sino que lo creeis.

—Efectivamente lo creo.

—Pues bien, del mismo crearé repugnancias, y en caso necesario imposibilidades. Así, pues, tranquilizaos, condesa, que yo vijilo.

Bálsamo soltaba todas estas frases con aire tan distraido, que la Dubarry no lo hubiera tomado como lo tomó con respecto á la adivinacion; si hubiera conocido la sed calenturienta que tenia Bálsamo de encontrar á Lorenza cuanto antes.

—Vamos, dijo, está visto, conde, que no solo sois mi profeta de buena dicha, sino tambien mi anjel custodio. Atended bien á lo que os digo, conde; defendedme y os defenderé. Alianza, alianza!

—Corriente, señora, replicó Bálsamo.

Y volvió á besar la mano á la condesa.

En seguida, cerrando la portezuela de la carroza que la condesa habia mandado parar en los Campos Elíseos, montó en su caballo, el cual relinchó de alegria y desapareció bien pronto en las sombras de la noche.

—A Luciennes! esclamó la Dubarry consolada.

Bálsamo despidió un silbido dulce, apretó levemente las rodillas y al sentirlas Djerid salió á galope.

Cinco minutos despues hallábase en el vestíbulo de la calle de San Claudio, mirando á Fritz.

—Qué hay? preguntó con ansiedad.

—Lo que anunciásteis, mi amo, respondió el criado que se habia acostumbrado á adivinar sus miradas.

—Ha vuelto?

—Arriba está.

—En qué habitacion?

—En la de las pieles.

—En qué estado?

—Oh! muy fatigada; corria con tal rapidez, que aunque la ví venir á lo lejos, porque estaba en acecho, ni siquiera tuve tiempo para salir á recibirla.

—De veras?

—Oh! estoy asustado; entró aquí lijera como un torbellino, subió la escalera sin tomar aliento, y al entrar en la habitacion cayó de pronto sobre la piel

del leon negro. Allí la encontrareis.

Bálsamo subió precipitadamente, y en efecto halló á Lorenza luchando sin tener fuerzas contra las primeras convulsiones de una crisis nerviosa. Habia demasiado tiempo que pesaba sobre ella el flúido, obligándola á cometer actos de violencia, y espresaba sus sufrimientos por medio de jemidos, como si sintiera sobre el pecho el peso de una montaña, pero que intentaba quitarse de encima con las manos.

Bálsamo la miró un instante chispeándole los ojos de rabia, y cojiéndola en brazos la llevó á su aposento, cuya puerta misteriosa se cerró tras sí.

CAPÍTULO LX.

El elixir de la vida.

Sabido es con qué disposiciones entró Bálsamo en la habitacion de Lorenza.

Disponíase, pues, á despertarla para

hacerle las reconvenciones que le sujeria su sorda furia, y estaba decidido á castigarla con arreglo á esa misma furia, cuando un triple sacudimiento del techo le demostró que Althotas habia conocido estaba de regreso y queria hablarle.

Sin embargo, Bálsamo aguardó con la esperanza de haberse equivocado ó de que la seña que se habia oido fuese puramente casual; pero el impaciente anciano volvió á llamar, de suerte que temiendo Bálsamo, ya verle bajar como habia sucedido algunas veces, ya que despertase Lorenza por un influjo contrario al suyo y se enterara de alguna nueva particularidad no menos peligrosa para él que sus secretos políticos; de suerte que Bálsamo, íbamos diciendo, echó, si así debe decirse, una nueva capa de flúido sobre Lorenza, y salió para ir á donde estaba Althotas.

Ya era tiempo de que llegase, pues la trampa se hallaba á la mitad del techo; Althotas habia dejado su sillon que daba vueltas y apareció acurrucado en

aquella parte movible de la plancha que subia y bajaba.

De consiguiente vió salir á Bálsamo de la habitacion de Lorenza.

Así acurrucado, presentaba el viejo un aspecto tan terrible como asqueroso.

Su blanco rostro, ó por mejor decir, la parte de cara á que se habia refujiado un resto de animacion, tenia un color de púrpura nacido de rabia; sus manos afiladas y nudosas, como las de un esqueleto de manos humanas, tiritaban de frio chocándose entre sí; parecia que sus hundidos ojos vacilaban en su profunda órbita, y en una lengua que ni su mismo discípulo entendia, proferia contra él las invectivas mas violentas.

Habiendo como habia dejado su sillon para mover el resorte, parecia que solo vivia y se movia con sus largos brazos, delgados y redondos como los de una araña, y habiendo como habia salido, segun ya hemos dicho, de su cuarto, donde solo entraba Bálsamo, estaba en camino de trasladarse á la habitacion baja.

Para que aquel débil anciano, tan perezoso, hubiese como habia dejado su sillon, máquina intelijente que le ahorraba tener que fatigarse: para que hubiese como habia consentido en realizar un acto de la vida vulgar; para que se tomase como se habia tomado el fastidio, el trabajo de producir semejante cambio en sus acciones, era preciso que una sobreescitacion estraordinaria le hubiera hecho salir de su vida contemplativa y forzada, para entrar en otra real y efectiva.

Bálsamo sorprendido en cierto modo *in fraganti delito*, mostró asombro al principio y luego inquietud.

—Ah! al fin estás aquí, holgazan, esclamó Althotas; al fin has venido, ingrato; al fin te veo, infame, que así abandonas á tu maestro.

Bálsamo invocó en su ausilio la paciencia, como lo hacia siempre que hablaba con el anciano.

—Paréceme, amigo mio, replicó dulcemente, que he acudido apenas habeis llamado.

—Yo amigo tuyo! esclamó Althotas;

yo amigo de un vil! Cuando hablas conmigo te figuras que estás hablando con los de tu ralea. Yo sí que he sido amigo para tí; mas que amigo, padre; pere un padre que te ha mantenido, educado, instruido y hecho rico. Pero tú amigo para mí? Oh! no, pues me dejas abandonado, me matas de hambre, me asesinas.

—Vamos, maestro: si se os altera la bilis, si se os enardece la sangre, vais á poneros malo.

—Malo! eso es burlarse de mí. He estado yo nunca malo sino cuando tú me has hecho participar, á pesar mio, de alguna de las miserias de la sucia condicion humana? Malo! se te ha olvidado que yo soy quien curo á los demas?

—En fin, maestro, repuso Bálsamo con frialdad, aquí me teneis; no perdamos el tiempo en vano.

—Sí, te aconsejo que me recuerdes eso; el tiempo, el tiempo que me obligas a economizar, cuando en mí no debia tener fin ni límite el término concedido á todas las criaturas. Sí, mi tiem-

po se pasa; sí, estoy perdiendo tiempo; sí, mi tiempo, ni mas ni menos que los demas, va cayendo en la cima de la eternidad de minuto en minuto, siendo asi que yo debia ser tan eterno como la misma eternidad!

—Vamos, maestro, dijo Bálsamo con inalterable paciencia, bajando al mismo tiempo la plancha hasta el suelo, situándose á su lado y moviendo el resorte para volver á colocar al viejo en su aposento; que es lo que necesitais? hablad. Decís que os mato de hambre; pero no os hallais todavia en los cuarenta dias de dieta rigurosa?

—Sí, sí, indudablemente, hace treinta y dos dias que empezó la obra de mi rejeneracion.

—Pues entonces de qué os quejais? Ahí veo dos ó tres garrafas de agua llovediza, que es la única que bebeis.

—Sin duda; pero te figuras tú que yo soy algun gusano de seda para realizar por mí solo la gran obra de rejuvenecerme y transformarme? Te figuras tú que no teniendo fuerzas he de poder

componer yo solo mi elixir de la vida? Te figuras tú que echado sobre un lado y debilitado con las bebidas refrijerantes, que es á lo que se reduce mi alimento, he de tener la imajinacion tan espedita, si tú no me ayudas, para hacer, entregado únicamente á mis propios recursos, el minucioso trabajo de mi rejeneracion, cuando sabes, desventurado, que debe ayudarme y socorrerme un amigo?

—Aquí me teneis, pues, maestro, aquí me teneis; vamos, responded, dijo Bálsamo volviendo á instalar, casi á pesar suyo al viejo en su sillon, como hubiera podido hacer con un niño asqueroso; vamos responded: agua destilada no os ha faltado, puesto que, como ya os dije antes, veo aquí tres garrafas llenas, y por cierto que ya sabeis que este agua se cojió en el mes de mayo; tambien teneis galletas de cebada y ajonjolí, y yo mismo os he administrado las gotas blancas que recetásteis.

—Sí, pero y el elixir! aun no está compuesto; de eso no te acuerdas ni habias caido en ello. Tu padre era mas fiel

que tú, de suerte que, cuando llegué á mi primera cincuentena habia compuesto el elixir con un mes de antelacion. Para ello me retiré al monte Ararat, y un judio me proporcionó por tanto dinero como pesó un niño cristiano que todavia mamaba; lo sangré segun el rito, recojí las tres últimas gotas de sangre de su arteria, y en una hora compuse mi elixir, al cual solo faltaba este ingrediente. Así, pues, mi rejeneracion de cincuentena se verificó á las mil maravillas; durante la absorcion de aquel elixir afortunado se me cayeron, de resultas de convulsiones, los dientes y el pelo; pero brotaron de nuevo, aunque los dientes bastante mal, porque no tuve la precaucion de introducir el elixir en mi garganta por medio de un conducto de oro. Lo cierto es que el pelo y las uñas volvieron á nacer en esa segunda juventud, y empecé á vivir de nuevo como si tuviera quince años; pero he vuelto á envejecer; he llegado al último término, y si el elixir no está dispuesto y encerrado en esta botella, si no dedico toda mi atencion á es-

ta obra, perecerá conmigo la ciencia de un siglo, y el secreto, admirable, sublime, que tengo empeño en descubir, será perdido para el hombre, que toca en mí y por mí en la divinidad. Oh! si se frustra mi intento, si me engaño, si no salgo adelante, tú tendrás la culpa, Acharat; y mira que mi cólera será terrible, muy terrible.

Al pronunciar estas palabras, que hicieron brotar de sus moribundos ojos asi como una chispa lívida, acometió al viejo una convulsion y en seguida un ataque violento de tos.

Bálsamo le prodigó los remedios que su estado requeria con el mas esquisito esmero.

El anciano volvió en sí pero su palidez se habia convertido en un color amoratado, y aquel corto ataque agotó de tal modo sus fuerzas que cualquiera hubiera creido iba á morirse

—Vamos, maestro, le dijo entonces Bálsamo, formulad lo que quereis.

—Lo que quiero? preguntó mirando fijamente á Bálsamo.

—Sí.

—Helo aquí.

—Hablad, que estoy pronto á obedeceros si lo que deseais es posible.

—Posible.... posible.... murmuró el viejo con desden. Ya sabes tú que todo es posible.

—Sí, á no dudarlo, con el tiempo y la ciencia.

—Lo que es la ciencia, la tengo, y por lo que hace al tiempo estoy á punto de vencerlo, pues mi dosis ha hecho que mis fuerzas desaparezcan casi del todo, y mis gotas blancas han provocado la espulsion de la parte de los restos de la naturaleza vieja. La juventud, semejante á la savia de los árboles en mayo, sube por debajo de la corteza y espele, por decirlo asi, la madera antigua. Tú observarás, Acharat, que los síntomas son escelentes; mi voz se ha debilitado, y mi vista ha disminuido las tres cuartas partes; siento que me va faltando la razon por intérvalos; la transicion del calor al frio no la he sentido, y por lo tanto es urjente para mí

acabar mi elixir, á fin de que el mismo dia de mi segunda cincuentena pase de cien años á veinte. Todos los ingredientes que se necesitan para este elixir estan preparados, el conducto ya está hecho, y solo falta las tres últimas gotas de sangre que te he dicho.

Bálsamo hizo un movimiento de repugnancia.

—Bien, dijo Althotas, renunciemos al niño ya que es tan difícil, y mejor quieres encerrarte con tu manceba que buscármelo.

—Ya sabeis, maestro, que Lorenza no es mi manceba, respondió Bálsamo.

—Oh! oh! oh! dijo Althotas, eso lo dices tú, creyendo sin duda que vas á imponerme á mí lo mismo que á la muchedumbre. Imaculado tú, siendo como eres hombre?

—Os juro, maestro, que Lorenza es tan casta, como la sagrada madre de Dios; os juro que amor, deseos, deleites terrenales, todo lo he sacrificado en bien de mi alma, porque tambien me ocupo yo en una obra de rejeneracion; solo que

en vez de aplicármela á mí únicamente será para el mundo entero.

—Loco! pobre loco! esclamó Althotas, capaz es de volver á hablarme de sus cataclismos de oradores y de sus revoluciones de hormigas; cuando yo le estoy hablando de vida eterna, de eterna juventud.

—Que solo puede adquirirse á costa de un crímen espantoso, y aun asi.....

—Pues no duda el desventurado!

—No dudo, maestro; pero al fin, supuesto que renunciais al niño, segun decís, vamos, qué os hace falta?

—La primera criatura vírjen que caiga en tus manos; poco importa que sea hombre ó mujer, sin embargo que mejor sería una mujer, segun he descubierto en la afinidad de sexos. Búscame, pues; esto, y pronto, porque solo me quedan ocho dias.

—Está bien, maestro, dijo Bálsamo; veré si lo encuentro.

Otro relámpago mas terrible que el primero brotó de los ojos del viejo.

—Verás si lo encuentras! esclamó;

oh! Eso es lo que me respondes siempre; es verdad que lo esperaba de tí, y no sé porque me admiro. Y desde cuándo acá, miserable gusano, habla asi la criatura al que la ha formado? Ah! Me ves sin fuerzas, me ves postrado, ves que te ruego. y eres tan tonto que crees que estoy á merced tuya. Dime que si ó que no, Acharat, y no andemos con embustes, ni aparentes lo que no sientas, porque te estoy viendo y penetro en tu corazon; porque te conozco y te perseguiré.

—Mirad, maestro, respondió Bálsamo, que el furor os va á perjudicar.

—Responde, responde!

—Yo no miento á mi maestro: veré si puedo proporcionaros lo que deseais, sin que á los dos se nos siga perjuicio, sin perdernos, como podria suceder. Buscaré un hombre que nos venda la criatura que necesitais; pero no cargaré con ese crímen. Hé aqui lo que puedo deciros.

—Vaya una delicadeza! dijo Althotas con amarga sonrisa.

—Lo digo como lo siento, maestro, dijo Bálsamo.

Althotas hizo un esfuerzo tan poderoso, que apoyando sus brazos en los del sillon se puso de pie.

—Si ó no, dijo.

—Si, caso de que lo encuentre, maestro, pero no si no puedo proporcionarlo.

—Es decir, miserable, que me espones á que muera? Capaz eres de economizar tres gotas de sangre de un animal inmundo y nulo como lo es la criatura que necesito, y dejar que caiga en el abismo eterno una criatura tan perfecta como yo. Oye, Acharat, nada te pido ya, dijo el viejo con una sonrisa que causaba espanto; no, absolutamente nada te pido: lo que haré será esperar; pero si no me obedeces yo me serviré á mi mismo; si me abandonas me socorreré yo propio. Ya lo has oido; ahora vete.

Bálsamo, sin contestar una palabra á aquella amenaza, preparó alrededor del viejo todo lo necesario, poniendo la bebida y el alimento donde pudiera alcanzarlos, y haciendo cuanto podia hacer con

su amo un criado cuidadoso; cuanto podia hacer por su padre un hijo solícito y cariñoso. Luego, absorto en un pensamiento diferente del que atormentaba á Althotas, bajó la plancha para descender sin notar que el anciano le siguió con su irónica vista hasta donde se estendian su mente y su corazon.

Ya estaba Bálsamo en frente de Lorenza, quien continuaba dormida, y todavia se sonreia Althotas como un espíritu maligno.

CAPÍTULO LXI.

Lucha.

Alli se detuvo Bálsamo henchida la mente de dolorosos pensamientos.

Decimos dolorosos y no violentos, porque la escena que habia mediado entre él y Althotas habia disipado su furia, haciéndole ver quizá la nada de las cosas humanas, y acordarse del filósofo que recitaba todo el alfabeto griego antes

de escuchar la voz de esa negra divinidad consejera de Aquiles.

Al cabo de un instante de fria y muda contemplacion delante del canapé en que Lorenza estaba tendida, dijo:

—Héme aquí triste, pero resuelto, y viendo claramente mi situacion; Lorenza me aborrece; Lorenza me ha amenazado con que me haria traicion, y me la ha hecho; mi secreto no lo es ya; pues lo he dejado en manos de esta mujer para que lo dé al viento; en una palabra, me parezco al zorro que saca el pie de la trampa de acerados dientes, pero que se deja en ella la carne y la piel, de modo que el cazador pueda decir al dia siguiente: «ya he cojido al zorro, pues le conoceré, esté muerto ó vivo.

Y esta desgracia nunca vista, esta desgracia que Althotas no puede comprender, siendo este el motivo de que ni siquiera se la haya contado, esta desgracia que mata todas mis esperanzas de hacer fortuna en este pais, y de consiguiente en el mundo, cuya alma es

Francia, la debo á la criatura que está aquí dormida, á esa hermosa estátua de dulce sonrisa. Sí, á este anjel fatal debo la deshonra y la ruina hasta tanto que no le deba el cautiverio, el destierro ó la muerte.

Es decir, continuó animándose, que la suma del mal ha superado á la del bien, y Lorenza me es perjudicial.

Oh serpierte de roscas granosas, pero que ahogan! Oh sierpe de dorada pero venenosa garganta! duerme, porque si despiertas me voy á ver obligado á matarte.

Y sonriéndose de un modo siniestro, Bálsamo se acercó lentamente á la joven, cuyos ojos, cargados de languidez, se fijaban en él á medida que iba acercándose, como se abren los jirasoles y la flor de la enredadera al lanzar sus primeros rayos el sol naciente.

—Oh! dijo Bálsamo, será preciso que cierre para siempre esos ojos que me están mirando de un modo tan tierno, esos hermosos ojos que despiden rayos cuando no están llenos de amor.

Lorenza se sonrió dulcemente, enseñando la doble hilera tan suave y pura de sus dientes de perlas.

—Pero matando á la mujer que me aborrece, continuó Bálsamo retorciéndose los brazos, mato tambien á la que me ama!

Y su corazon se llenó de profundo sentimiento, mezclado con un deseo vago y estraño.

—No, murmuró, no; he jurado en vano, he amenazado inútilmente; no, nunca tendré valor para matarla; no, vivirá, pero vivirá sin estar nunca despierta, vivirá de ese modo facticio, que será para ella una dicha, mientras que el otro es una desesperacion. Ojalá pueda hacerla dichosa! Qué importa lo demas?... Solo tendrá una existencia, la que yo le daré aquella durante la cual me ama, aquella con que vive en este momento.

Y abarcó con una mirada tierna la amorosa mirada de Lorenza, al mismo tiempo que bajaba lentamente una mano sobre su cabeza.

En aquel momento, Lorenza, que pa-

recia que leia el pensamiento de Bálsamo como si fuera un libro abierto, arrojó un prolongado suspiro, se levantó suavemente, y con la graciosa lentitud del que está dormido fué á enlazar sus blancos y torneados brazos al cuello de Bálsamo, quien sintió su perfumado aliento á dos dedos de distancia de sus labios.

—Oh! no, no, esclamó Bálsamo pasándose la mano por su abrasadora frente y sus ojos deslumbrados; no, esta vida de embriaguez conduciria al delirio; no, porque no podria resistir siempre, y con ella, con este demonio tentador, con esta sirena, huirian de mí la gloria, el poder y la inmortalidad. No, no, despertará; lo quiero, y es necesario.

Desatinado, fuera de sí, aun tuvo fuerzas Balsamo para rechazar á Lorenza, quien se desasió de él y fue á caer en el sofá como un velo flotante, como una sombra, como un copo de nieve.

La coqueta mas refinada no hubiera escojido una postura tan seductora para llámar la tencion á su amante.

Desatinado, fuera de sí, Bálsamo tuvo tambien fuerzas para alejarse unos cuantos pasos; pero se volvió como Orfeo, y como Orfeo se perdió!

—Oh! si la despierto, pensó, va á empezar de nuevo la lucha; si la despierto, se matará, ó me matará á mí, ó me obligará á que yo la mate. Oh abismo, abismo!... Sí, el destino de esta mujer está escrito con caractéres de fuego, y me parece que estoy leyendo: Muerte! Amor!... Lorenza, Lorenza, estas predestinada á amar y á morir. Lorenza, Lorenza! en mis manos tengo tu vida y tu amor.

Por toda respuesta la encantadora joven se levantó, dirijióse en derechura hácia Bálsamo, cayó á sus pies, y mirándole con ojos inundados de sueño y deleite le cojió una mano que apoyó sobre su corazon.

—La muerte! dijo en voz baja con sus labios húmedos y tan brillantes como el coral que se cria en el mar; la muerte, pero amor tambien.

Bálsamo retrocedió dos pasos con la

cabeza inclinada y tapándose los ojos.

Lorenza le siguió de rodillas jadeano.

—La muerte, repitió con su voz seductora, pero tambien amor, amor, amor!

Bálsamo no pudo resistir mas tiempo, porque devoraba su cuerpo una hoguera.

—Oh! dijo, ya es demasiado; he resistido todo lo que puede resistir un ser humano. Demonio ó anjel del porvenir, quien quiera que seas, ya estarás contento: bastante tiempo he sacrificado por egoismo y orgullo todas las pasiones jenerosas que arden en mí. Oh! no, no, no tengo derecho para rebelarme de este modo contra el único sentimiento humano que fermenta en el fondo de mi corazon. Amo á esta mujer la amo: y este amor apasionado hace contra ella mas que el odio por terrible que fuese, pues que le dá la muerte. Oh! qué cobarde soy, qué loco, qué feroz, cuando ni siquiera sé dominar mis deseos! Cómo! Cuando exhale el último suspiro, cuando me prepare á presentarme delante de Dios, yo que soy un embuste-

ro, yo que soy un profeta falso; cuando me quite en presencia del Supremo juez la capa del artificio y la hipocresia, no tendré ni una accion jenerosa que poder confesar, ni una sola dicha cuyo recuerdo venga á consolarme en medio de los padecimientos eternos.... Oh! no, Lorenza, no; sé que con amarte pierdo el porvenir, sé que mi anjel revelador va á remontarse á los cielos así que la mujer descienda á mis brazos. Pero lo quieres tu, Lorenza, lo quieres?

—Amado mio! dijo esta suspirando.

—Con que aceptas esta vida facticia, en lugar de la vida real y verdadera?

—Te lo pido de rodillas, porque vivir así es amar, y con tu amor seré dichosa.

—Y te bastará cuando seas mi mujer? porque ya ves que te amo con ardor.

—Oh! lo sé; porque penetro tu corazon.

—Y me acusarás alguna vez delante de los hombres ó de Dios de que he sor-

prendido tu voluntad, y he engañado tu corazon?

—Nunca, nunca; oh! delante de los hombres, en presencia de Dios te daré las gracias, al contrario, por haberme otorgado el amor, que es el único bien, la única perla, el único diamante de este mundo.

—Por supuesto que nunca has de sentir haber perdido las alas, pobre paloma, porque es preciso que sepas que de hoy mas no irás á buscar para mí en los espacios radiantes, junto á Jehová, el rayo de luz con que en otro tiempo iluminaba la frente de sus profetas. Cuando quiera saber lo futuro, cuando quiera mandar á los hombres tu voz no me responderá, ay de mí! Hasta aquí he visto en tí la mujer á quien amaba y mi genio ausiliar, pero en adelante solo veré uno de los dos, y aun....

—Ah! dudas? esclamó Lorenza; veo impresa la duda en tu corazon como si fuese una mancha negra.

—Me querrás siempre, Lorenza?

—Siempre, siempre!

Bálsamo se pasó la mano por la frente.

—Pues bien, sea, dijo. Por otra parte...

Durante un momento permaneció sumido en profunda meditacion, y luego continuó diciendo:

—Por otra parte, es necesario absolutamente que sea esta? No hay en el mundo ninguna otra? No, no; mientras esta me hace dichoso otra seguirá haciéndome rico y dándome valimiento. Andrea es tan predestinada como tú, y tiene tanto don de entendimiento, tanto don de segunda vista; Andrea es jóven, pura, virjen, y no la amo; y sin embargo, durante su sueño está tan sumisa á mi voluntad como tú. Andrea será de consiguiente para mí una víctima que venga á reemplazarte el *ánima vile* del médico, y que puede servir para hacer esperimentos. Quién sabe si volará tanto ó mas lejos que tú por las rejiones ignotas? Andrea, Andrea! tú me darás una corona; y tú, Lorenza, ven á mis brazos porque quiero que seas amante mia, mi querida. Con Andrea seré poderoso, y con Lorenza feliz. Hasta ahora no ha

sido mi vida completa; pero menos en lo tocante á la divinidad, ya he realizado el sueño de Althotas; menos en lo inmortal, en todo lo demas me igualo con los dioses.

Y levantando á Lorenza, abrió sus brazos sedientos de amor, no sin que la jóven fuese á enlazarse inmediatamente contra su palpitante pecho, como la yedra se enlaza á la encina.

CAPÍTULO LXII.

Amor.

Bálsamo se hallaba entregado á otro jénero de vida, vida que hasta entonces no habia conocido, porque su anterior existencia lo era de actividad, turbacion, movimiento, y desasosiego. Hacia tres dias que en su pecho no se abrigaba furor, recelo ni ambicion; hacia tres dias que no oia hablar de política, conspiraciones, ni conspiradores. Al lado de Lorenza, de quien no se habia separado

ni un instante, olvidó el mundo entero, y aquel amor estraordinario, nunca visto, que cernia sus alas en cierto modo sobre la humanidad, aquel amor lleno de embriaguez y misterios, aquel amor fantasmagórico, pues bien sabía Bálsamo que con una palabra podia convertir á su dulce amante en el mas implacable enemigo; aquel amor, en fin, arrancado al odio por un capricho incomprensible de la naturaleza ó de la ciencia, hacia á Bálsamo tan feliz, que su felicidad le causaba asombro al mismo tiempo que delirio.

Mas de una vez durante aquellos tres dias habia salido Bálsamo del suave aletargamiento que producen los goces del amor, mirando pensativo á su amada, de cuyos labios no desaparecia la sonrisa, y que le contemplaba estasiada, pues al crear para ella esa vida facticia habia creado tambien un éstasis delicioso, tan ilusorio como el sueño, y al verla tranquila, amable y dichosa; al ver que le prodigaba dulcísimos nombres y confesaba á boca llena el inmenso deleite que sentia, preguntábase á sí mismo si no po-

dria ser que Dios se hubiese enfadado contra el moderno Titan que procuraba arrebatarle sus secretos, y hubiera inculcado á Lorenza la idea de engañarle con un embuste, á fin de adormecer su vijilancia, para escaparse y no volver á presentarse á su vista, sino como una vengadora Euménide.

En aquellos momentos dudaba Balsamo de la ciencia, que segun tradicion poseyeron los antiguos, y que él solo conocia por algunos ejemplos; pero aquella llama que no cesaba de arder, aquella sed de caricias le tranquilizaban bien pronto, y decia allá para sí:

—Si Lorenza disimulara, si tuviera intencion de huir de mi lado, buscaria ocasiones en que alejarse, y alegaria motivos para quedarse sola; pero lejos de esto, sus brazos se entrelazan á mi cuello como una cadena, sus ardorosas miradas me dicen que no me vaya, y su dulce voz que me quede.

Entonces recobraba Bálsamo la confianza que tenia en si propio y en la ciencia.

Efectivamente, por qué aquel májico secreto á que debia todo su poder habia de conventirse de pronto y sin transicion en una quimera que se desvaneciese como se disipa un recuerdo, como se deshace el humo de un fuego apagado? Por lo demas, Lorenza veia mas que nunca con respecto á él, reproduciendo instantáneamente cuantos pensamientos formulaba la imajinacion de Bálsamo, cuantas impresiones hacian estremecer su corazon.

Faltaba que saber si aquel don de segunda vista era hijo de la simpatia; faltaba que averiguar si fuera de él y de la jóven, si mas allá del círculo trazado por su amor, y que este amor inundaba de luz aquellos ojos del alma tan penetrantes antes de la venida de la nueva era, podrian seguir rasgando la oscuridad.

Bálsamo no se atrevia á hacer una prueba decisiva; continuaba en su esperanza, y esta esperanza era para él una corona de estrellas que iba á iluminar su dicha.

De vez en cuando le decia Lorenza con acento tan dulce como melancólico:

—Acharat, tu piensas en otra mujer, en una mujer del Norte que tiene pelo rubio y ojos azules. Acharat, Acharat, esa mujer no se aparta de tu pensamiento ni mas ni menos que yo.

Entonces la miraba Bálsamo con ternura y le decia:

—Ves eso en mí?

—Oh! Sí, tan claro como en un espejo.

—En ese caso sabrás, le decia Bálsamo, si pienso en esa mujer, por qué estoy enamorado de ella. Querida Lorenza, lee en mi corazon.

—Yo, decia, está moviendo la cabeza; ya sé que no; pero divides tu pensamiento entre las dos, como cuando te atormentaba Lorenza Feliciani, esa pícara Lorenza que está durmiendo y á quien no quieres despertar.

—No, amor mio, no, esclamaba Bálsamo; solo pienso en tí, á lo menos con el corazon; ya sabes que todo lo he olvidado por tí; ya sabes que desde que

somos felices todo lo he descuidado; mis estudios, mis trabajos y hasta la política.

—Pues has hecho mal, dijo Lorenza; porque yo puedo ayudarte en esos trabajos.

—Qué es lo que dices?

—No permanecias en otro tiempo horas enteras encerrado en tu labotario.

—Sí, pero he renunciado á esos ensayos inútiles, porque durante este tiempo no te veria, y esto seria arrebatar algunas horas al curso de mi dulce ecsistencia.

—Y por qué no te he de acompañar yo en tus trabajos como te acompaño en tu amor? Por qué no he de hacerte poderoso como te hago feliz?

—Porque mi Lorenza es hermosa, pero no ha estudiado; porque Dios da belleza y amor, pero la ciencia se adquiere únicamente con el estudio.

—El alma sabe de todo.

—Pero ves tu con los ojos del alma real y verdaderamente?

—Sí.

—Y dime, podrás ayudarme á descubrir la piedra filosofal?

—Ya lo creo.

—Pues ven conmigo.

Y ciñendo Bálsamo con su brazo la cintura de la joven la llevó á su laboratorio.

El jigantesco hornillo estaba apagado, porque hacia ya cuatro dias que nadie habia cuidado de tenerlo encendido.

Los crisoles se habian enfriado sobre las mismas estufillas.

Lorenza miraba todos aquellos estraños instrumentos, últimas combinaciones de la espirante alquimia sin el menor asombro, y al parecer conocia el uso de todos ellos.

—Te has propuesto hacer oro? preguntó sonriéndose.

—Sí.

—Contienen estos crisoles preparaciones graduadas de diferente modo?

—Sí, pero todo está paralizado, todo se ha perdido: sin embargo, no lo siento.

—Haces bien, porque el oro que quie-

res confeccionar, siempre será para tí mercurio con otro color; quizá conseguirás que sea sólido, pero nunca transformarlo.

—Conque no puede hacerse oro?

—No.

—Sin embargo, Daniel de Transilvania vendió á Cosme I por veinte mil ducados una receta sobre el modo de convertir un metal en otro.

—Eso quiere decir que Daniel de Transilvania engañó á Cosme I.

—Ademas, Paken el sajon, á quien sentenció á muerte Carlos II, rescató su vida por haber convertido una barra de plomo en otra de oro, de la cual se sacaron cuarenta ducados, y una medalla que se acuñó con no poca gloria del hábil alquimista.

—El hábil alquimista era un buen jugador de manos, y en lugar de la barra de plomo presentó otra de oro. Acharat, el único modo de que hagas oro es convertir en barras, como lo estás haciendo, las riquezas que te traen tus esclavos de las cuatro partes del mundo.

Bálsamo se quedó pensativo.

—Conque es imposible, dijo, convertir unos metales en otros?

—Sí, imposible.

—Y el diamante? se aventuró á decir Bálsamo.

—Oh! el diamante es otra cosa, contestó Lorenza.

—Se puede hacer diamante?

—Sí, porque para ello no hay que convertir un cuerpo en otro, sino procurar simplemente modificar un elemento conocido.

—Pero conoces tu los elementos de que está formado el diamante?

—A no dudarlo; el diamante es carbonato puro cristalizado.

Bálsamo se quedó aturdido; una luz deslumbradora é inesperada brotó de sus ojos y se los tapó con las manos, como si aquella llama le hubiese dejado ciego.

—Oh! dijo, esto es demasiado, Dios mio, y algun peligro me amenaza. Cuál será el anillo precioso que puedo arrojar al mar para desarmar tu enojo,

Dios del cielo? Basta por hoy, Lorenza, basta.

—No soy tuya? manda pues, ordena lo que gustes.

—Sí, eres mia, ven conmigo, ven.

Y Bálsamo sacó á Lorenza del laboratorio, atravesó el cuarto de las pieles, y sin hacer caso de un ruido sordo que oyó sobre su cabeza entró con Lorenza en la habitacion enrejada.

—Querido Bálsamo, preguntó la joven, estás satisfecho de tu Lorenza?

—Que si le estoy? dijo este.

—Pues entonces, que es lo que temias? vamos, habla.

Bálsamo juntó las manos y miró á Lorenza con una espresion de terror que apenas hubiera acertado á comprender quien no penetrara su alma.

—Oh, murmuró, y que haya faltado poco para matar á este anjel; que haya estado yo á punto de morir de desesperacion antes de resolver el problema de ser á un mismo tiempo feliz y poderoso; que se me haya olvidado que los límites de lo posible traspasan

siempre el horizonte trazado por el estado actual de la ciencia, y que la mayor parte de las verdades que han venido á convertirse en hechos han pasado al principio por visiones; que haya yo creido que todo lo sabia cuando no sabia nada!

La joven se sonreia de un modo divino, y Bálsamo siguió diciendo:

—Lorenza, Lorenza, al fin se ha realizado el misterioso designio del Hacedor, el cual ha dispuesto que la mujer nazca de la costilla del hombre y manda que los dos formen un corazon solamente. Eva ha resucitado para mí; Eva, que no pensará sino en lo que yo piense, y cuya vida pende de un hilo que yo tengo entre mis manos. Esto es demasiado, Dios mio, para una sola criatura, y sucumbo al peso de tus beneficios.

Esto diciendo se hincó de rodillas y estrechó en sus brazos con adoracion aquella suave beldad que le miraba sonriéndose como no se sonrie en la tierra.

—Pues bien, dijo, no te separarás

de mí; á tu vista, que penetra las tinieblas, viviré seguro; tu me ayudarás en mis laboriosas pesquisas, porque solo tú, como has dicho muy bien, puedes completarlas, y con una palabra que pronuncies harás que sean fáciles y fecundas; tu serás la que me digas que no puedo hacer oro, porque es una materia homojénea, un elemento primitivo; tu serás la que me reveles en qué partícula de lo creado por Dios está escondido: tú serás la que me descubras el sitio en que los siglos han ido sepultando tesoros en las vastas cavidades del Occéano. Con tus ojos veré redondearse la perla en su nacarada concha, y ensancharse el pensamiento del hombre bajo las fangosas capas de carne: con tus oidos oiré el sordo ruido que hace el gusano al minar la tierra, y los pasos del enemigo que se acerque á mí. De este modo seré tan grande como Dios y mas dichoso que él, Lorenza mia, porque Dios no tiene en el cielo nadie que se le iguale, ni una compañera; porque aunque es omnipotente es único en su majestad

divina, y con ningun otro ser, tan divino como él, vive esa omnipotencia que le constituye en Dios.

Lorenza continuaba sonriéndose, y al mismo tiempo que se sonreia contestaba á aquellas palabras con ardorosas caricias.

—Sin embargo de todo murmuró, como si viera en el cráneo de su amante todos los pensamientos que conmovian las fibras de aquel cerebro inquieto; sin embargo de todo, dudas todavia Acharat, dudas, segun has dicho, que no puedo romper el círculo de nuestro amor y ver de lejos; pero te consuelas diciendo que si yo no veo ella verá.

—Y quién es ella?

—La mujer rubia; quieres que te diga cómo se llama?

—Si.

—Espera... Andrea.

—Oh! es verdad; si, penetras mi pensamiento; pero aun temo una cosa. Continúas viendo á través del espacio, aunque esté cortado por obstáculos materiales?

—Haz la prueba.

—Dame la mano, Lorenza.

La jóven se apoderó con pasion de la mano de Bálsamo.

—Puedes seguirme?

—A todas partes.

—Ven, pues conmigo.

Y saliendo Bálsamo con el pensamiento de la calle de San Cludio arrastró tras sí el pensamiento de Lorenza.

—Donde estamos? preguntó Bálsamo á Lorenza.

—En un monte, respondió la jóven.

—Es verdad, dijo Bálsamo estremeciéndose de gozo; pero qué ves?

—Delante de mí, á derecha ó á izquierda?

—Delante de tí.

—Veo un estenso valle con una selva á un lado, una poblacion á otro, y un rio que las separa y va á perderse en el horizonte costeando la pared de un gran palacio.

—Eso es, Lorenza; la selva es la del Vesinet, la poblacion San Jerman, y el palacio el sitio real de Maisons. Entre-

mos, entremos en el pabellon que está situado detrás de nosotros.

—Entremos pues.

—Qué ves?

—Ah! en primer lugar, en la antesala, un negrillo caprichosamente vestido y que está comiendo confites.

—Es Zamora: entremos, entremos.

—Veo un salon vacio, pero amueblado con esplendidez, y la parte superior de las puertas representa diosas y amores.

—No hay nadie en el salon?

—Nadie.

—Sigamos entrando.

—Ah! Ahora nos hallamos en un bonito retrete, cuyas paredes están forradas de raso azul, salpicado de flores de un colorido natural.

—Está vacio tambien?

—No, hay una mujer recostada en un sofá.

—Quién es esa mujer?

—Aguarda.

—No te parece que la has visto antes de ahora?

—Si, aquí; es la condesa de Dubarry.

—Eso es, Lorenza, eso es; me vas á volver loco. Y qué hace esa mujer?

—Está pensando en tí, Bálsamo.

—En mí?

—Sí.

—Puedes penetrar su pensamiento?

—Si, pues te repito que está pensando en ti.

—Y acerca de qué?

—De una promesa que le has hecho.

—Efectivamente; y cuál es?

—Has ofrecido darle el agua que Venus dió á Faon por vengarse de Safo, y que conserva la hermosura.

—Eso es, eso es. Y qué hace al mismo tiempo que piensa?

—Toma una decision.

—Cuál es?

—Espera, estiende la mano hácia la campanilla, llama y entra otra mujer.

—Es pelinegra ó rubia?

—Pelinegra.

—Alta ó baja?

—Baja.

—Entonces es su hermana; oye lo que dice la condesa.

—Quiere que pongan el coche.

—Para ir á dónde?

—Para venir aquí.

—Estás segura de ello?

—Así lo ordena á lo menos y le obedecen; veo los caballos y la carroza; dentro de dos horas estará aquí.

Bálsamo se hincó de rodillas esclamando:

—Oh! si dentro de dos horas viene, nada mas tendré que pediros, Dios mio, nada mas sino que os compadezcais de mi dicha.

—Pobre amigo mio! Conque temias?

—Sí, sí.

—Y qué podias temer, si el amor que completa la existencia física ensancha tambien la existencia moral; si el amor, lo mismo que toda pasion jenerosa, nos aproxima á Dios, y de este emana la luz.

—Lorenza, Lorenza, me vas á volver loco de alegria.

Y Bálsamo apoyó la cabeza en el regazo de la jóven.

Por lo demas esperaba otra prueba para ser completamente feliz.

Esta prueba era la llegada de la Dubarry.

Las dos horas que tuvo que esperar fueron cortas, pues para Bálsamo habia desaparecido enteramente el transcurso del tiempo.

De pronto se conmovió la jóven, que tenia asida la mano de Bálsamo.

—Todavia dudas, le dijo, y quisieras saber donde se halla en este mismo momento.

—Si, dijo Bálsamo, es verdad.

—Pues bien, va por el baluarte á todo correr, se acerca, entra en la calle de San Claudio, se para á la puerta y llama.

La habitacion en que se hallaban Bálsamo y Lorenza estaba tan retirada, que no llegó á sus oidos el aldabon de bronce.

Sin embargo, Bálsamo se quedó escuchando con una rodilla en tierra.

Dos golpes que dió Fritz le hicieron estremecerse, pues recordarán nuestros lectores que aquella señal anunciaba una visita de importancia.

—Oh! dijo conque es cierto?

—Ve á asegurarte de ello, Bálsamo, pero vuelve pronto.

Bálsamo se dirijió hácia la chimenea, y Lorenza le dijo:

—Deja que te acompañe hasta la puerta de la escalera.

—Ven conmigo.

Y ambos pasaron al cuarto de las pieles.

—No saldrás de esta habitacion, es verdad? preguntó Bálsamo.

—No, aquí te esperaré. Oh! no tengas cuidado, pues ya sabes que la Lorenza que te ama no es la Lorenza á quien temes. Por otra parte...

Y se detuvo sonriéndose.

—Qué? preguntó Bálsamo.

—No penetras mi alma como yo penetro la tuya?

—Ay! no.

—Pues bien, mándame que esté dor-

mida hasta que vuelvas; mándame que permanezca inmóvil en ese sofá, y me dormiré en él.

—Corriente, amada Lorenza, duerme y espérame.

Luchando Lorenza con el sueño aplicó sus labios á los de Bálsamo, y fue tambaleándose á caer sobre el sofá murmurando:

—Hasta luego, querido Bálsamo, hasta luego.

Bálsamo la saludó con la mano, y Lorenza se quedó dormida.

Pero estaba tan hermosa, tan pura con sus largos cabellos sueltos, su boca medio abierta, sonrosadas las mejillas é impregnados los ojos de amor; distaba tanto de parecerse á una mujer, que Bálsamo volvió hácia ella, le cojió la mano y la besó en los brazos y en el cuello, pero no se atrevió á darle un beso en la boca.

Oyéronse á todo esto otros dos golpes, lo cual indicaba que la dama no tenia paciencia para esperar ó que Fritz temia no le hubiese oido su amo.

Bálsamo corrió hácia la puerta, pero como al cerrarla tras sí oyese un crujido como el que habia oido ya, volvió á abrir aquella y miró en torno suyo; mas nada vió ó por mejor decir, únicamente á Lorenza, acostada en el sofá y respirando con fuerza bajo el peso de su amor.

Bálsamo cerró entonces la puerta y corrió hácia el salon sin inquietud, temor ni presentimiento alguno, porque llevaba todo un paraiso dentro de su corazon.

Balsamo se engañaba, pues no era el amor únicamente el que oprimia el pecho á Lorenza haciendo que respirase con fuerza.

Era una especie de sueño que provenia al parecer del letargo en que se hallaba sumerjida, letargo que se acercaba y mucho á la muerte.

Lorenza estaba soñando, y en el espantoso espejo de los sueños fatídicos se figuraba estar viendo, enmedio de la oscuridad que se iba apoderando de la estancia, abrirse formando un círculo el

techo de madera, desprenderse de él una cosa á manera de un gran roseton, y bajar con un movimiento igual, lento y acompasado, no sin despedir un silbido lúgubre. Luego le parecia que le iba faltando el aire poco á poco, como si estuviese á punto de ahogarse, oprimida con el peso de aquel círculo que se movia.

Creia, en fin, ver ajitarse en aquella especie de trampa una cosa informe como el Kaliban de la tempestad; un mónstruo con rostro humano; un viejo que solo tenia vida en los brazos y los ojos, y que la miraba de un modo espantoso, estendiendo hácia ella sus descarnadas manos.

Y en vano se afanaba la pobre niña en querer huir; pues sin adivinar el peligro que la amenazaba, sin sentir nada, conoció que la asian dos garfios con vida por una punta de su blanco vestido, la levantaban del sofá y la colocaban en la trampa, la cual iba subiendo lenta, lentamente hácia el techo, rechinando como el hierro que resbala por

la superficie de otro pedazo del mismo metal, y que de la horrible boca de aquel monstuo que la remontaba hácia el cielo sin sacudimiento ni dolor se escapaba una risa espantosa por lo horrisonante.

CAPÍTULO LXIII.

El Filtro.

La que acababa de llamar á la puerta era la condesa de Dubarry, segun habia predicho.

La hermosa cortesana habia sido introducida en el salon y esperaba á Balsamo hojeando un libro muy curioso sobre la muerte, grabado en Maguncia, y cuyas láminas, dibujadas con un arte maravilloso, presentan la muerte presidiendo todas las acciones de la vida del hombre, esperándole al salir de un baile en que acaba de estrechar la mano de su querida, atrayéndole al fondo del agua en que se baña, ó escondiéndose en el

cañon de la escopeta con que va á caza.

La Dubarry contemplaba una lámina que representaba una mujer bellísima perifollándose y mirándose al espejo, cuando Bálsamo empujó la puerta y fue á saludarla sonriéndose con el rostro radiante de felicidad.

—Dispensadme señora, el que os haya hecho esperar, pero habia calculado mal la distancia ó no conocia bien lo que andan vuestros caballos y creí que aun estábais en la plaza de Luis XV.

—Pues qué, preguntó la condesa, sabíais que iba á llegar?

—Sí, señora; habrá dos horas poco mas ó menos que os ví en vuestro retrete forrado de raso azul, mandando poner el coche.

—Y decis que me hallaba en mi retrete forrado de raso azul?

—Salpicado de flores de un colorido natural. Sí, condesa, y recostada en un sofá. Entonces se os ocurrió una buena idea, y dijisteis: «vamos á ver al conde de Fenix.» Y tocásteis la campanilla.

—Y quién entró?

—Vuestra hermana, condesa; no es cierto? Entonces le encargásteis que diera las órdenes oportunas, órdenes que fueron inmediatamente cumplidas.

—En verdad, conde, que sois brujo. Mirais muchas veces al dia lo que pasa en mi retrete! Lo digo porque en tal caso será necesario que esté alerta.

—Ah! no tengais cuidado; condesa, pues solo miro cuando las puertas no están cerradas.

—Y porque estaban abiertas vísteis que pensaba en vos?

—Ciertamente; y que vuestra intencion era muy buena para mí.

—Ah! teneis razon, querido conde; las intenciones que abrigo con respecto á vos son las mejores del mundo; pero confesad que mereceis algo mas que intenciones por lo bondadoso y útil que sois; porque estais destinado, segun parece, á hacer para conmigo el papel de tutor, es decir, el papel mas dificil que conozco.

—En verdad, señora, que me hon-

rais en estremo; conque os he sido útil en algo?

—Cómo es eso! Sois adivino, y no adivinais?

—Dejad á lo menos que tenga el mérito de ser modesto.

—Corriente, mi querido conde; voy pues, á hablaros antes que nada de lo que he hecho por vos.

—No lo consiento, señora; al contrario, hablemos de vos, os lo suplico.

—Pues bien, mi querido conde, empezad desde luego por prestarme esa piedra que hace á una invisible, porque en mi viaje me parece haber visto, á pesar de la velocidad de mi carroza, á uno de los lacayos de Richelieu disfrazado.

—Y qué hacia ese lacayo, señora?

—Seguir mi carruaje con un postillon.

—Y á qué atribuís esta circunstancia? Qué objeto creeis tiene el duque al mandar que os sigan?

—Jugarme alguna mala pasada, pues por muy modesto que seais, señor con-

de de Fenix, debeis saber que Dios os ha dotado de bastante mérito personal para poder causar celos á un rey, ora venga yo á veros á vuestra casa, ora me visiteis vos en la mia

—Mr. de Richelieu, señora, respondió Balsamo, no puede ser peligroso para vos en ningun caso.

—Pero lo era, querido conde, antes de haber sucedido lo que ha sucedido.

Balsamo comprendió que aquellas palabras encerraban un misterio que Lorenza no le habia revelado, por lo cual no quiso engolfarse en un terreno desconocido y se contentó responder con una sonrisa.

—Sí, lo era, repitió la condesa, y poco ha faltado para haber sido yo víctima de la trama mejor urdida que pueda darse, trama en que vos teneis alguna parte, conde.

—Yo tramas contra vos! Nunca, señora!

—No fuisteis vos quien dió el filtro á Mr. de Richelieu?

—Qué filtro?

—Uno que hace enamorarse perdidamente al que lo toma.

—No señora; esos filtros los compone Mr. de Richelieu mismo porque hace mucho tiempo que conoce la receta; lo que yo le he dado es un narcótico y nada mas.

—Ah! De veras?

—Palabra de honor.

—Y qué dia vino á pediros el duque ese narcótico? Acordaos de la fecha, caballero, porque es muy importante.

—Fue el sábado último, señora; la víspera del dia en que tuve la honra de enviaros por conducto de Fritz la esquela en que os suplicaba tuviéseis la bondad de ir á buscarme á casa de Mr. de Sartines.

—La víspera de ese dia, esclamó la condesa, fué cuando el rey se trasladó á casa de la chica de Taverney. Oh! todo lo comprendo ahora.

—Entonces sabreis que yo no he hecho otra cosa sino dar el narcótico.

—Sí, y ese narcótico nos ha salvado.

—Bálsamo esperó, porque no sabia de qué se trataba.

—Mucho me alegro, señora, respondió, de haberos sido útil en algo, aunque sin intencion.

—Oh! Sois para mí un amigo escelente; pero aun podeis hacer en mi favor mas que lo que hasta ahora habeis hecho. Oh! doctor, poéticamente hablando, he estado muy mala y me cuesta trabajo creer que me hallo en la convalecencia.

—Señora, dijo Bálsamo, no estrañeis que el médico, puesto que lo hay, averigüe los pormenores de la enfermedad que debe curar. Serviros, pues, informarme con exactitud de lo que habeis sentido, sin olvidar ningun síntoma, á ser esto posible.

—Nada mas sencillo, querido doctor, ó querido hechicero, como gusteis. La víspera del dia en que se administró vuestro narcótico, S. M. no quiso acompañarme á Luciennes, alegando para quedarse en Trianon que estaba cansado; pero despues supe que mi mentiroso rey

queria cenar con el duque de Richelieu y el baron de Taverney.

—Ah! ah!

—Ahora lo entendeis, no es verdad? Durante la cena dieron al rey el filtro amoroso, y como sabian que estaba enamorado de la señorita de Taverney y que no iria á verme á la mañana siguiente, es claro que querian obrase en favor de esa joven.

—Y qué mas?

—Qué mas?... que obró el filtro.

—Y qué sucedió entonces?

—Difícil es saberlo de un modo positivo. Sin embargo, personas bien informadas vieron que S. M. se dirijia hacia el departamento de la servidumbre, es decir, hácia la habitacion de la señorita de Taverney.

—Sé donde vive; y luego?

—Qué ejecutivo sois, conde! Luego... sabed que es peligroso seguir á un rey que se recata de las miradas de otro.

—Pero en fin?

—En fin, lo único que puedo deci-

ros es que S. M. enmedio de la tormenta espantosa que hizo aquella noche volvió á Trianon, pálido, temblando y con una calentura que le hacia delirar.

—Y creeis, preguntó Bálsamo sonriéndose, que el rey no solo tenia miedo de la tormenta, sino de alguna otra cosa?

—Sí, porque el ayuda de cámara le oyó esclamar varias veces: «estaba muerta, muerta!»

—Oh! dijo Bálsamo.

—Sin duda era el narcótico, continuó la Dubarry: y como nada causa tanto miedo al rey como un muerto y la imájen de un cadáver, encontró á la chica de Taverney dormida de un modo estraño, y creyó que estaba muerta.

—Sí, si, muerta en efecto, dijo Bálsamo acordándose de que habia huido del lado de Andrea sin despertarla; muerta ó á lo menos con todas las señales de la muerte. Y qué mas, señora, qué mas?

—Nadie ha sabido, pues, lo que sucedió aquella noche, ó mas bien al prin-

cipio de ella. Lo cierto es que al rey le entró una calentura muy fuerte y acometiéronle estremecimientos nerviosos que no se le quitaron hasta la mañana siguiente, cuando la delfina tuvo la idea de mandar abrir las ventanas de la rejia estancia, y mostrar á S. M. varios semblantes risueños alumbrados por un sol hermoso. Entonces desaparecieron las visiones que le habian martirizado aquella noche; á eso del mediodia se sintió mejor el rey, tomó un caldo y se comió un alon de perdiz, y por la tarde...

—Qué sucedió por la tarde? preguntó Bálsamo.

—Por la tarde, repitió la Dubarry, no queriendo sin duda S. M. permanecer en Trianon, donde tanto miedo habia pasado la víspera, fué á verme á Luciennes, donde conocí aquella noche, querido conde, que Mr. de Richelieu es casi tan brujo como vos.

El aire de triunfo que ostentaba el rostro de la condesa, y un jesto que hizo lleno de gracia y malicia, comple-

taron su pensamiento, tranquilizando completamente á Bálsamo acerca del dominio que ejercia aun la favorita sobre el rey.

—Conque estareis contenta de mí, señora?

—Entusiasmada, conde, os lo juro; he conocido que cuando me hablásteis de crear imposibles dijísteis la verdad.

Y como para darle las gracias, le alargó aquella mano tan blanca, suave y perfumada, que no era tan fresca como la de Lorenza, pero cuyo calor tenia tambien su poco de elocuencia.

—Ahora toca hablar de vos, conde, dijo.

Bálsamo se inclinó como hombre que está dispuesto á escuchar.

—Si me habeis librado de un gran riesgo, continuó diciendo la Dubarry, creo que yo tambien os he librado de un peligro no pequeño.

—No necesitaba eso, dijo Bálsamo ocultando su emocion, para estaros agradecido; quereis decirme sin embargo....

—Sí, aun andamos con el cofre á vueltas.

—Pues qué hay, señora?

—Que contenia muchas cifras que Mr. de Sartines ha mandado traducir á todos sus empleados, los cuales han firmado su respectiva traduccion dando todas ellas el mismo resultado; de suerte que Mr. de Sartines llegó esta mañana á Versalles, estando yo allí con las referidas traducciones y el diccionario de cifras diplomáticas.

—Ah! ah! y qué ha dicho el rey?

—Al principio se sorprendió, y despues se quedó asustado, porque S. M. oye fácilmente á cuantos le hablan de peligro, y desde la puñalada de un cortaplumas de Damiens, todo el que dice á Luis XV que se ande con cuidado consigue su intento.

—Es decir que Mr. de Sartines me ha acusado de conspirador?

—Antes que nada trató Mr. de Sartines de hacer que yo saliera; pero me negué á ello, declarando que como persona mas adicta que nadie al rey, nin-

guno tenia derecho para hacerme salir cuando se le hablaba que corria riesgo. Mr. de Sartines insistió, pero yo me resistí, y el rey dijo sonriéndose y mirándome de cierto modo que conozco muy bien. «Dejadla, Sartines, pues hoy nada le puedo negar.» Entonces ya comprendereis, conde, que acordándose Mr. de Sartines de nuestra última despedida temió disgustarme si os amaba. La tomó, pues, con la mala voluntad que el rey de Prusia tiene á Francia, y acerca de lo dispuestos que estan los ánimos á valerse de cosas sobrenaturales para facilitar la marcha de su rebelion, acusando, para decirlo de una vez, á una porcion de jente, y probando con las cifras que tenia en la mano que esa jente es culpable.

—Y de qué?

—De qué?... Conde, debo revelar secretos de estado?

—Esos secretos son nuestros tambien, señora, y nada arriesgais á fe mia en descubrirlos, porque creo que tendré interes en no hablar de ellos.

—Ya lo sé, conde, y por lo mismo voy á seguir. Mr. de Sartines quiso probar que una secta poderosa, compuesta de adeptos valerosos, astutos y resueltos se ocupa en minar sordamente el respeto debido á la majestad real, esparciendo ciertas voces acerca del rey.

—Y qué voces son esas?

—Diciendo, por ejemplo, que S. M. quiere matar de hambre al pueblo.

—Y qué contestó el rey á eso?

—Lo que contesta siempre, una chanza.

Bálsamo suspiró.

—Y á qué se redujo esa chanza? preguntó.

—«Puesto que me acusan de que trato de matar de hambre á mi pueblo, dijo el rey, á esa acusacion se responde alimentándole.

—«Y cómo, señor? dijo Mr. de Sartines.

—«Yo tomo á mi cargo alimentar á los que esparcen esa voz, y me ofrezco ademas á proporcionarles casa en la Bastilla.

Bálsamo se sintió correr por sus venas un lijero estremecimiento, pero se sonrió preguntando:

—Y qué mas?

—En seguida me miró el rey como pidiéndome consejo, y yo le dije: «Señor, nadie me hará creer que todas esas cifras negras que os trae el señor de Sartines quieren decir que sois un mal rey.» Entonces el teniente de policia hizo una esclamacion de sorpresa, y yo añadí: «Tampoco me harán creer, porque no pueden probármelo, que los empleados en la chancillería saben lo que ahí dice.»

—Y qué contestó el rey, condesa? preguntó Bálsamo.

—Que podia tener razon, pero que Mr. de Sartines no habia obrado mal.

—Y entonces?

—Entonces se estendieron varios mandamientos de prision, entre los cuales ví claramente que Mr. de Sartines procuraba deslizar uno acerca de vos; pero no me doblegué y le contuve con una palabra: «Caballero, le dije en voz alta

y en presencia del rey, prended á todo Paris si se os antoja, porque eso es propio de vuestro empleo; pero cuidado con tocar á ningun amigo mio!—Oh! oh! dijo el rey; mirad, Sartines, que se va enfadando.—Pero, señor, el interes del reino.—Oh! le dije furiosa, tened presente que ni vos sois un Sully ni yo una Gabriela.—Señora, se trata de asesinar al rey, como asesinaron á Enrique IV.» El rey se puso pálido, empezó á temblar, y se pasó la mano por la frente. Me creí derrotada, y dije: «Señor, dejad al teniente de policia obrar á sus anchas, porque sin duda han leido sus dependientes en esas cifras que yo tambien conspiro contra V. M.»—Y me salí; pero como esto sucedia al dia siguiente de haber tomado el rey el filtro, prefirió estar conmigo y corrió tras de mí diciéndome: Ah! No os enfadeis, condesa.—Pues echad de aquí á ese hombre, señor, porque huele á cárcel.—Vamos, Sartines, idos, dijo el rey encojiéndose de hombros, y yo añadí:—Os prohibo, no solo que os presenteis en

mi casa, sino que ni me saludeis siquiera.» Nuestro majistrado perdió la chaveta, se acercó á mí y me besó la mano con humildad diciéndome: «Bien, señora, no hablemos mas sobre esto; pero sereis causa de que se pierda el estado. Ya que os empeñais en ello, respetarán mis ajentes á vuestros protejido.»

Bálsamo se quedó profundamente pensativo.

—Cómo! dijo la condesa: conque no me dais las gracias porque os he evitado conozcais la Bastilla, lo cual tal vez seria injusto, pero no muy agradable?

—Bálsamo nada contestó; lo que hizo fue sacar del bolsillo un frasquito lleno de un licor encarnado.

—Tomad, señora, dijo; en cambio de la libertad que vos me dais á mí yo os doy veinte años mas de juventud.

La condesa se guardó el frasquito en el seno, y se marchó sumamente contenta.

Bálsamo se quedó pensativo y luego dijo:

—Quizá se hubieran salvado, á no ser por la coqueteria de una mujer; una cortesana los precipita al abismo con su delicado pie. ¡Está visto que Dios nos proteje.

CAPÍTULO LXIV.

La sangre.

Apenas se cerró la puerta por donde salió la Dubarry subió Bálsamo la escalera escusada y entró en el cuarto de las pieles.

La conversacion que tuvo con la condesa fue larga, y su prisa provenia de dos causas.

La primera nacia del deseo que abrigaba de ver á Lorenza, y la segunda del temor que tenia de que la joven no estuviese cansada, pues en la vida que le habia dado no cabia el fastidio, pero podia fatigarse, como le sucedia algunas veces al pasar del sueño magnético al éstasis.

Ahora bien, del éxtasis resultaban casi siempre crisis nerviosas que hacian sufrir á Lorenza atrozmente, cuando la intervencion del flúido reparador no iba á establecer un equilibrio satisfactorio entre las diversas funciones del organismo.

De consiguiente, así que Bálsamo volvió á cerrar la puerta, fijó la vista con rapidez en el canapé en que habia dejado á Lorenza.

Esta no se hallaba allí; pero la fina manteleta de cachemir bordada de flores de oro con que se cubria estaba sobre los cojines para atestiguar que su dueño habia permanecido en aquel aposento descansando en el sofá.

Bálsamo se quedó inmóvil, con la vista clavada en el canapé, pero pensó que quizá habria incomodado á Lorenza un olor muy particular que se habia esparcido por el aposento despues que él salió, y que, usurpando por medio de un movimiento maquinal los hábitos de la vida real y efectiva, habria mudado de sitio por instinto.

La primera idea que se ocurrió á Bálsamo fue que Lorenza habia vuelto á entrar en el laboratorio, donde poco antes estuvo con ella.

Entró, pues, en él, pero á nadie vió. Sin embargo, como podia esconderse fácilmente una persona á la sombra del jigantesco hornillo, ó detras de los tapices que representaban personajes de Oriente, levantó aquellos y dió vuelta al rededor del hornillo; mas en parte alguna halló ni aun rastro siquiera de haber pasado por allí Lorenza.

Faltaba la habitacion de la joven, y Bálsamo creyó que indudablemente habria entrado en ella su amada.

Aquella habitacion solo servia de cárcel á Lorenza cuando estaba despierta.

Corrió, pues, á aquel aposento, pero se encontró con que la plancha estaba echada.

Esto no probaba, con todo, que Lorenza no hubiese entrado allí; al contrario, nada se oponia á que, con su don de segunda vista, se hubiese acordado Lorenza de aquel mecanismo, y

seguido del impulso que recibe la alucinada imajinacion en un sueño mal disipado.

Bálsamo empujó el resorte, pero tan vacia estaba aquella habitacion como el laboratorio, y segun las trazas Lorenza no habia entrado allí.

Entonces se apoderó del poco antes venturoso amante un pensamiento doloroso, que ya habia lastimado su corazon, como recordarán nuestros lectores, y que ahora fue á ahuyentar todas las suposiciones.

Lorenza habria disimulado fingiendo estar dormida, para disipar toda desconfianza, toda inquietud, toda vijilancia en el ánimo de su esposo; y aprovechándose de la primera ocasion en que este la habia dejado libre habria vuelto á escaparse mas segura de lo que debia hacer, habiéndola como debia haberla amaestrado la primera tentativa de fuga.

Balsamo dió un brinco cuando se le ocurrió esta idea y llamó á Fritz.

Luego, figurándose en su impacien-

cia que este tardaba, corrió á su encuentro y le halló en la escalera escusada.

—Y la señora? dijo.

—Qué hay, mi amo? preguntó Fritz comprendiendo por lo conmovido que estaba Bálsamo que habia sucedido alguna cosa estraordinaria.

—La has visto?

—No, mi amo.

—No ha salido?

—De donde?

—De casa.

—La única persona que ha salido es la condesa, y yo mismo acabo de cerrar la puerta.

Bálsamo volvió á subir como un loco, y se figuró que como aquella jóven era tan diferente estando dormida á estando despierta, se le habria antojado jugar como un niño: en una palabra, que estaria escondida en algun rincon, y desde allí se entretenia en asustarle para tranquilizarle en seguida.

Entonces emprendió un minucioso rejistro, no perdonando rincon, armario ni biombo, y notándose en sus pesqui-

sas los síntomas de un hombre ciego por la pasion, de un loco sin vista, de un borracho que se bambolea. Solo tenia fuerzas para abrir los brazos y gritar. «Lorenza! Lorenza!» esperando que aquella criatura á quien adoraba fuese á arrojarse en ellos de pronto exhalando un grito de júbilo.

Pero el silencio, un silencio triste y obstinado fue la única respuesta que obtuvo en medio de su estravagante pensamiento, lo único que contestó á su insensato llamar.

Bálsamo invirtió tres minutos, es decir, tres siglos de agonia en correr de acá para allá revolver los muebles, hablar con las paredes, llamar á Lorenza, mirar sin ver, escuchar sin oir, palpitar aunque sin vida, y estremecerse aunque sin saber si pensaba.

Al fin salió de aquel estado de alucinacion, pero medio loco; metió la mano en un vaso de agua helada, se mojó con ella las sienes, y luego, apretando las manos una contra otra, como para obligarse á sí propio á permanecer inmó-

vil, arrojó, por medio de la voluntad, el ruido importuno de aquel batidero de la sangre contra el cráneo, ruido funesto, incesante y monótono, que cuando no se oye indica vida con tal que se mueva, pero que cuando es perceptible y acelerado significa muerte ó locura.

—Vamos, dijo, raciocinemos, no hay subterfujios que valgan, Lorenza no está aquí, y de consiguiente ha salido. Si, salido y muy salido.

Y volvió á mirar en su derredor llamándola otra vez.

—Nada, ha salido, repitió, y en vano sostiene Fritz que no la ha visto. Ha salido, ha salido.—Dos casos se presentan aquí: ó efectivamente nada ha visto, lo cual á todo evento es posible, porque el hombre está sujeto á equivocaciones, ó bien la ha visto, y Lorenza le ha ganado.... Ganar á Fritz!... Y por qué no? En vano aboga contra esta suposicion su anterior fidelidad, pues si Lorenza, si el amor, si la ciencia han podido engañar y mentir hasta tal punto, por qué no ha de engañar tambien

una criatura humana, cuya naturaleza es tan frájil y fálible?... Oh, yo lo sabré todo! No me queda la señorita de Taverney? Sí, por Andrea sabré la traicion de Lorenza y de Fritz; y oh! lo que es esta vez, como el amor haya sido mentira, como la ciencia haya sido un error, y la fidelidad un lazo tendido á mi confianza, Bálsamo castigará sin compasion, sin reserva, como un hombre poderoso que se venga, para lo cual desecha la misericordia y conserva únicamente la soberbia.... Vamos, todo está reducido á salir cuanto antes, no dejar que Fritz adivine mi intento, y correr á Trianon.

Y cojiendo su sombrero que se le habia caido al suelo se lanzó hácia la puerta.

Empero de pronto se detuvo y dijo:

—Oh! mi pobre viejo antes que nada. Dios mio! me habia olvidado de él, y es preciso que le vea antes de salir. Durante mi delirio, durante este espasmo de amor he descuidado al infeliz Althotas, y esto es una ingratitud, una inhumanidad.

Y Bálsamo, con esa actividad febril que animaba todos sus movimientos desde hacía un instante, se acercó al resorte que servia para mover la báscula del techo.

Este bajó al instante rápidamente.

Bálsamo se colocó en él, y con el ausilio del contrapeso empezó á subir; pero entregado enteramente su corazon á lo que acababa de sucederle, y sin pensar en otra cosa que en Lorenza.

Apenas llegó al nivel del cuarto de Althotas oyó la voz de este, voz que fue á sacarle de su dolorosa distraccion.

Empero con gran asombro de Bálsamo sus primeras palabras no fueron una reconvencion como esperaba, sino una demostracion de alegria natural y franca.

El discípulo fijó la vista en su maestro, no poco admirado.

El viejo estaba recostado en su sillon de resortes, y respiraba con delicia, como si á cada aspiracion recobrara un dia de vida, clavando con impertinencia en el que iba á visitarle unos ojos llenos de un fuego sombrio,

si bien es verdad que la alegre sonrisa que brillaba en sus labios disminuia un tanto su siniestra espresion.

Bálsamo procuró tomar fuerzas y coordinar sus ideas para que no conociese lo turbado que estaba su maestro, tan poco induljente con las debilidades de la humanidad.

Durante aquel minuto de recojimiento Bálsamo sintió en el pecho una opresion estraña, sin duda porque el aire estaba viciado con un olor pegajoso, desabrido, tibio y nauseabundo. Si, el olor que ya habia respirado abajo, pero en menor grado, se esparcia por el aire, condensándose y empañando los cristales como esos vapores que se desprenden en el otoño, lo mismo al salir el sol que al ponerse, de los lagos y charcos.

En aquella atmósfera espesa y fuerte se le encojió á Bálsamo el corazon, se le turbó la cabeza, le acometió un mareo y conoció que iban faltándole á un mismo tiempo la respiracion y las fuerzas.

—Maestro, dijo buscando un punto

de apoyo sólido en que poder sostenerse y procurando ensanchar el pecho; no sé como podeis vivir aquí, pues esto no es respirar.

—Te parece á tí asi?

—Oh!

—Pues sin embargo yo respiro perfectamente! respondió Althotas con socarroneria, y ya ves si vivo.

—Maestro, maestro, dijo Bálsamo cada vez mas mareado: dejad que abra una ventana, porque no parece sino que de este pavimento sale un vapor de sangre.

—De sangre! ah! Te huelo á sangre? esclamó Althotas soltando una carcajada.

—Oh! sí, sí, huelo los miasmas que exhala un cuerpo recien muerto; tanto es lo que gravitan sobre mi cerebro y mi corazon, que me atreveria á pesarlos.

—Eso es, dijo el anciano con su irónica sonrisa, eso, eso, y ya lo habia advertido yo; solo que tú tienes un corazon muy tierno y una cabeza muy frájil, Acharat.

—Maestro, dijo Bálsamo, señalando con el dedo al viejo, teneis sangre en las manos, la hay en esa mesa y en todas partes, hasta en vuestros ojos, que relucen como dos llamas. Maestro, el olor que se respira aquí, el olor que me está mareando, el olor que me sofoca es un olor á sangre.

—Y bien, dijo Althotas con tranquilidad, es esta la primera vez que respiras ese olor?

—No.

—No me has visto nunca hacer esperimentos? No los has hecho tú tambien?

—Pero no con sangre humana! dijo Bálsamo pasándose la mano por la frente cubierta de sudor.

—Ah! qué olfato tan delicado tienes! dijo Althotas; no creia que pudiera distinguirse la sangre del hombre de la de un animal cualquiera.

—La sangre del hombre! murmuró Bálsamo.

Y al tratar de apoyarse, porque se tambaleaba, en algun mueble que estuviese á mano, descubrió horrorizado un

ancho barreño de cobre, cuyos brillantes bordes reflejaban el color purpúreo de sangre recien sacada.

La enorme vasija estaba llena hasta la mitad.

Bálsamo retrocedió espantado, diciendo.

—Oh! de dónde proviene esta sangre?

Althotas no contestó, pero no se le escapaba ninguna de las fluctuaciones, mareos y terrores de Bálsamo.

De pronto lanzó este un rujido terrible, y bajándose como si fuera á apoderarse de una presa se dirijió á un punto de la habitacion y recojió del suelo una cinta de seda recamada de plata, de la cual colgaba una larga trenza de pelo negro.

Despues de aquel grito agudo doloroso y supremo reinó por un momento en el cuarto del viejo un silencio mortal.

Bálsamo levantó con lentitud aquella cinta y examinó, estremeciéndose, el pelo, de cuya punta pendia clavado en la seda un alfiler de oro, conociéndose que

aquel mechon habia sido cortado de una cabellera sujeta con una franja, en cuyo estremo habia unas manchas encarnadas y espumosas que parecian de sangre.

A medida que Bálsamo iba levantando la mano temblaba esta mas y mas.

A medida que Bálsamo miraba con mas atencion aquella cinta manchada se ponian sus mejillas amoratadas.

—Oh! De dónde proviene esto? murmuró; pero en un tono bastante alto, sin embargo, para que sus palabras fuesen una pregunta para cualquier otro que no fuera él.

—Eso? dijo Althotas.

—Si, esto.

—Es una cinta de seda para el pelo.

—Pero de qué está mojado este pelo?

—De sangre, ya lo ves.

—Y qué sangre es esa?

—Cuál ha de ser, vive Dios! la que necesitaba para mi elixir, la que no quisiste darme y he tenido que proporcionarme yo mismo en vista de tu negativa.

—Pero á quién habeis cortado esta trenza, de quién esta cinta? Esto no pertenecia á un niño.

—Y quién te ha dicho que he degollado á un niño? preguntó Althotas con tranquilidad.

—No necesitábais sangre de un niño para hacer vuestro elixir? Vamos, no me habiais dicho esto!

—O de una vírjen, Acharat, de una vírjen.

Y Althotas alargó su descarnada mano, tomando de encima del brazo del sillon una redoma cuyo contenido saboreó con delicia.

Luego, con el tono mas natural del mundo, con afectuoso acento, dijo:

—Has hecho bien, Acharat; has obrado con prudencia y prevision en colocar á esa mujer debajo de este piso, y casi donde yo pudiera alcanzarla, porque asi no tiene de qué quejarse la humanidad, ni que reprender la ley cosa alguna. No has sido tú quien me has entregado la vírjen sin cuya sangre hubiera muerto tu maestro, que la he co-

jido yo? gracias pues, amado discípulo, gracias mi querido Acharat.

Y otra vez se llevó á los labios la redoma.

Bálsamo dejó caer el mechon de pelo que tenia en la mano, y una luz horrible deslumbró su vista.

En frente de él habia una gran mesa de mármol que el viejo tenia siempre atestada de plantas, libros y redomas; pero á la sazon estaba cubierta con un largo paño de damasco blanco salpicado de flores oscuras, dando en él la rojiza luz que despedia la lámpara de Althotas, la cual dibujaba unas formas siniestras que Bálsamo no habia notado hasta entonces.

Este cojió el paño por una punta y tiró con fuerza.

Empero entonces se le erizaron los cabellos, y su boca entreabierta no pudo dejar escapar el horroroso grito que se ahogó en el fondo de su garganta.

Bajo aquel sudario descubrió el cadaver de Lorenza; de Lorenza, tendida sobre la mesa, con el rostro amoratado,

pero risueño aun, y cuya cabeza colgaba hácia atrás como arrastrada por el peso de sus luengos cabellos.

Por cima de la clavícula tenia una ancha herida y ni una gota de sangre destilaba ya.

Sus manos estaban tiesas y sus ojos cerrados bajo unos párpados de color de violeta.

—Sí, sangre, sangre de vírjen las tres últimas gotas de la sangre arterial de una vírjen; esto era lo que necesitaba, dijo el viejo recurriendo por tercera vez á su redoma.

—Miserable! esclamó Bálsamo, cuyo desesperado grito salió al fin por cada uno de sus poros; muere, miserable, porque hace cuatro dias que era mi querida, mi amante, mi esposa! La has asesinado para nada, porque no estaba vírjen!...

Los ojos de Althotas temblaron al oir estas palabras, como si un sacudimiento eléctrico los hiciera conmoverse en sus órbitas; sus pupilas se dilataron de un modo espantoso; sus encías, por-

que no tenia dientes, rechinaron, y su mano dejó caer la redoma sobre el entarimado, no sin que se hiciese mil pedazos, mientras que él, estupefacto, anonadado, herido en el cerebro al mismo tiempo que en el corazon, caia con todo el peso de su cuerpo sobre el sillon.

En cuanto á Bálsamo; se inclinó sollozando sobre el cadáver de Lorenza, y se desmayó al querer besar sus ensangrentados cabellos.

CAPÍTULO LXV.

Dios y el hombre.

Las horas, esas estrañas hermanas que asidas de la mano pasan con un vuelo tan lento para el desgraciado, y tan veloz para el hombre dichoso, se posaron en silencio y recojiendo sus pesadas alas en aquella habitacion poblada de suspiros y sollozos.

En un lado se hallaba la muerte y en el otro la agonia.

Enmedio estaba la desesperacion, tan dolorosa como la agonia y tan profunda como la muerte.

Bálsamo no habia vuelto á proferir una palabra desde el grito desgarrador que destrozó su garganta.

Desde que salió de su boca la fulminante revelacion que disipó el feroz júbilo de Althotas no habia hecho Bálsamo ni un movimiento siquiera.

En cuanto al horroroso viejo; vuelto violentamente á la vida, tal como Dios la ha formado para el hombre, tan fuera de su centro se hallaba en aquel elemento nuevo para él, como el pájaro que herido por un grano de municion cae desde las nubes en un lago, y se ajita en la superficie de este sin poder conseguir desplegar sus alas.

El estupor grabado en aquel semblante lívido y descompuesto revelaba la inconmensurable estension de su atontamiento.

Efectivamente, ni aun se tomaba Althotas el trabajo de pensar, desde que vió el objeto á que se dirijian sus pen-

samientos, y que se desvanecian como el humo, siendo asi que los creia tan sólidos como una roca.

Su desesperacion, triste y silenciosa, tenia algo de embrutecimiento, y aquellos cuya imajinacion no estuviese acostumbrada á amoldarse á la suya, hubieran creido quizá que aquel silencio era un indicio de que meditaba lo que habia de hacer; mas para Bálsamo, que por lo demas ni siquiera le miraba, no era sino la agonia del poder de la razon, de la vida.

Althotas no apartaba la vista de aquella redoma destrozada, imájen de lo nulo de sus esperanzas, y cualquiera diria qne se ocupaba en contar aquellos mil pedazos de cristal que, al desparramarse por la habitacion, habian disminuido su vida otros tantos dias; cualquiera diria que aspiraba á recojer con la vista aquel licor precioso derramado por el pavimento, y que durante un segundo creyó daba la inmortalidad.

De vez en cuando tambien, cuando el dolor que le causaba aquel desengaño era

demasiado vivo, fijaba el viejo sus apagados ojos en Bálsamo, y luego en el cadáver de Lorenza.

Entonces se parecia á esos animales cojidos en nna trampa, que el cazador encuentra por la mañana sujetos por las patas, dándoles de puntapies durante largo rato sin conseguir que vuelvan la cabeza, pero que si les pincha con la punta del cuchillo de monte alzan oblícuamente sus sangrientos ojos, impregnados de odio, venganza, reconvencion y sorpresa.

—Es posible, decia aquella mirada, tan espresiva aun apesar de hallarse en la agonia; es creible que me sobrevengan tantas desgracias y derrotas por culpa de un ser tan ínfimo como es ese hombre; á quien estoy viendo hincado de rodillas á cuatro pasos de mí, á las plantas de un objeto tan vulgar como es esa mujer que ya no existe? No es un trastorno de la naturaleza, una aberracion de la ciencia, un cataclismo de la razon que un tosco discípulo haya engañado á un maestro tan sublime? No

es una cosa monstruosa, en fin, que un grano de polvo haya hecho que se pare la rueda de un carro tan soberbio como rápido por su poder y su inmortal vuelo?

En cuanto á Bálsamo, Bálsamo anonadado, sin voz, sin movimiento y casi sin vida, ningun pensamiento humano habia penetrado aun en su cerebro por entre los sangrientos vapores que lo empañaban.

Mas qué mucho si habia perdido para siempre á Lorenza, Lorenza que era suya, Lorenza que era su esposa y su ídolo, esa criatura tanto mas preciosa cuanto que al mismo tiempo era ánjel y amante; Lorenza, es decir, el placer y la gloria, lo presénte y lo futuro, la fuerza y la fe; Lorenza, es decir, cuanto amaba, cuanto deseaba, cuanto ambicionaba en el mundo?

Bálsamo no lloraba, no gritaba, ni siquiera suspiraba.

Apenas tenia tiempo para admirarse de que se hubiese desplomado sobre su cabeza tamaña desgracia, á la ma-

nera de esos infelices á quienes sorprende una inundacion estando en el lecho y á oscuras, que sueñan están rodeados de agua, despiertan, abren los ojos, y viendo que se les viene encima mujiendo una ola espantosa, ni aun siquiera tienen tiempo para exhalar un grito en el tránsito de la vida á la muerte.

Por espacio de tres horas se creyó Bálsamo sepultado en los profundos abismos de la huesa, y enmedio de su inmenso dolor atribuyó lo que le estaba sucediendo á uno de esos fatídicos sueños que van á visitar á los muertos en la eterna y silenciosa noche del sepulcro.

Para él no existia Althotas, es decir, que para él no habia ni odio ni espíritu de venganza.

Para él no existia Lorenza, es decir, que para él no habia tampoco ni vida ni amor.

Sueño, noche, nada; esto es lo que le rodeaba.

Así transcurrió el tiempo, lúgubre, silencioso é infinito, en aquel aposento en que la sangre se enfriaba despues de en-

viar su parte fecundante á los átomos que la reclaman.

De pronto sonó tres veces una campanilla enmedio del silencio y las tinieblas.

Sin duda sabia Fritz que su amo se hallaba en la habitacion de Althotas, pues en esa misma habitacion resonó la campanilla.

Empero por mas que vibró, con un ruido estraño por lo insólito, el sonido se desvaneció en el espacio.

Bálsamo no levantó la cabeza.

Al cabo de unos cuantos minutos sonó segunda vez, pero mas fuerte, el tintin de la campanilla, sin que Bálsamo saliera de su aletargamiento.

Luego, así que pasó un rato mas corto que el que medió entre el primero y segundo tintin, enfadada la campanilla esparció por el cuarto un repiqueteo chillon é impaciente.

Sin estremecerse Bálsamo levantó lentamente la cabeza, é interrogó el espacio, con la fria solemnidad de un muerto que saliese de su sepulcro.

Así debió mirar Lázaro cuando Cristo le llamó tres veces por su nombre.

La campanilla no cesaba de repiquetear.

Su enerjía, que cada vez iba en aumento, despertó al fin la intelijencia en el amante de Lorenza.

Entonces desprendió su mano de la del cadáver; pero todo el calor habia abandonado su cuerpo, sin pasar al de Lorenza.

—Eso indica una gran noticia ó un peligro de gravedad, dijo Bálsamo. Con tal que sea esto último!...

Y se levantó del todo.

—Mas para qué he de contestar á ese llamamiento? continuó diciendo sin advertir el lúgubre efecto que causaban sus palabras bajo aquella bóveda sombría y en aquella fúnebre habitacion; puede haber en el mundo algo que me interese ó asuste?

La campanilla, como si quisiera contestarle, hirió con tal fuerza sus costados de bronce, que la lengueta de metal se desprendió y cayó sobre una re-

torta de vidrio, la cual se rompió haciendo un ruido metálico y sembrando el suelo de pedazos.

Bálsamo no resistió mas, considerando, por otra parte que importaba que nadie, incluso Fritz, fuese á acosarle donde se hallaba.

Dirijióse, pues, con tranquilo paso hácia el resorte, lo empujó y fue á colocarse sobre la plancha, la cual bajó lentamente hasta dejarle enmedio del aposento de las pieles.

Al pasar junto al sofá rozó la manteleta que se habia desprendido de los hombros de Lorenza cuando el inhumano viejo la levantó en sus brazos, tan impasible como la muerte.

Aquel contacto, mas vivo aun que Lorenza, hizo estremecer á Bálsamo de un modo doloroso.

Cojió la manteleta y la besó, sofocando sus gritos con la tela misma.

Luego fue á abrir la puerta de la escalera.

En los últimos escalones estaba Fritz sumamente pálido, respirando ajitado,

con una antorcha en la mano izquierda, y tirando con la derecha del cordon de la campanilla aterrado é impaciente.

Al ver á su amo lanzó un grito de contento, pero en seguida se escapó de su pecho otro de sorpresa y espanto.

No sabiendo Bálsamo de qué provenian aquellos diversos gritos le interrogó en silencio.

Fritz no dijo una palabra; pero á pesar de lo respetuoso que solia ser, se aventuró á cojer á su amo de la mano, y le llevó delante del gran espejo de Venecia colocado encima de la chimenea que conducia al aposento de Lorenza.

—Oh! mirad, dijo, indicándole su propia imájen en el cristal.

Bálsamo se estremeció.

Luego brilló en sus labios una sonrisa, una de esas sonrisas hijas de un dolor infinito é incurable, una sonrisa mortal en fin.

Efectivamente, comprendió el espanto de Fritz.

Bálsamo habia envejecido en una hora tanto como en veinte años, y en sus

ojos no aparecia su anterior brillo; la sangre no circulaba bajo la piel; por todas sus facciones se habia esparcido una espresion de estupor y falta de intelijencia; una espuma sanguinolenta manchaba sus labios, y en la blanca batista de su camisa se veia un gran salpicon de sangre.

Bálsamo se miró á sí mismo durante un momento sin poder conocerse, y luego clavó con aire resuelto la vista en la del estraño personaje que reflejaba en el espejo.

—Tienes razon, Fritz, dijo; si, tienes razon.

En seguida, notando la inquietud de su fiel criado, le preguntó:

—Para qué me llamabas?

—Por ellos, mi amo.

—Por ellos!

—Si.

—Y quiénes son ellos?

—Mi amo, murmuró Fritz acercando la boca al oido de Bálsamo, los maestres.

Bálsamo tembló.

—Todos? preguntó.

—Sí, los cinco.

—Y están ahí?

—Ahí.

—Solos?

—No, que cada uno de ellos trae un criado armado que aguarda en el patio.

—Y han venido juntos?

—Sí mi amo, y viendo yo que estaban impacientes he llamado fuerte varias veces.

Bálsamo, sin ocultar siquiera bajo un pliegue de su pechera de encaje la mancha de sangre, ni tratar de reparar la descompostura de su peinado, se puso en marcha y empezó á bajar la escalera, despues de preguntar á Fritz si los visitantes estaban en el salon ó en el gabinete.

—En el salon, respondió Fritz siguiendo á su amo.

Luego se arriesgó á detener á Bálsamo al pie de la escalera, diciéndole.

—Teneis algo que madarme, mi amo?

—Nada Fritz.

—Vais..... continuó Fritz, tartamudeando.

—Qué dices? preguntó Balsamo con suma dulzura.

—Que si vais á presentaros sin armas?

—Pues es claro.

—No llevais siquiera la espada?

—Para qué, Fritz?

—No sé, dijo el fiel criado bajando la vista, pero pensaba.... me pensaba..... creia.... temo...

—Está bien, retírate, Fritz.

Este dió algunos pasos como para obedecer, pero volvió.

—No has oido? preguntó Bálsamo.

—Queria deciros, mi amo, que las pistolas de dos tiros están en el cofre de ébano sobre el velador dorado.

—Bien, ya te he dicho que te vayas, respondió Bálsamo.

Y entró en el salon.

CAPÍTULO LXVI.

Enjuiciamiento.

Fritz tenia razon, pues los que iban á visitar á Bálsamo no habian entrado en la calle de San Claudio con pacífico aparato, ni con un exterior benévolo.

Cinco hombres á caballo escoltaban el coche de camino en que habian ido los maestres, y otros cinco hombres de sombrio y altanero rostro y armados de punta en blanco habian cerrado la puerta de la calle, y la guardaban como si estuviesen esperando á sus amos.

En el pescante de aquel carruaje estaban sentados un cochero y dos lacayos, ocultando bajo sus capas cuchillos de monte y mosquetes; todo lo cual era señal, mas bien que de una visita de una espedicion.

Aquella invasion nocturna de una jente terrible, y el haber como habian

tomado por asalto el palacio, infundieron desde luego al aleman un terror indecible, y cuando vió por el ventanillo la escolta y las armas trató de negar la entrada á todo el mundo; pero aquellas poderosas insignias, testimonio irresistible del derecho que asistia á los visitantes, no le permitieron replicar. Apenas se apoderaron del puesto situáronse los advenedizos, á fuer de buenos capitanes, en todas las salidas de la casa, sin tomarse el trabajo de disimular sus malévolas intenciones.

Colocados los escuderos en el patio y los pasillos, y los maestres en el salon, nada bueno presajiaba esto á Fritz, y hé aquí por qué rompió la campanilla á fuerza de llamar.

Bálsamo, sin admirarse ni prepararse, entró en el salon que Fritz habia alumbrado de un modo conveniente para honrar como debia á los que fuesen á visitar á su amo.

Los cinco visitantes estaban sentados en sillones, y ni uno siquiera se levantó al verle.

El amo de casa les saludó con urbanidad.

Entonces se levantaron y contestaron á su saludo de un modo grave.

Bálsamo tomó asiento frente á los visitantes, sin notar ó sin dar á entender que notaba el estraño modo con que estaban colocados. En efecto, los cinco sillones formaban un hemiciclo parecido al de los antiguos tribunales, con un presidente asistido de dos asesores, y el sillon de Bálsamo, situado frente al del presidente, ocupaba el sitio que se da á los acusados en los concilios ó pretorios.

No fue Bálsamo el primero que habló, como lo hubiera hecho en cualquiera otra circunstancia, pues aunque miraba no veia bien, de resultas de la dolorosa soñolencia que le habia quedado despues de tan rudo choque.

—Hermano, dijo el presidente, ó mas bien el que ocupaba el sillon del medio; segun parece no has comprendido, pues has tardado mucho en venir, y ya estábamos deliberando si debíamos enviar en busca tuya.

—No os entiendo, fue lo único que contestó Bálsamo.

—No lo creia asi al ver que has tomado respecto á nosotros el puesto y actitud de un reo.

—De un reo? tartamudeó Bálsamo vagamente.

Y se encojió de hombros.

—Repito que no os entiendo, dijo.

—Ya haremos que nos entiendas; y esto será tanto mas fácil, cuanto que cualquiera que viese la palidez de tu frente, tus apagados ojos y tu voz temblona, diria que harto nos entiendes.

—Ya se ve que entiendo, respondió Bálsamo moviendo la cabeza, como para hacer que se desprendiesen de ella los pensamientos que la tenian sitiada.

—Te acuerdas, hermano, continuó diciendo el presidente, que la comision suprema le daba aviso en sus últimas comunicaciones de que un gran sosten de la orden pensaba hacernos traicion?

—Tal vez... si... no digo que no.

—Respondes segun te dicta una conciencia atropellada y llena de sobresalto;

pero no hay que abatirse; cálmate y contesta con la claridad y precision que exije la terrible posicion en que te encuentras; respóndeme con la certeza de que puedes convencernos, porque ni abrigamos prevenciones ni nos anima el odio. Venimos aqui en nombre de la ley, la cual no habla sino despues que el juez ha oido.

Nada replicó Bálsamo.

—Te lo repito, y una vez hecha mi advertencia, esta será lo mismo que el aviso que se dan entre sí dos combatientes antes de atacarse. Yo voy á atacarte con armas leales, pero poderosas; defiéndete pues!

Al ver los circunstantes la flema é inmovilidad de Bálsamo, se miraron, no sin asombro, y en seguida volvieron á fijar la vista en el presidente.

—Me has entendido, no es verdad, Bálsamo? repitió este último.

Bálsamo dijo que sí con la cabeza.

—De consiguiente, como hermano leal y benévolo que soy, te he dado á conocer el objeto de mi interrogatorio, y

ya estás advertido. Sigo pues.

Hecha esta advertencia prosiguió diciendo el presidente:

—La junta comisionó á cinco individuos de su seno para que siguieran los pasos al que se nos designaba por traidor, y sabido es que las revelaciones que se nos hacen no están sujetas á error, pues á tí mismo te consta que las obtenemos, ya de ajentes adictos por lo que hace á los hombres, ya de indicios seguros respecto á cosas, ya de síntomas y signos infalibles entre las misteriosas combinaciones que la naturaleza á nadie ha revelado hasta ahora sino á nosotros. Ahora bien, habiendo tenido uno de los nuestros una vision con respecto á tí, y sabiendo como sabíamos que nunca se ha engañado, nos pusimos en guardia, y te hemos vijilado.

Bálsamo oyó todo aquello sin dar la menor muestra de impaciencia ó de comprension siquiera y el presidente continuó:

—No era cosa fácil vijilar á un hombre como tú, porque entras en todas

partes, siendo como es tu mision arraigarte donde nuestros enemigos tengan una casa ó un poder cualquiera, y porque tienes á tu disposicion no solo tus recursos naturales que son inmensos, sino los que la junta te ha dado para hacer que triunfe su causa. Durante mucho tiempo flotamos en un mar de dudas, al ver entrar en tu casa á enemigos como Richelieu, la Dubarry y Rohan; ademas de que en la última reunion que tuvimos en la calle de Platriere pronunciaste un discurso lleno de hábiles paradojas que nos hizo creer seguias un papel importante, adulando y frecuentando el trato de esa raza incorrejible que se trata de estirpar de la tierra. Durante algun tiempo respetamos, pues, los misterios de tu conducta, esperando un feliz resultado; pero al fin llegó el desengaño.

Bálsamo permaneció tan inmóvil, é impasible como antes, de suerte, que el presidente empezó á impacientarse.

—Hace tres dias, dijo, que se espidieron cinco mandamientos de prision,

mandamientos que Mr. de Sartines puso en ejecucion aquel mismo dia, contra cinco de nuestros hermanos tan fieles como adictos, que residen en Paris. Los cinco han sido presos y llevados, dos á la Bastilla, donde se hallan en completa incomunicacion; otros dos á Vicennes, sentenciados á reclusion perpétua; y otro á Bicetre, habiendo ido á ocupar un calabozo, cuyo aire es mortal. Sabias esta circunstancia?

—No, dijo Bálsamo.

—Es muy estraño que tal digas cuando sabemos las relaciones que tienes con las personas poderosas del reino. Empero mucho mas estraño es lo que voy á decir.

Bálsamo prestó atencion.

—Para mandar prender á esos cinco amigos nuestros ha debido tener á la vista Mr. de Sartines la única nota en que se contiene de un modo lejible los nombres de las victimas, y esa nota te la dirijió á ti en 1769 el consejo supremo, siendo tú quien has debido recibir á los nuevos individuos y darles inme-

diatamente el rango que les habia señalado dicho consejo supremo.

Bálsamo manifestó con un jesto que no se acordaba de nada.

—Yo haré que te acuerdes. Las cinco personas de que se trata estaban representadas por medio de cinco caractéres árabes, y estos caractéres correspondian en la nota que se le comunicó á los nombres y cifras de los nuevos hermanos.

—Corriente, dijo Bálsamo.

—Lo confiesas?

—Como querais.

El presidente miró á sus asesores para que tomasen acta de aquella confesion.

—Pues bien, continuó, en esa misma nota, que es la única, tenlo presente, que ha podido comprometer á esos hermanos, habia ademas otro nombre; te acuerdas?

Bálsamo no contestó.

—Ese nombre era el de *conde de Fenix*.

—Convenidos, dijo Bálsamo.

—Y entonces, habiéndose espedido

mandamiento de prision contra esos cinco, por qué se respeta tu nombre, por qué eres bien acojido, por qué se oye pronunciar favorablemente en la corte ó en las antesalas de los ministros? Si nuestros hermanos merecieron ser presos, tambien tú: qué tienes que responder á esto?

—Nada.

—Ah! ya adivino tu objecion: podrás decir que con los medios de que dispone la policia ha averiguado los nombres de los hermanos mas oscuros, pero que ha tenido que respetar el tuyo porque eres embajador y hombre de valimiento; dirás tambien que no ha podido sospechar de ese hombre.

—Yo no digo nada.

—Porque si tu honra ha muerto tu orgullo vive aun; esos nombres los ha descubierto la policia en la nota confidencial que el supremo consejo te dirijió, y hé aquí como la ha leido. La tenias en un cofre; es esto verdad?

—Si.

—Un dia salió de tu casa una mu-

jer con ese cofre debajo del brazo, y habiéndola visto nuestros ajentes la siguieron hasta el palacio del teniente de policia en el barrio de San Jerman. Nosotros pudimos contener la desgracia en su orijen, pues con apoderarnos del cofre y detener á esa mujer hubiéramos vivido tranquilos; pero hemos obedecido los artículos de la constitucion, en la cual se dispone respetemos los medios reservados de que se valen ciertos socios para servir á la causa comun, aunque estos medios sean al parecer una imprudencia ó un viso de traicion.

Bálsamo abrobó aquel aserto, pero con un jesto tan poco marcado, que, á no ser por su anterior inmovilidad, nadie hubiera notado aquel jesto.

—La mujer de quien hablo llegó hasta el teniente do policia, dijo el presidente, entregó el cofre y todo se descubrió. Es verdad?

—Y tanto como lo es.

El presidente se puso en pie, y esclamó:

—Quién era esa mujer?.... hermosa,

apasionada, unida á tí por los lazos del cuerpo y del alma, la quieres en estremo, y es tan astuta, tan capciosa y de tanto talento como uno de esos ánjeles que en las tinieblas que ayudan al hombre á conseguir sus malos fines. Esa mujer es Lorenza Feliciani!

Bálsamo dejó escapar un rujido de desesperacion.

—Estás convicto, dijo el presidente.

—Sacad, pues, vuestras deducciones, dijo Bálsamo.

—Aun no he concluido. Al cabo de un cuarto de hora de haber entrado esa mujer en casa del teniente de policia entraste tú tambien, porque ella habia sembrado la traicion y tú ibas á recojer la recompensa; ella habia tomado sobre sí, como criada obediente, la perpetracion del crímen, y tú ibas á dar la última mano á aquella obra infame. Lorenza salió sola; sin duda renegaste de ella, y no quisiste comprometerte acompañándola: tú saliste triunfante con la Dubarry, llamada allí para oir de tu boca los indicios que querias te pagasen.... Subis-

te á la carroza de esa prostituta, como el barquero en la lancha con la pecadora Maria la Egipciaca, y dejaste á Mr. de Sartines las notas que nos perdian; pero te llevaste el cofre que podia perderte para con nosotros. Por fortuna no nos falta para las buenas ocasiones la luz del señor y hemos visto....

Bálsamo se inclinó sin decir una palabra.

—Ahora ya puedo formar deducciones, añadió el presidente. Para la órden hay dos delincuentes, una mujer cómplice tuya, que tal vez inocentemente, pero de hecho, ha causado perjuicio á la causa comun, revelando uno de nuestros secretos; y tú el maestre, tú el gran Copto, tú el rayo luminoso que has tenido la infamia de resguardarte con esa mujer para que apareciera tan á las claras la tricion.

Bálsamo levantó lentamente su pálido rostro, y fijó en los comisionados una mirada que revelaba todo el fuego que habia estado oculto en su pecho durante todo el interrogatorio.

—Por qué acusais á esa mujer? dijo.

—Ah! ya sabemos que procurarás defenderla, porque la idolatras y la prefieres á todo; ya sabemos que para tí es un tesoro de ciencia, dicha y fortuna; ya sabemos que para tí es un instrumento mas precioso que el mundo entero.

—Sabeis todo eso? dijo Bálsamo.

—Sí, lo sabemos y por lo mismo mayor será el castigo que le impongamos que á tí.

—Acabad...

El presidente se levantó y dijo:

—Hé aquí la sentencia: José Bálsamo es un traidor que ha faltado á sus juramentos; pero como su saber es inmenso, es muy útil á la órden. Bálsamo debe vivir para la causa á que ha hecho traicion; pertenece á sus hermanos aunque ha renegado de ellos.

—Ah! Ah! dijo Bálsamo con aire feroz y sombrio.

—Una prision perpétua protejerá á la asociacion contra sus nuevas perfidias, al mismo tiempo que permitirá á

los hermanos recojer de Bálsamo la utilidad que tiene derecho á esperar de cada uno de sus individuos. En cuanto á Lorenza Feliciani, un castigo terrible...

—Esperad, dijo Bálsamo con voz perfectamente tranquila; se os ha olvidado que no me he defendido, y que al reo debe oírsele antes de sentenciarle. Una palabra me basta, un documento nada mas; aguardadme un minuto, y os traeré la prueba que he prometido.

Los comisarios consultaron entre sí un momento.

—Oh! Temeis no me suicide? dijo Bálsamo con amarga sonrisa.... Si hubiese querido, ya estaria hecho, porque con lo que contiene esta sortija hay para mataros á todos cinco, como la abriera. Ahora, si temeis que me escape, comisionad una ó mas personas que me acompañen.

—Vé! dijo el presidente.

Bálsamo desapareció, pero al cabo de un minuto se le oyó bajar la escalera con pesadez.

A poco entró en la habitacion llevan-

do al hombro el cadáver tieso, frio y descolorido de Lorenza, cuya blanca mano colgaba hácia el suelo.

—Aquí teneis, esclamó, á esta mujer á quien adoraba, que era mi tesoro, mi único bien, mi vida. Efectivamente, señores, esta mujer ha cometido una traicion; tomadla pues, aunque Dios no os ha esperado para castigarla.

Y con un movimiento tan rápido como un relámpago bajó el cadáver del hombro á los brazos y lo arrojó sobre el tapiz á los pies de los jueces, á quienes rozaron, causándoles un horror profundo, los frios cabellos y las manos inertes de la difunta, mientras que á la luz de las lámparas se veia, enmedio de un cuello tan blanco como el del cisne, una ancha y profunda herida de un rojo siniestro.

—Sentenciad ahora, añadió Bálsamo.

Espantados los jueces lanzaron un grito terrible, apoderándose de ellos tal terror, que salieron huyendo en una confusion inesplicable. Pronto se oyó el relincho de los caballos en el patio, rechi-

nó la puerta sobre sus goznes, y en seguida volvió á reinar un silencio solemne junto á la muerte y la desesperacion.

CAPÍTULO LXVII.

El hombre y Dios.

Mientras se realizaba entre Bálsamo y los cinco maestres la escena terrible que acabamos de referir, nada habia cambiado al parecer el resto de la casa; pero el viejo vió entrar en su cuarto á Bálsamo y llevarse el cadáver de Lorenza, con lo cual recobró el conocimiento de cuanto pasaba en su derredor.

Sin embargo, al ver que Bálsamo se echaba al hombro el cadáver, y se volvia con él al piso bajo, creyó que aquella era la última vez que veria á aquel hombre, cuyo corazon habia destrozado, y temió quedar abandonado, temor que fue á aumentar los horrores de la muerte para el que todo lo habia intentado por no morir.

Como no sabia con qué objeto se alejaba Bálsamo, ni á donde iba, se puso á llamarle, diciendo:

—Acharat! Acharat!

Este era el nombre que le daba cuando Bálsamo era niño, y tenia esperanza de que fuese el que mas influencia habia conservado sobre el que ya era hombre.

Bálsamo seguia bajando, no obstante, y una vez abajo ni siquiera pensó en hacer subir la plancha, y se perdió en las profundidades del corredor.

—Ah! esclamó Althotas, véase lo que es el hombre; un animal ciego é ingrato: Acharat, vuelve: ah! prefieres el ridículo objeto llamado mujer á la perfeccion de la humanidad que yo represento; prefieres la vida, que es un fragmento á la inmortalidad!... Pero no, esclamó al cabo de un instante, no, ese pícaro ha engañado á su maestro, burlando mi confianza como un ratero; temia verme vivir, y como le aventajo tanto en saber ha querido heredar la obra laboriosa que casi habia conducido yo

hasta su fin, y me ha tendido un lazo, á mí que soy su maestro y bienhechor. Oh! Acharat.

Y poco á poco iba aumentándose la ira del viejo; sus mejillas volvian á tomar un colorido febril, en sus ojos medio abiertos aparecia el brillo sombrio de esas luces fosforescentes que los sacrílegos niños ponen en las órbitas de una calavera.

Entonces gritaba.

—Vuelve, Acharat, vuelve; mira lo que haces: ya sabes que poseo conjuros que evocan el fuego y suscitan los espíritus sobrenaturales; en los montes de Gad evoqué á Satanas, á quien los magos llamaban Fégor, y por mí abandonó los oscuros abismos presentándose á mi vista; en el mismo monte en que Moises recibió las tablas de la ley he hablado con los siete ánjeles ministros de la furia de Dios; con solo mi voluntad encendí la gran trípode de siete llamas que Trajano arrebató á los judíos: cuidado pues, Acharat, cuidado con lo que haces!

Pero nadie le respondia.

Entonces, turbada cada vez mas su razon, decia con voz ahogada:

—No ves, desventurado, que va á sorprenderme la muerte como á una criatura vulgar? Oye, Acharat, bien puedes volver, porque no te haré daño; vuelve pues, renuncio al fuego, nada tienes que temer del diablo ni de los siete ánjeles vengadores; renuncio á vengarme y eso que puedo causarte tal espanto que te volverias idiota, quedándote tan frio como el mármol, porque sé detener la circulacion de la sangre, Acharat. Vuelve pues, que no te haré ningun daño; al contrario, mira, puedo hacerte tanto bien!... Acharat, en vez de abandonarme, vela por mi vida y todos mis tesoros, todos mis secretos serán tuyos; haz que viva, Acharat, haz que viva, y te los mostraré. Mira!... mira!...

Y señalaba con la vista y un dedo tembloroso la multitud de objetos papeles y rollos que habia esparcidos por aquella habitacion.

En seguida aguardaba, renaciendo,

para escuchar sus propias fuerzas, que se debilitaban cada vez mas.

—Ah! no vuelves? seguia diciendo: y crees que he de morir así, y que todo irá á parar á tu poder luego que me asesines; (porque me estás matando) insensato! aun cuando supieras leer los manuscritos que solo mis ojos han podido descifrar; aun cuando el talento te diese mi saber durante una vida, dos y aun tres veces centenaria; aunque te suministrara el uso de todos estos materiales recojidos por mí no me heredarias, no. Vuelve, Acharat, vuelve, aunque no sea mas que para presenciar la ruina de toda esta casa, aunque no sea mas que para presenciar el hermoso espectáculo que te tengo preparado. Acharat! Acharat! Acharat!

Nadie le contestaba, porque durante este tiempo Bálsamo se ocupaba en responder á la acusacion de los maestres enseñándoles el cadaver de Lorenza; pero los gritos del viejo eran cada vez mas penetrantes, la desesperacion redoblaba sus fuerzas, y sus roncos ahullidos llegaban

hasta el corredor, infundiendo espanto á lo lejos, como sucede con los rujidos del tigre cuando rompe la cadena con que está atado, ó los hierros de la jáula donde está metido.

—Ah! conque no vuelves? decia Althotas rujiendo; conque me desprecias? Conque confias en mi debilidad? Pues bien, ahora lo verás; fuego! fuego! fuego!

Articuló estos gritos con tal rabia, que Bálsamo, que acababa de libertarse de la presencia de sus espantados visitantes, despertó de su letargo, volvió á tomar en brazos á Lorenza, subió de nuevo la escalera, puso el cuerpo en el sofá en que dos horas antes habia estado descansando, y colocándose en la plancha apareció de pronto á la vista de Althotas.

—Ah! al fin vuelves, gritó el anciano ébrio de gozo; sin duda has tenido miedo! Has visto que podia vengarme, y por eso has venido: has hecho bien en venir, pues si tardas un momento prendo fuego á esta habitacion.

Bálsamo le miró encojiéndose de hombros, pero sin dignarse contestar ni una palabra.

—Tengo sed, dijo Althotas; Acharat, dame agua, que tengo sed.

Bálsamo no se movió, pero miraba al moribundo como si tratara de no perder ni un minuto de su agonia.

—Lo oyes, Acharat? gritó Althotas.

El taciturno espectador guardó el mismo silencio y la misma inmovilidad que antes.

—No me has oido, Acharat? dijo el viejo, desgarrando la garganta para dar paso á su furia; mi agua, dame mi agua!

El semblante de Althotas se iba descomponiendo rápidamente.

Se apagó el brillo que despedian sus ojos, y solo brotaba de ellos un resplandor siniestro é infernal; la sangre no circulaba bajo su piel, no hacia jesto alguno, casi no salia de su boca ningun aliento; sus nervudos y largos brazos, en que habia llevado á Lorenza como si fuese una niña, se alzaban aun,

pero inertes y flotantes como las membranas del pólipo; y la ira habia gastado las pocas fuerzas que la desesperacion resucitó en él por un instante.

—Ah! dijo, te se figura que no muero tan pronto, y quieres que muera de sed. Ah! devoras con la vista mis manuscritos y tesoros, y crees que ya los tienes en tu poder.... Pues bien, espera, espera!

Y haciendo un esfuerzo supremo sacó de debajo de los almohadones de su sillon un frasquito: en seguida lo destapó y con el contacto del aire brotó una llama líquida del recipiente de vidrio, llama que Althotas vertió en torno suyo, con lo cual se asemejó á una criatura májica.

Al instante empezaron á arder como arde la pólvora aquellos manuscritos apilados alrededor del sillon del viejo, aquellos libros esparcidos por el cuarto, y los rollos de papel sacados á tanta costa de las pirámides de Cheops y de los primeros rejistros que se hicieron en Herculano. Un mantel de fuego se es-

tendió sobre el piso de mármol y ofreció á la vista de Bálsamo una cosa parecida á los flamíjeros círculos de que habla Dante.

Althotas esperaba sin duda que Bálsamo se precipitase enmedio de la llama para ver de salvar aquella herencia que el viejo destruia destruyéndose á sí mismo; pero se engañaba, pues Bálsamo permaneció tranquilo, retirándose á la movible plancha á fin de que la llama no pudiera alcanzarle.

Aquella llama envolvia á Althotas, pero en vez de asustarse no parecia sino que el viejo se hallaba en su elemento, y que la llama, como hace con la salamandra esculpida en nuestros desmoronados castillos; le acariciaba en lugar de quemarle.

Bálsamo seguia mirándole, mientras la llama seguia su curso apoderándose de las maderas y rodeando completamente al viejo: á poco rastreaba al pie del sillon de encina maciza en que aquel estaba sentado, siendo lo mas estraño que aunque empezó á devorar la

parte baja de su cuerpo parecia que no lo sentia.

Al contrario, con el contacto de aquel fuego purificador, al parecer fuéronse aflojando los músculos del moribundo gradualmente, y una serenidad desconocida invadió todas las facciones de su rostro como si se hubiera puesto una careta. Aislado del cuerpo en su última hora, parecia que el viejo profeta se preparaba para subir al cielo en su carro de fuego; omnipotente en aquella hora suprema, el espíritu se olvidaba de la materia, y seguro de que nada tenia que esperar, se trasladaba con enerjia hacia las esferas superiores á que el fuego parecia querer conducirle.

Desde aquel momento los ojos de Althotas, que recobraron la vida, cuando se estendió el primer reflejo de la llama, tomaron como punto de vista una cosa vaga y perdida, que ni era el cielo ni la tierra, sino que queria al parecer atravesar el horizonte tranquilo y resignado, analizando las sensaciones y escuchando hasta el menor dolor. En-

tonces, como si fuera la última vez que resonaba en el mundo, el mago se despidió, con sordo acento, del poder, la vida y la esperanza.

—Vamos, vamos, dijo, muero sin sentimiento, porque todo lo he poseido, todo lo he conocido; he podido cuanto es dable que pueda la criatura, y tocaba en los límites de la inmortalidad.

Bálsamo soltó una lúgubre carcajada, cuyo ruido llamó la atencion al viejo.

Entonces le lanzó Althotas, á través de las llamas que le envolvian como un velo, una mirada impregnada de una majestad feroz.

—Sí, dijo, tienes razon, hay una cosa que no habia previsto; no habia previsto que hay un Dios.

Y como si esta palabra poderosa hubiese arrancado de cuajo su alma, Althotas se recostó en su sillon y dió su último suspiro á Dios, á pesar de que habia esperado sustraerse á él.

Bálsamo exhaló un jemido, y sin cuidarse de preservar nada de la hoguera

preciosa en que se habia tendido aquel nuevo Zoroastres para morir; se volvió al lado de Lorenza y soltó el resorte de la plancha, la cual fue á encajarse en el techo, ocultando á su vista la inmensa fragua que hervia como el cráter de un volcan.

Toda la noche estuvo mujiendo la llama sobre la cabeza de Bálsamo como un huracan, sin que este hiciese nada para apagarla ó libertarse de ella, porque era insensible á todos los riesgos junto al cuerpo tambien insensible de Lorenza; pero contra lo que esperaba, despues que el fuego lo devoró todo, dejando desunida la bóveda de ladrillo, cuyos preciosos adornos habia destruido, se apagó, y Bálsamo oyó sus últimos rujidos, que se parecian á los de Althotas, y que dejenerando en quejas como las del viejo, murieron tambien en suspiros.

CAPÍTULO LXVIII.

En que se desciende á la tierra.

El duque de Richelieu se hallaba en el dormitorio de su palacio de Versalles tomando su chocolate con vainilla en compañia de Mr. Rafté, quien le estaba rindiendo cuentas.

Ocupado el duque con su rostro, que miraba de lejos en un espejo, ponia muy poca atencion en los cálculos mas ó menos esactos de su secretario.

De pronto anunció una visita cierto ruido de zapatos que crujian en la antesala, y el duque despachó con presteza lo que le quedaba del chocolate, mirando con inquietud hácia la puerta.

Habia dos horas en que Mr. de Richelieu, lo mismo que las viejas coquetas, no tenia gusto en recibir á todo el mundo.

El ayuda de cámara anunció al señor de Taverney.

Sin duda iba á responder el duque por medio de alguna escapatoria, que hubiera aplazado para otro dia, ó á lo menos para otra hora, la visita de su amigo; pero así que se abrió la puerta se precipitó en la habitacion el petulante viejo, dió de paso la punta de los dedos al mariscal, y corrió á sepultarse en una butaca, que crujió con el choque mucho mas que con el peso.

Richelieu vió pasar á su amigo á manera de esos hombres fantásticos, en cuya existencia nos ha hecho creer despues Hoffman, oyó el crujido de la butaca y un enorme suspiro, y volviéndose hácia su visitante:

—Eh! baron, dijo, qué hay de nuevo que vienes mas triste que un muerto?

—Triste, dijo Taverney, triste?

—Sí, pardiez, porque me parece que el suspiro que acabas de exhalar no es de alegria.

El baron miró al mariscal con un aire que queria decir que mientras Rafté estuviese allí no esplicaria la causa de aquel suspiro.

Rafté lo comprendió sin tomarse el trabajo de volverse, porque tambien él, lo mismo que su amo, miraba de vez en cuando los espejos.

En consecuencia, dió muestras de discrecion retirándose.

El baron le siguió con la vista, y así que se cerró la puerta tras él, dijo:

—Duque, no estoy triste, sino mortalmente inquieto.

—Bah!

—No faltaba mas, esclamó Taverney juntando las manos, sino que vinieras ahora echándotela de admirado. Pronto hace un mes que me estás entreteniendo con palabras vagas, como, por ejemplo: «no he visto al rey;» ó bien «el rey no me ha visto;» ó bien tambien: «el rey me pone mala cara.» Vive Dios, duque, que no es así como se responde á un amigo antiguo! Es preciso que tengas entendido que un mes es una eternidad!

Richelieu se encojió de hombros.

—Y qué diablos quieres que te diga, baron? replicó.

—Qué?... la verdad.

—Pues ya te la he dicho, voto al demonio! Siempre te estoy soplando al oido la verdad. solo que tu no quieres creerla.

—Cómo quieres hacerme creer que un duque, un par, un mariscal de Francia, y todo un jentil-hombre de cámara no ve al rey, cuando va todas las mañanas á palacio al tiempo de levantarse aquel.

—Lo he dicho y lo repito, y no porque no sea creible deja de ser menos cierto. Yo duque y par, yo mariscal de Francia, yo jentil-hombre de cámara. voy todos los dias á palacio á la hora de levantarse el rey....

—Y no te habla, interrumpió Taverney, ni hablas tu con él? Mira que yo no me trago semejantes bolas!

—Eh! baron, veo que te vas haciendo un poco impertinente, y me desmientes como si tuviéramos cuarenta años menos, y nuestra antigua viveza estuviese en su punto.

—Pues si es cosa de desesperarse, duque!

—Ah! eso es otra cosa; desespérate querido, desespérate todo lo que te se antoje, que tambien me desespero yo.

—Tú?

—Y creo que hay motivo, pues ya te he dicho que desde aquel dia no me ha mirado el rey, que S. M. me ha vuelto la espalda constantemente; que cada vez que he creido debia mostrarle una grata sonrisa me ha contestado con un jesto espantoso; y en fin, que estoy cansado de ir á Versalles para que me hucheen. Vamos, qué quieres que haga á esto?

Taverney se mordia cruelmente las uñas durante aquella réplica del mariscal.

—No lo entiendo, dijo por último.

—Ni yo, baron.

—Verdaderamente creeria cualquiera que el rey se divierte con tus inquietudes, porque al fin....

—Eso es lo que digo, baron. Al fin....

—Vamos, duque, tratemos de salir de este apuro, tratemos de apelar á al-

guna astucia que nos valga una esplicacion.

—Baron, baron, repuso Richelieu, cuidado que es peligroso provocar esplicaciones por parte de los reyes.

—Es ese tu modo de pensar?

—Sí. Quieres oirme?

—Habla.

—Pues bien, desconfio algo.

—Y de qué? preguntó el baron con arrogancia.

—Vuelta á enfadarse.

—Me parece que hay motivo.

—Pues entonces no hablemos mas de esto.

—Al contrario, hablemos, pero esplícate.

—Está visto que el diablo te ha cojido por las esplicaciones, y de veras te digo que es una monomania. Tenlo presente.

—Me encanta tu flema, duque; estás viendo que todos nuestro planes se han paralizado y que en todos mis asuntos se nota una estancacion inesplicable, y me aconsejas que aguarde.

—En qué consiste esta estancacion? Veamos.

—En primer lugar, mira.

—Una carta?

—Sí, de mi hijo.

—Ah! el coronel.

—Sí, bonito coronel.

—Qué tienes que decir sobre esto?

—Que tambien hace cerca de un mes que Felipe espera en Reims el nombramiento que el rey le ha prometido; que este nombramiento no llega, y el rejimiento va á salir dentro de dos dias.

—Diablo? Conque marcha el rejimiento?

—Sí, á Strasburgo: de suerte que si para dentro de dos dias no ha recibido Felipe el real despacho....

—Qué sucederá?

—Nada, dentro de dos dias estará aquí Felipe.

—Sí, ya lo entiendo, se han olvidado del pobre muchacho, como suele suceder en las oficinas organizadas como lo están las del nuevo ministerio. Ah!

si hubiese yo sido ministro, ya se habria espedido el despacho.

—Hum! murmuró Taverney.

—Qué dices?

—Que no creo una palabra.

—Cómo es eso?

—Si hubieras sido ministro habrias enviado á Felipe á todos los diablos.

—Oh!

—Y á su padre tambien.

—Oh! oh!

—Y á su hermana mucho mas lejos.

—Me da gusto hablar contigo, Taverney, porque eres hombre de talento; pero doblemos la hoja.

—Harto lo deseo por mí; pero lo que es mi hijo no puede doblarla porque se halla en muy mala posicion. Duque, es preciso absolutamente ver al rey.

—Ya te he dicho que no hago otra cosa.

—Y hablarle.

—Ten presente, querido, que no se habla al rey cuando él no nos habla á nosotros.

—Pues obligarle á ello.

—Ah! yo no soy el papa para tanto.

—Entonces, dijo Taverney, me decido á hablar á mi hija, porque en todo esto hay algun rejistro oculto, señor duque.

Estas palabras produjeron un májico efecto.

Richelieu habia sondeado á Taverney, y como sabia que era tan desconfiado como Mr. Lafare ó Mr. de Nocé, que fueron amigos suyos en sus mocedades, y cuya reputacion se habia conservado intacta, temia la alianza del padre con la hija, temia en fin una cosa desconocida que le causase algun disfavor.

—Pues bien, no te enfades, dijo, volveré á dar otro paso; pero necesito un pretesto.

—Pues no lo tienes?

—Yo?

—Sin duda.

—Y cuál es?

—El rey ha hecho una promesa.

—A quién?

—A mi hijo, y...

—Sigue.

—Puede recordársele esa promesa.

—En efecto, es un medio. Tienes ahí la carta?

—Sí.

—Pues dámela.

Taverney la sacó del bolsillo y la alargó al duque, encargándole fuese tan atrevido como circunspecto.

—Sí; une el fuego y el agua, dijo Richelieu: bien se ve que estamos disparatando, pero no importa; el vino está echado y es preciso beberlo.

Esto diciendo tocó la campanilla.

—A vestirme, y que pongan el coche, dijo el duque.

En seguida volviéndose á Taverney preguntó como alarmado.

—Vas á presenciar mi tocado, baron?

Taverney comprendió que no daria mucho gusto á su amigo si se quedaba, y así dijo:

—No, querido, me es imposible, porque tengo que dar una vuelta por ahí; cítame para alguna parte.

—Bien, nos veremos en palacio.

—Corriente.

—Conviene que tú tambien veas á su Majestad.

—Lo crees tu asi dijo Taverney sumamente gozoso.

—No solo lo creo sino que lo exijo, porque quiero que te asegures por tí mismo de la exactitud de mi palabra.

—No dudo, pero al fin, si tú quieres...

—Te gusta esto mas, eh?

—Sí, te lo digo con franqueza.

—Pues bien, en la galeria de los espejos debes situarte á las once, mientras yo esté con S. M.

—Corriente, adios.

—Cuidado con guardarme rencor, querido, dijo Richelieu, quien tenia empeño en no atraerse un enemigo, que aun se ignoraba si tendria ó no poder.

Taverney subió en su carroza y se marchó solo y pensativo á par un paseo por el jardin, mientras que entregado Richelieu á sus ayudas de cámara se rejuvenecia á sus anchas, ocupacion importante en que invirtió el ilustre vencedor de Mahon nada menos que dos horas.

Sin embargo, Taverney le habia concedido mas tiempo allá en su imajinacion, y como estaba en acecho, á las once en punto vió que la carroza del mariscal se paraba delante de las gradas de palacio, donde los oficiales que estaban de servicio saludaron á Richelieu, mientras que los porteros le introducian.

El corazon de Taverney palpitaba con fuerza; pero abandonó su paseo, y lentamente, mas lentamente que lo que permitia su inquieta imajinacion se dirijió á la galeria de los espejos, donde estaban apostados muchos cortesanos poco favorecidos, varios oficiales provistos de su correspondiente memorial y algunos hidalgos de gotera, pareciéndose todos ellos á estátuas colocadas en el resbaladizo pavimento, pedestal sumamente adecuado al jénero de figuras enamoradas de la fortuna.

Taverney se perdió suspirando en la multitud, teniendo no obstante la precaucion de cojer un esquinazo, junto al que debia pasar el mariscal cuando saliese de la réjia cámara.

—Oh! murmuraba entre dientes, que me vea yo confundido con estos hidalgos pelones y esos oficiales de sucio plumero, yo que cené mamo á mano con S. M. habrá un mes!

Y de su arrugado entrecejo salia mas de una sospecha infame que hubiera hecho avergonzar á la pobre Andrea.

CAPÍTULO LXIX.

La memoria de los reyes.

Segun habia prometido Richelieu fue á colocarse como un valiente donde pudiera verle S. M. en el momento en que le daba una camisa Mr. de Condé.

Cuando el rey divisó al mariscal hizo un movimiento tan brusco, al querer volver la cara á otro lado, que faltó poco para que la camisa cayese al suelo, y el príncipe retrocedió sorprendido.

—Perdonadme, primo, dijo Luis XV, á fin de probar al príncipe que no era

por este aquel brusco movimiento.

Así es que Richelieu comprendió perfectamente que él era la causa de aquella furia.

Pero como iba decidido á provocarla en caso necesario á fin de tener una esplicacion formal, varió de aspecto como en Fontenoy, y fue á situarse en un sitio por donde debia pasar el rey para entrar en su gabinete.

Cuando el monarca dejó de ver al mariscal se puso á hablar libremente y con gracia, vistióse, proyectó una cacería en Marly, y habló acerca de ella largo y tendido con su primo, porque los señores de Condé siempre han pasado por muy buenos cazadores.

Al dirijirse á su gabinete, cuando ya se habia retirado todo el mundo, vió á Richelieu dispuesto con gracioso ademan á hacerle la reverencia mas bonita que se ha hecho desde Lauzun, quien, como es sabido, saludaba tan bien.

Luis XV se paró casi aturrullado.

—Todavia estais aquí, señor de Richelieu? dijo.

—Sí, á las órdenes de V. M.

—Conque no dejais á Versalles?

—En el espacio de cuarenta años, señor, rara vez me he alejado de aquí para otra cosa que no sea el servicio de V. M.

El rey se detuvo enfrente del mariscal.

—Vamos, dijo, vos quereis alguna cosa, no es verdad?

—Yo señor! dijo Richelieu sonriéndose: y ¿qué he de querer?

—Pues entonces por qué me perseguís, duque? Sí, voto al diablo, me estais persiguiendo.

—Me alegro que lo conozcais, señor; efectivamente os persigo, pero es con mi cariño y respeto.

—Oh! finjís que no me entendeis, pero no es así. Pues bien, sabed señor mariscal que yo nada tengo que deciros.

—Nada señor?

—Nada absolutamente.

Richelieu se armó de profunda indiferencia.

—Señor, dijo, siempre he tenido la

fortuna de decirme á mi mismo, en mi alma y conciencia, que mi asistencia contínua al lado del rey era desinteresada; y esto, señor, es muy importante, porque lo mismo ha sido en los cuarenta años de que he hablado á V. M. Así es que nunca dirán los envidiosos que el rey me ha concedido alguna cosa; afortunadamente lo que es sobre esto tengo mi reputacion bien sentada.

—Vamos, duque si necesitais algo para vos pedidlo, pero que sea pronto.

—Señor, nada necesito, y por ahora me limito á suplicar á V. M....

—El qué?

—Que tengais á bien consentir en que os dé las gracias personalmente....

—Quién?

—Señor, un sugeto que os debe un gran favor.

—Pero quién es?

—Un sugeto, señor, á quien V. M. ha dispensado la insigne honra.... Ah! cuando uno ha tenido el honor de sentarse á la mesa de V. M.; cuando ha disfrutado de esa conversacion tan deli-

cada, y de esa alegria tan arrebatadora que convierte á V. M en el Anfitrion mas divino que puede darse, nunca lo olvida, y se acostumbra á un trato tan dulce.

—Teneis un pico de oro, señor de Richelieu.

—Señor...

—En suma, de quién quereis hablarme?

—De mi amigo Taverney.

—De vuestro amigo! esclamó el rey.

—Perdonadme, señor.

—Taverney! prosiguió el monarca con una especie de espanto que causó gran admiracion al duque.

—Qué quereis, señor? es un antiguo camarada....

Y se detuvo un instante.

—Hombre que sirvió á las órdenes de Villars conmigo.

Y volvió á detenerse.

—Ya sabeis, señor, que en este mundo se llama amigos á cuantos conocemos, ó por mejor decir, á cuantos no son

enemigos nuestros; pero esta es una palabra cortesana que muchas veces no encubre gran cosa.

—Esa palabra es muy comprometida, duque, repuso el rey con aspereza, y conviene usarla con reserva.

—Los consejos de V. M. son preceptos de sabiduria. De consiguiente Mr. de Taverney...

—Es un hombre inmoral.

—Pues bien, señor, á fe de caballero que lo habia sospechado.

—Un hombre sin delicadeza, señor mariscal.

—En cuanto á su delicadeza, señor, no hablaré de ella delante de V. M., porque yo solo salgo garante de lo que conozco.

—Cómo es eso! Conque no salís garante de la delicadeza de vuestro amigo, de un servidor antiguo, de un hombre que ha servido con vos á las órdenes de Villars, y que me habeis presentado? Sin embargo, le conoceis, no es verdad?

—Ciertamente que sí, señor, pero

no su delicadeza. Sully decia á vuestro abuelo Enrique IV que habia visto salir su fiebre vestida con un traje verde; mas yo confieso humildemente, señor, que nunca he sabido cómo se viste la delicadeza de Taverney.

—En fin, mariscal, os digo que es un pícaro y que ha hecho un papel muy feo.

—Oh! si V. M. lo dice.

—Si señor, lo digo yo!

—Pues bien, respondió Richelieu, con hablar asi me saca V. M. de un apuro. Sí, lo confieso. Mr. de Taverney no es un pimpollo de delicadeza, y harto lo habia conocido; pero en fin, señor, hasta que V. M. no se dignara manifestar su opinion.

—Mi opinion es bien terminante, mariscal; le detesto

—Ah! una vez pronunciada la sentencia no hay mas que hablar, señor; afortunadamente para ese infeliz, continuó diciendo Richelieu, intercede por él una consideracion poderosa.

—Qué es lo que quereis decir?

—Que si el padre ha tenido la desgracia de disgustar al rey...

—Y mucho.

—No digo que no, señor.

—Pues entonces qué es lo que decis?

—Digo que cierto ánjel de ojos azules y pelo rubio....

—No os entiendo, duque.

—Eso se concibe muy bien, señor.

—Sin embargo, confieso que desearia entenderos

—Un profano como yo tiembla, señor, á la idea de alzar un pico del velo que cubre tantos misterios amorosos y encantadores; pero, lo repito, cuántas gracias no tiene que dar Taverney á la que amansa en favor suyo la réjia indignacion! Oh! sí, la señorita Andrea debe ser un ánjel.

—La señorita Andrea es un monstruo de fealdad, como su padre lo es de inmoralidad, esclamó el rey.

—Bah! dijo Richelieu, cuyo asombro llegaba á su colmo; todos nos engañábamos, y aquella apariencia de hermosura....

—Nunca me hableis de esa joven, duque, porque me estremezco solamente al pensar en ella.

Richelieu juntó las manos con hipocresía, y dijo:

—Oh Dios mio, lo que son las esterioridades! Si V. M., que es el primer apreciador del reino; si V. M., que nunca se engaña, no me asegurase eso, cómo habia de darle crédito?... Cómo! señor, conque tanto ha variado?

—No solo ha cambiado sino que está atacada de una enfermedad espantosa .. ha sido una alevosia. Pero por Dios no me digais ni una palabra mas acerca de ella, si no quereis matarme.

—Cielos! esclamó Richelieu, no volveré á mentarla, señor. Matar á V. M.! Oh! Qué tristeza! Qué familia! Qué desgraciado debe ser ese pobre mozo!

—De quién hablais?

—Oh! lo que es esta vez de un servidor de V. M. tan fiel y sincero como adicto. Oh! este sí que es un modelo, señor, y bien lo ha conocido así V. M. Lo que es ahora, yo respondo de

que no han recaido los favores en un mal súbdito.

—Pero de quién se trata, duque? Hablad, que tengo prisa.

—Hablo, respondió Richelieu con dulzura, del hijo del uno, señor, y del hermano de la otra; hablo de Felipe de Taverney, de ese guapo muchacho á quien V. M. ha dado un rejimiento.

—Yo! Yo he dado un rejimiento á uno?

—Sí, señor, un rejimiento que Felipe de Taverney espera aun á estas horas, es verdad, pero que al fin y al postre ha dado V. M.

—Yo?

—Ya lo creo, señor.

—Sin duda estais loco.

—Bah!

—Yo no he dado, tal cosa mariscal.

—De veras?

—Pero á que diablos os meteis en esas cosas?

—Señor...

—Teneis algo que ver en esto?

—Yo? maldita la cosa.

—Entonces habeis jurado quemarme á

fuego lento con ese haz de espinas.

—Qué quereis, señor? ahora veo que estaba engañado; pero me parecia que V. M. habia prometido...

—Eso no es cosa mia, duque; para eso está el ministro de la guerra; yo no doy rejimientos.... Un rejimiento! Vaya una bola que os han encajado! Vamos, está visto que sois el procurador de toda esa camada: cuando yo decia que hacíais mal en hablarme; me habeis revuelto toda la sangre.

—Oh! Señor.

—Sí, revuelto; en todo el dia no voy á poder dijerir la píldora. Maldito procurador!

Y esto diciendo, el rey volvió la espalda al duque y se refujió furioso en su gabinete dejando á Richelieu agobiado bajo el peso de su desgracia.

—Ah! lo que es ahora, murmuró el mariscal, ya sabemos á que atenernos.

Y sacudiéndose con el pañuelo, porque en el calor del choque se habia empolvado de arriba abajo, se dirijió hácia la galeria, en cuyo ángulo le estaba

esperando su amigo con devoradora impaciencia.

Apenas apareció el mariscal, cuando lo mismo que una araña cae sobre su presa acudió el baron para adquirir noticias frescas.

Con los ojos avizorados, llevando el corazon en la boca y formando con los brazos una guirnalda, se presentó á Richelieu preguntándole:

—Qué hay de nuevo?

—Lo que hay de nuevo, señor baron, respondió Richelieu irguiéndose, poniendo una boca desdeñosa y dando un ataque despreciativo á la pechera de su camisa, es que os suplico no volvais á dirijirme la palabra.

Taverney miró al duque absorto.

—Sí, habeis disgustado en gran manera al rey, continuó Richelieu, y el que disgusta al rey me ofende á mí.

Estupefacto Taverney, se quedó clavado en el suelo como si sus pies hubiesen echado raices en el mármol.

Entretanto Richelieu prosiguió su camino.

Luego, asi que llegó á la puerta de la galeria de los espejos, donde le esperaba el lacayo, dijo:

—A Luciennes.

Y desapareció.

CAPÍTULO LXX.

Los desmayos de Andrea.

Cuando Taverney recobró los sentidos y profundizó lo que llamaba su desgracia, comprendió que habia llegado el momento de tener una esplicacion séria con la causa principal de todas aquellas alarmas.

En consecuencia, lleno de cólera é indignacion, se dirijió hácia la morada de Andrea.

La jóven daba la última mano á su tocado alzando sus redondos brazos para formar dos bucles detras de la oreja con unas trenzas de pelo que se mantenian rebeldes.

Andrea oyó los pasos de su padre

en la antesala, en el momento en que con su libro debajo del brazo iba á atravesar la habitacion.

—Ah! buenos dias Andrea, dijo Mr. de Taverney; vas á salir?

—Si, papá.

—Sola?

—Ya lo veis.

—Conque todavia no tienes á nadie?

—Desde que desapareció Nicolasa no he vuelto á tomar doncella.

—Asi no puedes estar, Andrea, porque ni puedes vestirte, ni brillar en la corte; ya sabes que te encargué otra cosa.

—Dispensadme, papá, pero me está esperando la señora delfina.

—Te aseguro, Andrea, replicó Taverney, acalorándose á medida que hablaba; os aseguro, señorita, que con esa sencillez acabareis por caer aquí en ridículo.

—Papá...

—El ridículo mata en todas partes, pero en la corte mucho mas.

—Bien, señor, trataré de poner re-

medio; pero lo que es en este instante, la señora delfina me dispensará el que no me haya vestido con mas elegancia, por la prisa que tengo de trasladarme á su lado.

—Vete pues, y vuelve así que te veas libre, porque tengo que hablarte de un asunto muy sério.

—Bien, papá, dijo Andrea.

Y trató de seguir su camino.

El baron fijó en ella la vista y esclamó:

—Aguardad, aguardad; así no podeis salir, se os ha olvidado el colorete, señorita, y teneis una palidez que repugna.

—Yo, papá? dijo Andrea parándose.

—En verdad que no sé en qué pensais cuando os mirais al espejo. Vuestras mejillas están amarillas como la cera, y teneis ojeras de una cuarta. Cuando se está así no se sale, señorita, so pena de causar miedo á la jente.

—No he tenido tiempo de componerme papá.

—Es una cosa terrible, esclamó Ta-

verney encojiéndose de hombros; en el mundo no se encontrará una mujer por el estilo, y sin embargo es hija mia. Qué cambio tan atroz! Andrea, Andrea.

Pero Andrea estaba al pie de la escalera.

Desde allí se volvió

—A lo menos, esclamó Taverney, decid que estais mala, haceos la interesante, vive Cristo! ya que no quereis parecer bella.

—Oh! en cuanto á eso, papá, es cosa fácil y no mentiré si digo que estoy mala, porque efectivamente sufro en este momento.

—Bien, dijo el baron refunfuñando; solo nos faltaba que se pusiera mala.

Y añadió entre dientes:

—Mal hayan las mujeres gazmoñas!

En seguida volvió á entrar en el cuarto de su hija, donde se ocupó minuciosamente en buscar cuanto pudiera ayudar sus conjeturas y labrar una opinion.

Durante este tiempo Andrea atravesaba la esplanada y costeaba los jardines, levantando de vez en cuando la ca-

beza como si quisiera buscar en el aire aspiraciones mas fuertes, porque el perfume de las flores penetraba con demasiada violencia en su cerebro conmoviendo todas sus fibras.

Atacada de este modo, tambaleándose á los rayos del sol, y buscando un apoyo en torno suyo, llegó la jóven, luchando con un malestar desconocido, hasta las antesalas de Trianon, donde la Sra. de Noailles, que se hallaba de pie en el gabinete de la delfina, dió á entender desde luego á Andrea que ya era hora y que la estaban esperando.

En efecto, el abate***, lector en propiedad de la princesa, almorzaba con S. A. R., quien solia conceder tamaño favor á las personas á quienes trataba con intimidad.

El abate elojiaba los panecillos con manteca, que las amas de gobierno alemanas saben amontonar con tanta industria en derredor de una taza de café con crema.

En lugar de leer hablaba el abate y referia á la delfina todas las noticias

de Viena que habia adquirido en casa de los redactores de gacetas y diplomáticos, pues en aquella época se tramaba de política á cara descubierta; siendo tan buena ciertamente como la que se ventila en los antros mas ocultos de las chancillerías, y no era cosa rara el que se supiesen en el ministerio noticias que los señores de Palais-Royal ó de los bosquecillos de Versales habian adivinado, ya que no inventado.

El abate hablaba sobre todo de las voces que corrian acerca de un motin clandestino con motivo de la carestía de los granos, motin, que, segun decia, bia cortado en su orijen Mr. de Sartines enviando á la Bastilla á cinco de los monopolistas.

Andrea entró, y como tambien tenia la delfina dias de capricho y dolor de cabeza, el abate le habia interesado, fastidiándole que Andrea llegase con el libro despues de aquella conversacion.

En consecuencia dijo á su lectora que hiciese por no faltar otra vez á la hora señalada, añadiendo que habia cosas

que eran buenas por la oportunidad conque se hacian.

Abochornada Andrea con aquella reconvencion, y resentida sobre todo de la injusticia nada contestó, á pesar de que hubiera podido decir que la habia detenido su padre y habia tenido que ir despacio por estar mala.

No; turbada, aflijida, inclinó la cabeza, y como si fuera á morir cerró los ojos y perdió el equilibrio.

A no ser por la señora de Noailles hubiera caido al suelo.

—Qué poca firmeza de ánimo teneis, señorita! murmuró la señora Etiqueta.

Andrea no contestó.

—Duquesa, se pone mala, esclamó la delfina levantándose para acudir á socorrer á Andrea.

—No, no, replicó Andrea con viveza é inundados los ojos de lágrimas: estoy bien, ó por mejor de decir me siento mejor.

—Mirad, duquesa, está tan blanca como su pañuelo. Yo tengo la culpa por haberle reñido. Pobre niña! Vamos, sentaos.

—Señora...

—Cuando yo lo mando!... Abate, dadle vuestra silla de tijera!

Andrea se sentó, y bajo la dulce influencia de aquella bondad, poco á poco se fue serenando su imajinacion y sus mejillas recobraron el color.

—Y bien, señorita, podeis leer ahora? preguntó la delfina.

—Oh! sí, de seguro, ó á lo menos asi lo espero.

Y Andrea abrió el libro por el sitio en que habia suspendido su lectura la víspera, y con voz que trató fuese reposada para hacerla mas intelijible y grata y dió principio.

Pero apenas habian recorrido sus ojos el contenido dos ó tres pájinas, empezaron á revolotear aquellos átomos negros que tenia á la vista, arremolináronse y no pudo descifrarlos.

Andrea volvió á ponerse pálida; un sudor frio se desprendió de su pecho y subió á la frente, y el negro círculo que Taverney advirtió en los párpados de su hija se ensanchó, pero de tal modo que

la delfina, á quien la vacilacion de Andrea habia hecho levantar la cabeza, esclamó:

—Otra vez!.... duquesa, esta niña está mala; mirad como pierde el conocimiento.

Y lo que es aquella vez la misma delfina recorrió á un frasquito de sales que hizo respirar á su lectora. Reanimada Andrea con esto, trató de recojer el libro, pero inútilmente, pues sus manos conservaban un temblor nervioso que nada pudo calmar durante unos cuantos minutos.

—No hay duda, duquesa, dijo la delfina; Andrea está mala y no quiero que se ponga peor quedándose aquí.

—En ese caso, dijo la duquesa, será preciso que la señorita se vuelva á su aposento cuanto antes.

—Y por qué, señora? preguntó la delfina.

—Por qué? replicó la camarera mayor haciendo una profunda reverencia, porque así empiezan las viruelas.

—Las viruelas?

—Sí, por desmayos, síncopes y calofrios.

El abate se creyó esencialmente comprometido en el riesgo que señalaba la señora de Noailles, porque levantó el campo, y gracias á la libertad que le daba aquella indisposicion de una mujer, se escabulló de puntillas y con tanta destreza que nadie notó su desaparicion.

Cuando Andrea se vió, por decirlo así, en brazos de la delfina, le devolvió las fuerzas, ó mas bien el valor, la vergüenza que le causaba el haber incomodado hasta tal punto á una princesa tan grande, y se acercó á la ventana para respirar.

—Así no se toma el aire, querida mia, dijo la delfina; regresad á vuestra habitacion, que yo haré os acompañen.

—Oh! os aseguro, señora, dijo Andrea, que ya estoy repuesta, y podré irme sola, ya que V. A. tiene la bondad de permitirme que me retire.

—Sí, sí, y no tengais cuidado, pro-

siguió la delfina; otra vez no se os reñirá, puesto que sois tan sensible.

Conmovida Andrea con semejante bondad, propia de una hermana cariñosa, besó la mano á su protectora y salió de la habitacion, no sin que la delfina la siguiese con la vista inquieta.

Cuando se hallaba al pie de las gradas le gritó la delfina desde la ventana:

—No entreis tan pronto en vuestro aposento, señorita, sino dad un paseo por los jardines, porque ese sol os hará mucho provecho.

—Oh! Dios mio, y qué amable es V. A.! murmuró Andrea.

—Ademas, hacedme el favor de enviarme el abate, que está allá abajo estudiando botánica en un cuadro de tulipanes de Holanda.

Andrea tuvo que dar un rodeo y atravesar el jardin para ir á donde se hallaba el abate.

Por lo demas, caminaba con la cabeza baja, algo tarda todavia con el peso de los estraños mareos que la molestaban desde por la mañana, y no po-

nia la menor atencion en los pájaros que se perseguian asustados unos á otros sobre los setos y floridos hojaranzos, ni en las abejas que zumbaban sobre el tomillo y las lilas.

Ni siquiera observó á veinte pasos de distancia de donde ella se hallaba dos hombres que estaban hablando juntos, y uno de los cuales la seguia con la vista alarmado y confuso.

Aquellos dos hombres eran Jilberto y Mr. de Jussieu.

El primero apoyado sobre su hazada, escuchaba al sabio profesor, quien le esplicaba cómo se riegan las plantas lijeras, de modo que el agua no haga mas que pasar por las tierras sin estancarse en ellas.

Jilberto escuchaba al parecer con ansia la demostracion, y á Mr. de Jussieu no le causaba estrañeza semejante ardor por aprender, porque la espresada demostracion era una de las que escitan aplausos en los bancos de los estudiantes en un curso público. Ahora bien, no era una fortuna inapreciable

para un pobre aprendiz de jardinero, que un maestro de tanto mérito le diese leccion en presencia nada menos que de la naturaleza?

—Mira, hijo, decia Mr. de Jussieu, aquí tienes cuatro clases de terreno, y si yo quisiera descubriria otras diez mas mezcladas con esas cuatro principales; pero esa distincion seria algo sutil para un aprendiz de jardinero. Siempre resulta que el florista debe probar la tierra como el jardinero la fruta; me has entendido bien, Jilberto?

—Sí señor, respondió este, con los ojos fijos y la boca medio abierta, porque habia visto á Andrea, y situado como estaba, podia seguir mirándola sin dar que sospechar al profesor que su demostracion no era escuchada y comprendida relijiosamente.

—Para probar la tierra, dijo Mr. de Jussieu creyendo equivocadamente que Jilberto prestaba atento oido, por un puñado en una coladera, echa sobre ella con tiento unas cuantas gotas de agua, y prueba ese agua cuando se filtre por

la tierra. Los sabores salinos, ó agrios, ó insípidos, ó perfumados con ciertas esencias naturales se adaptarán á las mil maravillas al jugo de las plantas que quieras que broten en ese terreno, porque, como dice tu antiguo amo Mr. de Rousseau, todo es analojía, asimilacion y tendencia á la homojeneidad.

—Oh! Dios mio! esclamó Jilberto estendiendo los brazos hácia delante.

—Qué es eso?

—Que se desmaya, señor, que se desmaya.

—Quién? Estás loco?

—Ella, ella.

—Ella?

—Sí, se apresuró á decir Jilberto, una dama.

—Y su espanto y su palidez le hubieran vendido tanto como la palabra *ella*, si Mr. de Jussieu no hubiera separado de él la vista para seguir la direccion de su mano.

Siguiendo aquella direccion Mr. de Jussieu vió efectivamente, á Andrea que habia ido arrastrando hasta unos hoja-

ranzos, y que al llegar allí habia caido sobre un banco, permaneciendo inmóvil y espuesta á perder el último soplo de vida que le quedaba.

Aquella era la hora en que el rey acostumbraba ir á visitar á la delfina, y así desembocaba por el huerto, pasando de Trianon el grande al chico.

—S. M. desembocó de pronto.

Por lo demas llevaba en la mano un albérchigo de color de escarlata, lo cual era un milagro de precocidad, y se preguntaba á sí mismo, como verdadero rey egoista, si no seria mucho mejor, para dicha de Francia, saborease él aquella fruta que no la delfina.

El afan con que Mr. de Jussieu corrió hácia Andrea, á quien apenas distinguia el rey, merced á su cortedad de vista; y á quien no conoció absolutamente, asi como los gritos sofocados de Jilberto, gritos que indicaban un profundo terror, hicieron que S. M. acelerase el paso.

—Qué hay, qué hay? preguntó Luis XV acercándose á los hojaranzos, de los

cuales le separaba solamente el anchor de una calle de árboles.

—El rey! esclamó Mr. de Jussieu sosteniendo en sus brazos á la jóven.

—El rey! murmuró Andrea desmayándose del todo.

—Quién es? preguntó Luis XV: ah! es una mujer; pero qué le sucede?

—Señor, le ha dado un desmayo.

—Ah! veamos, dijo Luis XV.

—Ha perdido el conocimiento, señor, añadió Mr. de Jussieu señalando á la jóven, quien estaba tendida tiesa é inmóvil en el banco en que acababa de colocarla.

El rey se aproximó, conoció á Andrea y dijo estremeciéndose:

—Otra vez?... Oh! esto es espantoso; el que tiene semejantes enfermedades no sale de su casa, porque no es decoroso morirse asi todos los dias delante de jente.

Y Luis XV deshizo lo andado para dirijirse al pabellon de Trianon el chico, echando pestes contra la pobre Andrea.

Mr. de Jussieu, que ignoraba los an-

tecedentes, se quedó estupefacto por un instante; pero se volvió en seguida, y viendo á Jilberto á diez pasos en la actitud del temor y la ansiedad:

—Ven aquí, Jilberto, gritó; tú que eres fuerte llevarás á su casa á la señorita de Taverney.

FIN DEL TOMO X.